REVISTA SHELL

SEPTIEMBRE 1955







REVISTA SHELL

Nuestra Portada

La orquídea, esa extraña y hermosa criatura de la flora, es el motivo que domina airosamente la portada de este número de la "Revista Shell".

Con rigurosa técnica científica y viva simpatía colorista, presentamos la reproducción de la especie Schomburgkia Undulata Lindl, de amplia distribución en los alrededores de Caracas, Valencia y Siquisique y otros lugares del Estado Lara, la cual hemos escogido para esta portada en la nutrida colección que ha pintado el señor G. C. K. Dunsterville, Vicepresidente de la Compañía Shell de Venezuela, fervoroso aficionado a estas bellas flores.

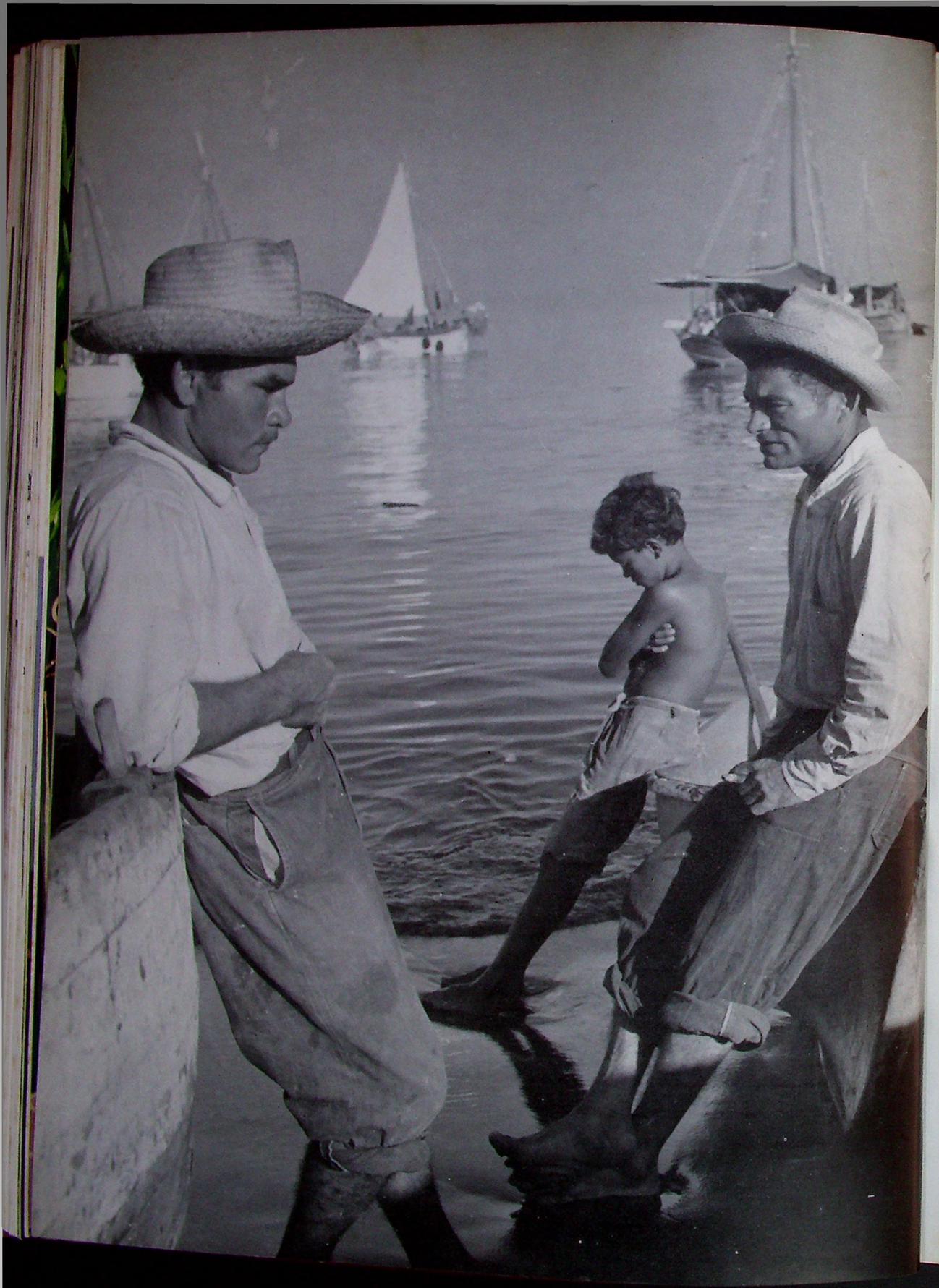


Foto del Mes

PESCADORES DE PORLAMAR

Después de la jornada de la mañana reposan las embarcaciones, casi dormidas por el suave balanceo de las aguas marinas que aquí, en Porlamar, parecen acariciar la costa con mansas lenguas amorosas. Los pescadores, abstraídos, sueñan ya con la aventura del otro día: riesgo y aventura del mar, sol sobre los hombros viriles, ganancia de la pesca abundosa...

Foto Leo Matiz

DIRECTOR: JOSÉ RAMÓN MEDINA

REVISTA SHELL DE SEPTIEMBRE DE 1955

AÑO 4 - Nº 16

Sumario

ROMAIN ROLLAND Y SUIZA
por Armando Rojas 4

ICA, LA CIUDAD DE LOS VIÑEDOS EN EL SUR DEL PERÚ Y LA VISITA DEL LIBERTADOR
por José Ramón Heredia 16

LA ENERGÍA ATÓMICA Y EL PETRÓLEO
por José Martorano Battisti 24

CATTLEYAS
por Dr. Miguel de Lemos 34

PINTORES VENEZOLANOS
por Manuel Cabré y Juan Vicente Fabbiani 46

PUNTOS PARA UN ESQUEMA GENERAL DE LA ARQUITECTURA EN VENEZUELA
por Carlos Celis Cepero y Mateo Manaure 48

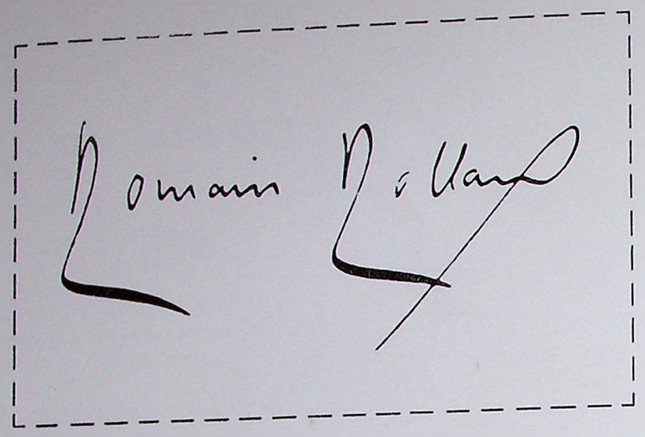
MEDITACIÓN EN UN BANCO UNIVERSITARIO
por Guillermo Morón 51

LOS VALLES DEL TUY
por Ramón Armando Rodríguez 57

LOS INDIOS GUARAO
por Werner Schad 68

EL COMPLEJO MUNDO DE LOS CIEGOS
por Eliécer Sánchez Gamboa 74

Editada trimestralmente por la Compañía Shell de Venezuela. Todo el material que se inserta ha sido exclusivamente solicitado para esta publicación. Reproducción autorizada siempre y cuando se mencione el origen. Esta edición consta de 23.000 ejemplares. Distribución gratuita. Las personas interesadas en recibir esta revista pueden dirigirse al Apartado 809, Caracas. Las opiniones de nuestros colaboradores no reflejan necesariamente las de esta Revista.



ROMAIN ROLLAND Y SUIZA

POR ARMANDO ROJAS

El señor Paul Emil Schazmann, doctor en Letras de la Sorbona y funcionario de la Biblioteca Nacional Suiza, ha organizado en Berna, en uno de los luminosos y amplios salones de esta prestigiosa Institución, una hermosa e interesante exposición sobre "Romain Rolland y Suiza".

El eminente escritor hizo su primera visita a este país cuando apenas rebasaba los 17 años. En el Hotel Byron de Villeneuve, hermosa localidad cerca de Montreux, a orillas del lago Lemán, se encontró con Víctor Hugo, entonces en la cumbre de la vida y de la gloria. La presencia del glorioso anciano causó honda impresión en el alma del artista adolescente, quien al pie de una vieja tarjeta postal de Villeneuve dejó constancia del hecho.

Por otra parte, esta tierra bella y austera, que unas veces se ondula en suaves colinas, otras se yergue como un cíclope en la reciedumbre de sus montañas y siempre ronríe en el espejo de sus lagos; tierra de raigales virtudes, donde las costumbres son sanas y sencillas y el aire aún conserva cierto sabor de égloga, ganó para siempre el corazón sencillo y noble de Romain Rolland.

A lo largo de su fecunda y rica existencia, Rolland habría de volver muchas veces a Suiza y allí fijaría su residencia, durante largos y repetidos períodos. Como apunta su biógrafo suizo Seippel, "igual que su héroe Juan Cristóbal volvía gustosamente al país del cual había sido huésped forzoso. Como tantos espíritus de entonces, sedientos de libertad y que se ahogan en el círculo estrecho de naciones enemigas, buscaba un pedazo de tierra, donde se pudiera respirar por encima de Europa" (1).

En agosto de 1905, el escritor se encuentra en Vevey, preciosa joya del Lemán. Ese año se celebran los famosos festivales del gremio de los viñateros. Rolland es invitado a un banquete por el comité organizador de los festejos. Ya no es el adolescente de la primera visita a Suiza y del encuentro con Víctor Hugo, sino el hombre maduro que con paso firme va tomando posesión de su arte. Para esta época ya había publicado sus "Orígenes del teatro lírico moderno", una decena de piezas de teatro, la biografía de Beethoven y los tres primeros tomos de su inmortal "Juan Cristóbal".

El festival de los viñateros de Vevey, que se celebra sólo cuatro veces en el siglo, es uno de los más grandiosos espectáculos al aire libre que pueden verse en Europa. Es organizado por la Asociación de Viñateros de Vevey y sus alrededores, gremio que data del si-



Romain Rolland

glo XVI. El objeto del espectáculo es rendir homenaje al culto de la viña a través del ritmo de las estaciones. En tan grandiosa ceremonia de sabor pagano toman parte más de 400 cantantes, 1.000 niños, 3.500 adultos y 300 caballos. El teatro que se levanta a orillas del Lemán tiene cabida para 17.000 espectadores.

Después de presenciar este gigantesco y vigoroso ritual dionisíaco, y escuchar en las voces de aquellos coros rurales la exaltación de las fuerzas recónditas de la madre tierra, Rolland volvió a su retiro de París. Stefan Zweig, en su hermosa biografía del escritor (2), nos lo presenta en esta época de su vida, en su descarnada celda de la gran capital, ajeno a ruidos y halagos, dedicado por entero a elaborar, en el íntimo silencio de su ser, esa obra grandiosa y sublime que tanto habría de influir en las generaciones de la postguerra: "Juan Cristóbal". En los "Cahiers de la quancaine" de su amigo Peguy, van apareciendo uno a uno los volúmenes de la obra admirable. Y fué justamente en una aldea perdida de Suiza donde comenzó Rolland, en 1897, a trazar las grandes líneas de esa "gran sinfonía europea", como con justicia se ha calificado el libro. El volumen "Adolescencia" lo escribe en Zurich y a orillas del lago de Zoug.

El paisaje suizo influyó notablemente en el espíritu de Rolland. El mismo confesaba a su amigo y confidente Paul Seippel que los bosques helvéticos habían tenido un gran lugar en la historia de su pensamiento. En la obra de Rolland aparece con frecuencia el rostro risueño y apacible de esta tierra buena. Imposible enumerar en este breve trabajo los pasajes de la obra rollandina que se refieren a Suiza. Nos contentaremos con mencionar sólo aquellos que se contienen en los dos últimos tomos de "Juan Cristóbal", subtitulados "La zarza ardiendo" y "El nuevo día".

La segunda parte del primero de los volúmenes mencionados se desarrolla íntegramente en Suiza, y especialmente en una ciudad del Rhin que no nombra, pero que todos sabemos es Basilea.

Juan Cristóbal es acogido allí por el hospitalario médico Braun. "Pasó la frontera. A lo lejos divisó una ciudad dominada por torres con campanarios afilados y chimeneas de fábricas, cuyos penachos de humo, semejantes a negros ríos, corrían melancólicamente, en el mismo sentido, bajo la lluvia, en el aire gris..."

"...Se encontraba en una ciudad llena de inteligencia y fuerza, pero también de arraigado orgullo provinciano, encerrada en sí y satisfecha de sí misma..."

"...Su único amigo, el confidente de sus pensamientos, era el río que atravesaba la ciudad —el mismo río poderoso y paternal que allá arriba, en el norte, bañaba su ciudad natal—, despertando en su alma recuerdos de sus sueños de infancia. Pero estos sueños, teñidos de duelo, tomaban, como el mismo Rhin, tintes fúnebres. A la caída del día, apoyado en un parapeto, Cristóbal contemplaba el río enardecido, masa en fusión, pesada, opaca y presurosa, que una vez pasada, no dejaba sino mórbidos crespones, riachuelos innúmeros, corrientes y torbellinos que se dibujaban para luego desaparecer: lo mismo que un caos de imágenes en un pensamiento alucinado, que en eterno ritmo se dibujan y se borran..." (3).

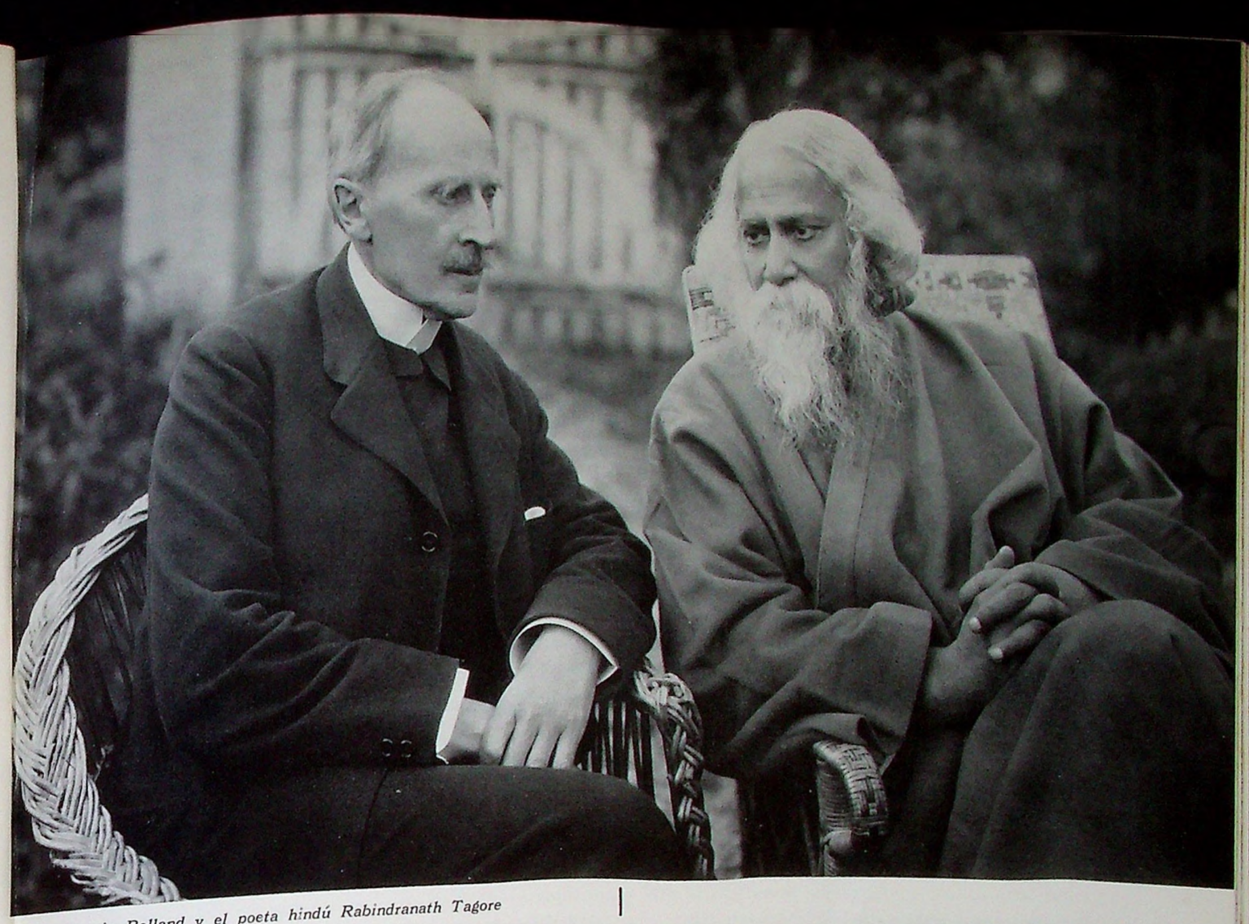
Después de la aventura con Ana Braun, de la que salió el alma de Cristóbal despedazada por los mil demonios del remordimiento, Rolland necesita preparar a su héroe para la gran revelación de la zarza ardiendo. El espíritu sólo se manifiesta en la soledad y en el silencio del alma; Rolland lo sabe más que nadie y por eso sitúa a Cristóbal en un refugio campestre donde el silencio exterior habría de acarrear la quietud del espíritu y la fe en una nueva vida.

"...Cristóbal se había refugiado en una granja apartada del Jura suizo. La casa, adosada al bosque, se disimulaba en el repliegue de una alta meseta gibosa. La prominencia del terreno la protegía de los vientos del norte. Por delante se extendían praderas, de largas pendientes sombreadas; la roca, bruscamente detenida, caía a pico; contorsionados pinos se agarraban al borde y hayas de largos brazos se echaban para atrás. Cielo apagado. Vida desaparecida. Una extensión abstracta de líneas borrosas. Todo dormía bajo la nieve. Sólo los zorros, en el bosque, aullaban durante la noche. Era el fin del invierno. Tardío invierno. Cuando parecía terminarse, recomenzaba nuevamente. Sin embargo, la vieja tierra entumecida, sentía renacer su corazón. Un principio de engañosa primavera se insinuaba en el aire y bajo la helada corteza. De las ramas de las hayas, extendidas como alas, la nieve caía gota a gota. Algunas hierbas de verde tierno apuntaban a través del manto blanco que cubría los prados; en torno a sus finos tallos, por entre las desgarraduras de la nieve, como pequeñas bocas, respiraba el húmedo suelo. Durante algunas horas del día, el agua retenida en su vestido de hielo, murmuraba nuevamente. En el esqueleto de los bosques, algunos pájaros soltaban sus cantos claros y agridulces..."

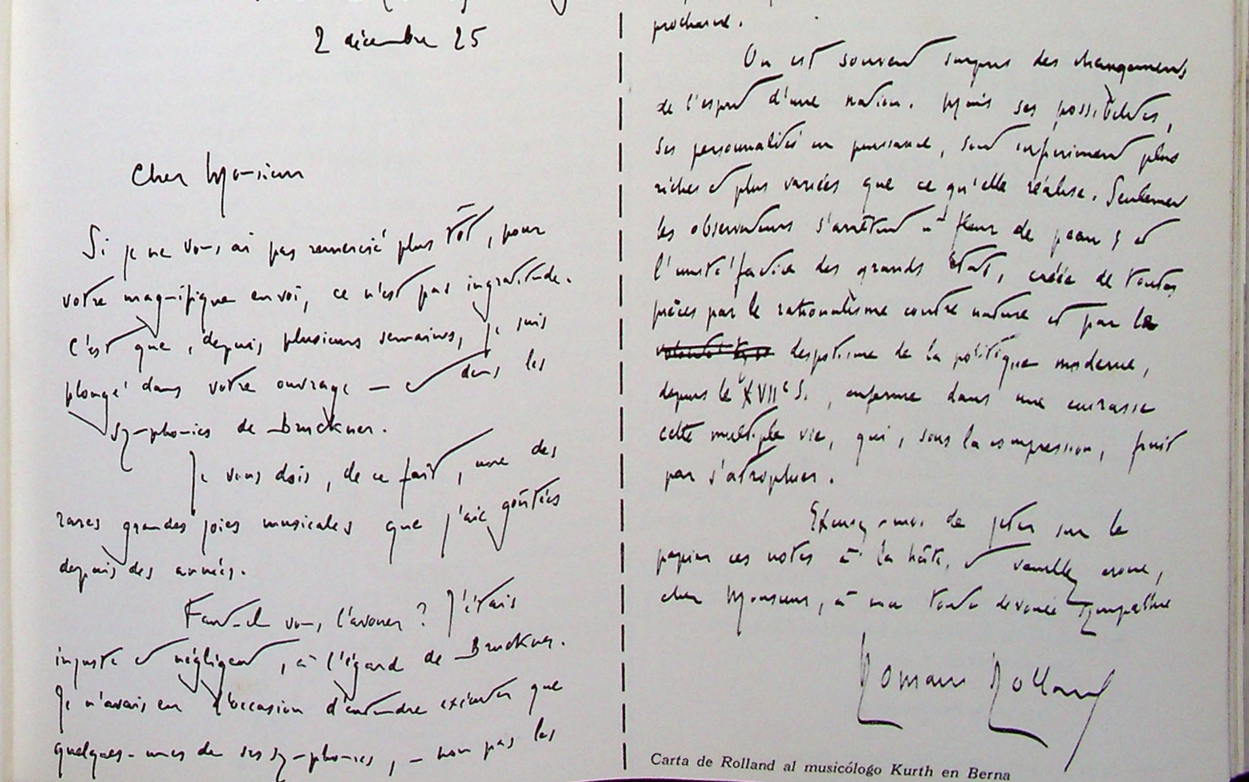
Y es justamente en este marco de reposo y de silencio en el que Cristóbal prepara su alma, angustiada por la obsesión de la creación artística para su reintegración al seno de Dios. "...Juan Cristóbal escuchó, como en el murmullo de una fuente, el canto de la vida que volvía..." (4).

En el tomo X de la obra, "El Nuevo Día" (5), culminación de ese maravilloso edificio del cual se ha dicho que representa una como suma de su época, Rolland retorna al dulce paisaje suizo, en una admirable página llena de lozana poesía:

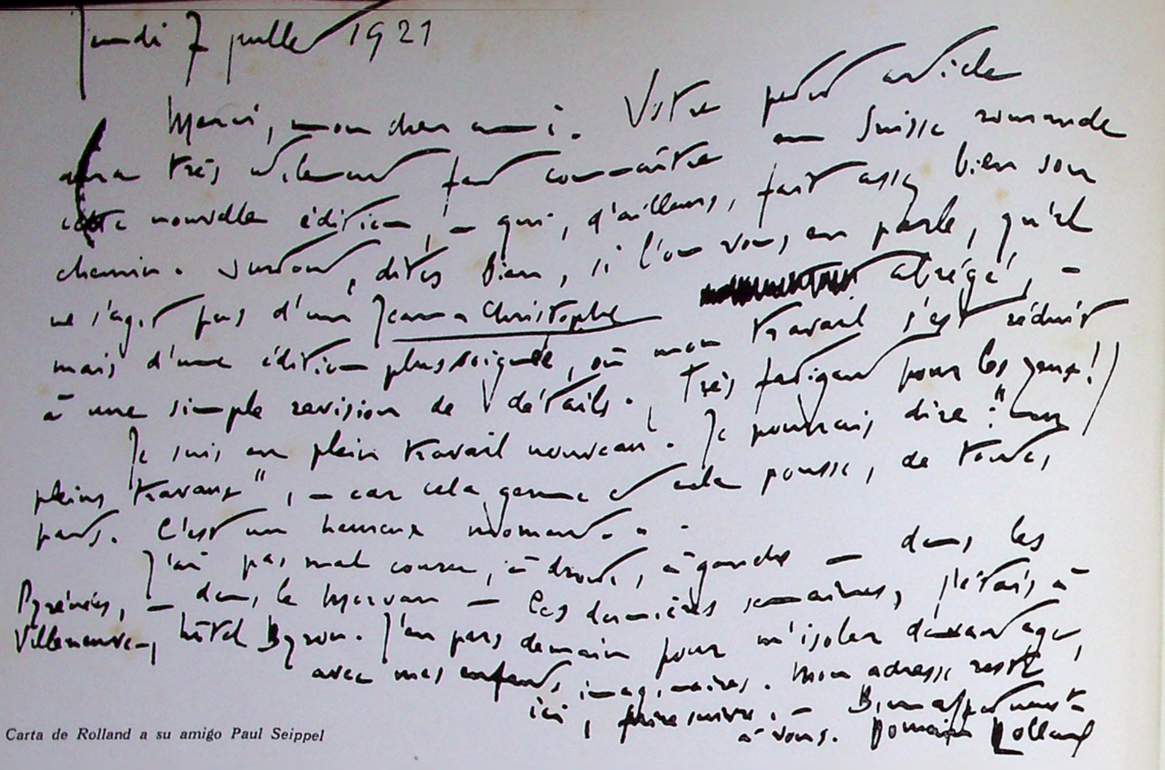
"En los Alpes se mantiene, no sabemos por cuánto tiempo aún, en medio de una Europa árida, el islote de los veinticuatro cantones. No irradia éste, ciertamente, el poético resplandor de la ciudad eterna; allí la historia no se confunde con el aire que respira aroma de dioses y de héroes, pero una poderosa música se levanta de la tierra desnuda. La línea de las montañas tiene ritmos heroicos, y allí más que en ninguna otra parte se siente el contacto con las fuerzas elementales. Cristóbal no había ido a buscar allí un placer romántico. El campo, algunos árboles, un arroyo, el cielo abierto le habrían bastado para vivir. El rostro tranquilo de su tierra natal



Romain Rolland y el poeta hindú Rabindranath Tagore



Carta de Rolland al musicólogo Kurth en Berna



Carta de Rolland a su amigo Paul Seippel

PAUL SEIPPEL

ROMAIN ROLLAND

L'HOMME ET L'ŒUVRE

PARIS

Société d'Éditions Littéraires et Artistiques

LIBRAIRIE PAUL OLLENDORFF

50, CHAUSSÉE D'ANTIN, 50

Copyright by Paul Seippel, 1913.

Portada de la primera biografía de Romain Rolland por el escritor suizo Paul Seippel



le era más fraterno que la gigantomaquia alpestre. Pero no podía olvidar que aquí había recobrado su fuerza; que aquí, Dios se le había aparecido en la zarza ardiendo y jamás volvía a esta tierra sin un temblor de gratitud y de fe. Y no era el único. ¡Cuántos luchadores de la vida, a los que ésta ha golpeado, han encontrado en este suelo la energía necesaria para seguir combatiendo y creyendo.

Viviendo en este país, había aprendido a conocerlo. La mayoría de los que pasan por él no alcanzan a ver sino sus verrugas...

No conocen nada de la vida de este pueblo que les brinda su hospitalidad. Desconocen las reservas de fuerza moral que se han ido acumulando allí, desde siglos; los carbones del incendio de Calvino y de Zwigli que aún arden bajo las cenizas; el vigoroso espíritu democrático que siempre había de ignorar la república napoleónica; la sencillez de sus instituciones democráticas y la largueza de sus obras sociales; el ejemplo dado al mundo por esos Estados Unidos de las tres razas principales de occidente, miniatura de la Europa del porvenir. Ignoran aún mucho más, la Dafhné que se esconde bajo esta dura corteza, el sueño fulgurante y salvaje de Boeclin (6), el ronco heroísmo de Hodler (7), la visión serena y la verde frescura de Gottfried Keller (8), las tradiciones vivas de las grandes fiestas populares y la savia de primavera que hinche el bosque, todo ese arte aún joven que a veces raspa la lengua como los frutos pedregosos de perales silvestres y a veces tienen el gusto azucarado de murtillas negras y azules, pero que saben a tierra. Ignoran que todo esto es la obra de autodidactas a los que una arcaica cultura jamás divorcia de su pueblo y que saben leer, con él, en el maravilloso libro de la vida..." (9).

Durante el largo período de la primera guerra mundial, Suiza constituyó para el autor de Juan Cristóbal un refugio y una atalaya. Desde esta tierra de libertades, Rolland echó a rodar por una Europa ensangrentada y dividida por odios fratricidas, su humanitaria y noble campaña por la paz, campaña que fué interpretada por unos, como traición y por otros, como debilidad. Su primer artículo, "Au dessus de la melée", aparecido el 23 de setiembre del 14 en el "Journal de Géneve", explotó como una bomba en los círculos exaltados y obscurecidos por las pasiones políticas y raciales. En Francia, su tierra, lo califican algunos sectores de traidor. En otras partes de Europa se le considera como un Quijote. Al parecer, su voz es la voz que clama en el desierto. Pero el espíritu de Rolland no se desalienta. Sabe que está predicando la buena causa, la causa de la verdad. Y espera. Entre tanto se dejan sentir, de todas partes, autorizadas voces que vienen a sumarse a la suya en su campaña para que se depongan los odios que han convertido a Europa en una hoguera.

Romain Rolland no se contenta con prestar su acrisolada pluma a la causa de la paz; quiere, también, contribuir con su persona. A mediados de setiembre del 14, desde el Hotel Beau Sejour de Campel, se dirige al doctor Gustavo Ador, Presidente del Comité Internacional de la Cruz Roja, para rogarle tenga a bien utilizar sus servicios. El Presidente Ador estima que el mejor servicio que puede prestar el eminente escritor es continuar su noble campaña de pluma. Rolland insiste. Y logra su propósito. Por espacio de nueve meses, el eximio escritor, para la época mundialmente admirado y conocido, cumple cuotidianamente una tarea modesta y oscura. Primero, en la Agencia de Prisioneros de guerra, luego en la de internados civiles, creada por el doctor Federico Ferriére, colaborador inmediato de Gustavo Ador.

En aquel diario contacto, Rolland estrechó los lazos de una profunda amistad con los dos eminentes hombres que dirigían los destinos de la Cruz Roja. En su "Diario de los años de guerra" (10), precioso e imprescindible documento para quien quiera penetrar en el alma de Rolland, el nombre del Dr. Ador aparece 24 veces y el de Ferriére 58.

El 15 de julio del año 15 dejaba la Agencia para consagrarse a su arte. Pero continuaría interesándose, de manera eficaz, en la obra. Cuando en 1916, la Academia Sueca decidió otorgarle el Premio Nobel de Literatura correspondiente al año 15, en "homenaje al elevado idealismo de su producción y a la exactitud plena de simpatía con que ha sabido pintar los diversos tipos humanos", Romain Rolland dedicó el total del premio, montante a 228.618 francos suizos, a obras de beneficencia. La Agencia de prisioneros de guerra recibió la mitad de esa cantidad. En la carta en que anunciaba al doctor Ador tan generoso ofrecimiento, escribía, respecto a la Agencia: "Esta obra hará inmortales los nombres de Suiza y de Ginebra".

Ador, quien acababa de ser designado Consejero Federal, le responde desde Berna, para agradecerle el don hecho "por un hombre cuyo carácter y nobleza de sentimientos yo admiro".

Desde su retiro helvético de Villeneuve, donde habitó por espacio de largos años la villa "Olga", Rolland mantuvo copiosa correspondencia con la mayor parte de los grandes espíritus de la época. Recorrer las páginas de su "Diario" es asistir a un elevado y estimulante diálogo.

En Suiza se dieron cita destacadas personalidades de la política, de las letras, artes y ciencias, del mundo de la época, para visitar a Rolland. Citemos, entre otras, a Rabindranath Tagore, a Gandhi, Sienkiewicz, Einstein, Zweig, Strawinsky y el notable médico, misionero y musicólogo, Dr. Alberto Schweizer.

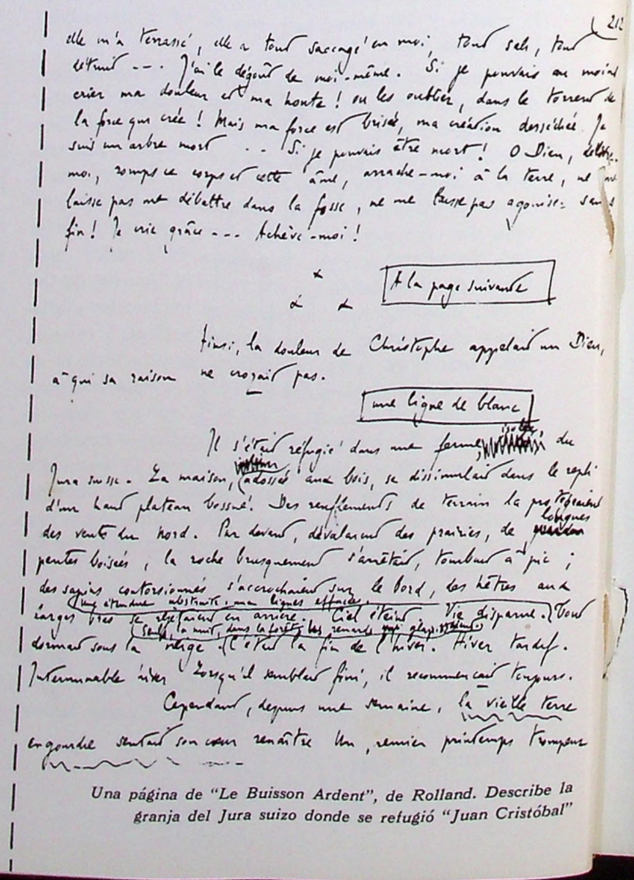
En la Exposición a que hicimos alusión al comienzo de este trabajo, pudimos saborear algunas cartas de Rolland a sus amigos suizos. Cartas éstas escritas con aquellos rasgos suyos tan personales y característicos, reveladores de una noble combatividad de espíritu y semejantes a banderas desplegadas a los vientos largos de un ideal.

Con Ernesto Kurth, profesor de musicología en la Universidad de Berna y autor de importantes obras sobre Bucker y Bach, se entretiene acerca de las recónditas relaciones existentes entre la música y la litera-



Gandhi visita a Romain Rolland en la villa "Olga" en Villenueve, Suiza, en 1931





Una página de "Le Buisson Ardent", de Rolland. Describe la granja del Jura suizo donde se refugió "Juan Cristóbal"

tura; con el pastor Keller de Zürich, acerca de altos temas de moral; con el dramaturgo René Morax, creador en Suiza del teatro al aire libre, sobre las formas populares del arte escénico. Al historiador y polígrafo Gonzague de Reynold le trata temas de cultura y sobre la campaña en la que se han empeñado muchos cultos espíritus europeos para acercar los pueblos y disminuir la tensión de alto potencial eléctrico que reina en la atmósfera. Al compositor Ernesto Bloch le alienta a proseguir su obra, ajeno a halagos y a críticas. Al Consejero Federal Häberlin le habla, entre otras cosas, de sus gatos de villa "Olga", "el último de los cuales se llama Gandhi porque fué el que tuvo en sus rodillas el Mahatma".

Pero entre todos sus amigos suizos, tres personajes ocupan lugar preeminente en el afecto y en la admiración de Romain Rolland.

Paul Seippel, escritor, profesor y periodista de Ginebra, fué, según confesión del mismo Rolland, el más antiguo e íntimo de sus amigos suizos. El profesor ginebrino fué uno de los primeros en despertar la atención y la admiración europea sobre "Juan Cristóbal". Al estudio de la admirable obra le dedicó una serie de artículos. Rolland le mantiene al corriente de sus proyectos y le confiesa que las notas críticas de Seippel constituyen "el estudio más completo y sintético que puede escribirse sobre el conjunto de la obra".

Al dar cima a la estupenda obra, fruto de muchos años de soledad y de silencio, Rolland manifestaba a su amigo que le parecía no haber dicho aún nada. Y añadía: "Me parece que Juan Cristóbal me ha prestado el servicio de librarme del enorme peso del pasado. Me siento en el umbral de un mundo (estético y moral) nuevo. Si Dios me concede vida, trataré de entrar en él..." (11).

En 1913 daba a la luz Seippel la primera biografía que se publicaba sobre Romain Rolland. Un libro excelente y bien escrito, pero sin la penetración y el encanto del que, años más tarde, había de consagrar a su amigo Stefan Zweig.

Rolland y Seippel se encontraban a menudo y entre ambos existía una camaradería franca y cordial, a pesar de las señaladas diferencias que los separaban y los unían. El 21 de setiembre de 1915, apunta Rolland en su "Diario": "Seippel viene desde Ginebra a pasar la tarde, la noche y parte de la mañana en el Hotel Mooser de Vevey. Amigo siempre fiel. Entre nosotros, simpatía moral; pero grandes diferencias intelectuales a las que no da importancia. En política, como en literatura, como en la concepción de la vida, es esencialmente conservador y yo no lo soy".

Seippel se propone, en una nueva edición de su libro sobre Rolland, añadir un capítulo sobre las actividades de éste durante la guerra. Largas discusiones tienen lugar entre ambos. El profesor se esforzaba en probar que Rolland era un nacionalista sin darse cuenta, o al menos que lo había sido y evolucionado desde la guerra. Rolland escribe que Seippel quería hacerlo a su imagen, en política, como lo hizo, inocentemente, en religión. Y más adelante añade: "Es un viejo ginebrino y un viejo amigo. Me quiere y lo quiero bien. Pero apenas me comprende".

Al ser notificado sobre la decisión de la Academia sueca que le discernía el Premio Nobel de Literatura correspondiente al año 15, a Seippel es al primero a quien Rolland comunica sus impresiones. "...Por muy honrado que me sienta con esta distinción, siento que me sea hecha en estos momentos... Creía que el veredicto había sido pospuesto para después de terminada la guerra. De otra manera, yo hubiera rogado que no se me escogiera, a fin de conservar intacta la fuerza de mi acción solitaria... Mi intención es entregar la totalidad del premio a obras de beneficencia y de asistencia, francesas y suizas, internacionales, que me reservo el derecho de escoger. Para mí no quiero nada, fuera del derecho de pensar libremente".

En el "Journal de Genéve" del 4 de julio del 17, Seippel comentaba, en elogioso y cordial artículo, la decisión de la Academia sueca y la resolución del gran escritor de entregar el montante del premio a obras de beneficencia. Reproducía, al mismo tiempo, la carta de Rolland para Gustavo Ador, Presidente de la Cruz Roja.

A las múltiples pruebas de amistad y de afecto del distinguido profesor suizo, su amigo y confidente, Rolland correspondió en la forma más amplia y generosa, según se desprende de la lectura del "Diario" y la copiosa correspondencia entre ambos amigos (12).

El precioso manuscrito del tomo IX de "Juan Cristóbal", "La Zarza ardiendo", se lo obsequió a Seippel con efusiva dedicatoria.

Por último, cuando la muerte abatió al viejo luchador ginebrino, en marzo de 1926, Rolland, en "La Semaine Litteraire", de Ginebra, consagró una hermosa y emocionada página al viejo camarada, al amigo de tantos años, a su primer biógrafo y constante abogado en los turbios años de la contienda:

"...Otros más calificados dirán lo que Suiza debe al talento, a la laboriosidad del hombre eminente que acaba de desaparecer, a su fecunda y múltiple actividad como crítico, como periodista, como profesor, al firme carácter de este ciudadano de Ginebra..."

"...Yo quiero aquí depositar mi tributo de afecto y de gratitud a los pies de quien fué y sigue siendo más allá de la muerte, mi más viejo, el más fiel de mis amigos suizos, mi compañero de luchas y de pruebas..."

Y termina así: "Ahora yo, el sobreviviente, me arrodillo para besar con dolor, con orgullo, la tierra que cubre el cuerpo de mi amigo".

Romain Rolland manifestó en repetidas ocasiones, como lo testimonian las páginas de su "Diario", una profunda admiración por el poeta suizo Carlos Spitteler, de Listal, Cantón de Basilea. La lectura de sus libros, del "Prometheus und Epimetheus" y "Olimpische Frühling", le producía hondas emociones. A las personas que se le acercaban les hablaba de estas obras con altos y cálidos elogios y, en más de una ocasión, se convirtió en defensor del hombre a quien consideraba como "el más gran poeta contemporáneo de lengua alemana".

Cuando el Profesor Jonás Fränkel, de la Universidad de Berna, presentó la candidatura Spitteler para el Premio Nobel de Literatura correspondiente a 1920, Rolland fué de los primeros en apoyarla con fervor. Su carta al Secretario de la Fundación Nobel, escrita con este motivo, constituye el juicio más alto y transido de emoción que se haya emitido sobre el poeta de Listal. "...La lectura de los grandes poemas de Spitteler ha sido para mí un descubrimiento durante la guerra, y puedo decir que él me ha iluminado estos años tristes. Tenía la impresión de haber dado con una de esas poderosas personalidades del arte, como no se encuentran sino muy pocas, aquí y allá, en el pasado.

Pintor, poeta y pensador, es uno de los creadores de mitos, de leyendas épicas, de parábolas filosóficas. Con toda seguridad el más gran poeta que jamás haya tenido Suiza. Ella se encarna en él con su absoluta independencia de pensamiento, su áspero humor y su robusta naturaleza. (¡Cómo el Olimpo es vecino de los Alpes! ¡Jamás la montaña fué pintada con tanta energía!)... Quiero añadir, también, que el carácter de Spitteler no me parece menos excepcional que su arte. Este hombre, que si bien desde la adolescencia fué sacudido por el genio, no quiso publicar antes de los 35 años para darnos en su primera obra, esa extraordinaria epopeya del alma, "Prometheus und Epimetheus"; este creador que permaneció casi desconocido hasta los 65, y conservó y conserva siempre su alegría interior e independencia rigurosa, merece un lugar aparte aun en el grupo restringido de los grandes escritores. Fué durante toda su vida, libre y feliz en virtud de su propia luz y calor de su sol interior. Yo me inclino ante él, como ante un maestro del arte y de la vida, con afectuosa piedad..."

Al terminar la lectura de Knulp de Herman Hesse, Rolland aprovecha la oportunidad para establecer, en su "Diario", una comparación entre el autor de "El Lobo Estepario" y el poeta de "Prometheus": "El héroe, dice, (de Knulp) es un amable vagabundo, corredor de largos caminos, derrochador de la vida, amado de todos y que deja, a su paso, una especie de nostalgia. Ahora comprendo por qué a Hesse no le gusta Spitteler. No pueden darse ideales más opuestos; Spitteler vive en lo sobrehumano, lo mítico, lo colosal. Hesse practica el arte de la vida sencilla, humana y armoniosa".

El primer encuentro entre Romain Rolland y Herman Hesse tuvo lugar el jueves 12 de agosto de 1915, a orillas del encantador lago de Thun, en el oberland bernés. Dos días más tarde, Rolland escribía a su amigo, desde Berna, estas hermosas líneas: "Me siento dichoso de la tarde pasada en su compañía. Usted está, mucho más que yo, apegado al suelo, como el árbol protector que se encuentra en su umbral. Tiene usted su familia, su casa. Yo soy un pájaro errante al que se le ha destruído el nido. Espero, de tarde en tarde, a lo largo de mis peregrinaciones, hacerle una visita en su hospitalario hogar".

La correspondencia entre estos dos elevados espíritus se prosigue, en forma regular y periódica, año tras año. Rolland fecha sus cartas en Ginebra, o en Vevey o Villeneuve, a orillas del lago Lemán. Hesse, en Berna, donde por algún tiempo prestó sus servicios en la Oficina de Auxilio a los prisioneros de guerra, o en Montagnola, el hermoso rincón del Ticino, junto a Lugano, en el que, desde los remotos días de la primera guerra mundial, fijó para siempre su residencia al hacerse ciudadano suizo.

La correspondencia entre Rolland y Hesse (13) es el más sabroso y estimulante diálogo entre dos almas dotadas del divino don de descubrir y expresar la belleza del mundo y de la vida. Asistir a este parlamento que fluye, como a media voz, a través de estas hermosas epístolas, es sentir correr en los soterrados hontanares del ser, una como cálida y envolvente ola de limpio y generoso estímulo.

El 22 de noviembre del 21, Rolland le agradece a Hesse el envío de "Siddartha" y le habla de Tagore y de sus proyectos de una Universidad Asiática en Bolpur. En otra carta le agradece "las líneas tan cordiales (de Hesse) sobre Juan Cristóbal en París". Y añade: "Usted sabe el valor que tienen para mí su opinión y su simpatía..." "Pienso en usted con fiel afecto..." En otra ocasión, después de recibir el libro de acuarelas de Hesse sobre el Ticino, le escribe: "Estoy encantado con el álbum de acuarelas. Son sabrosas como frutas y sonrientes como flores. Ponen la alegría en el corazón".

En varias oportunidades visitó Rolland a Hesse en su dorado retiro ticinés. El año 20 y en los veranos del 31 y del 33. De esta manera no sólo a través de la correspondencia sino al cálido contacto de la presencia se fué acendrando día a día, la amistad entre estos dos grandes espíritus.

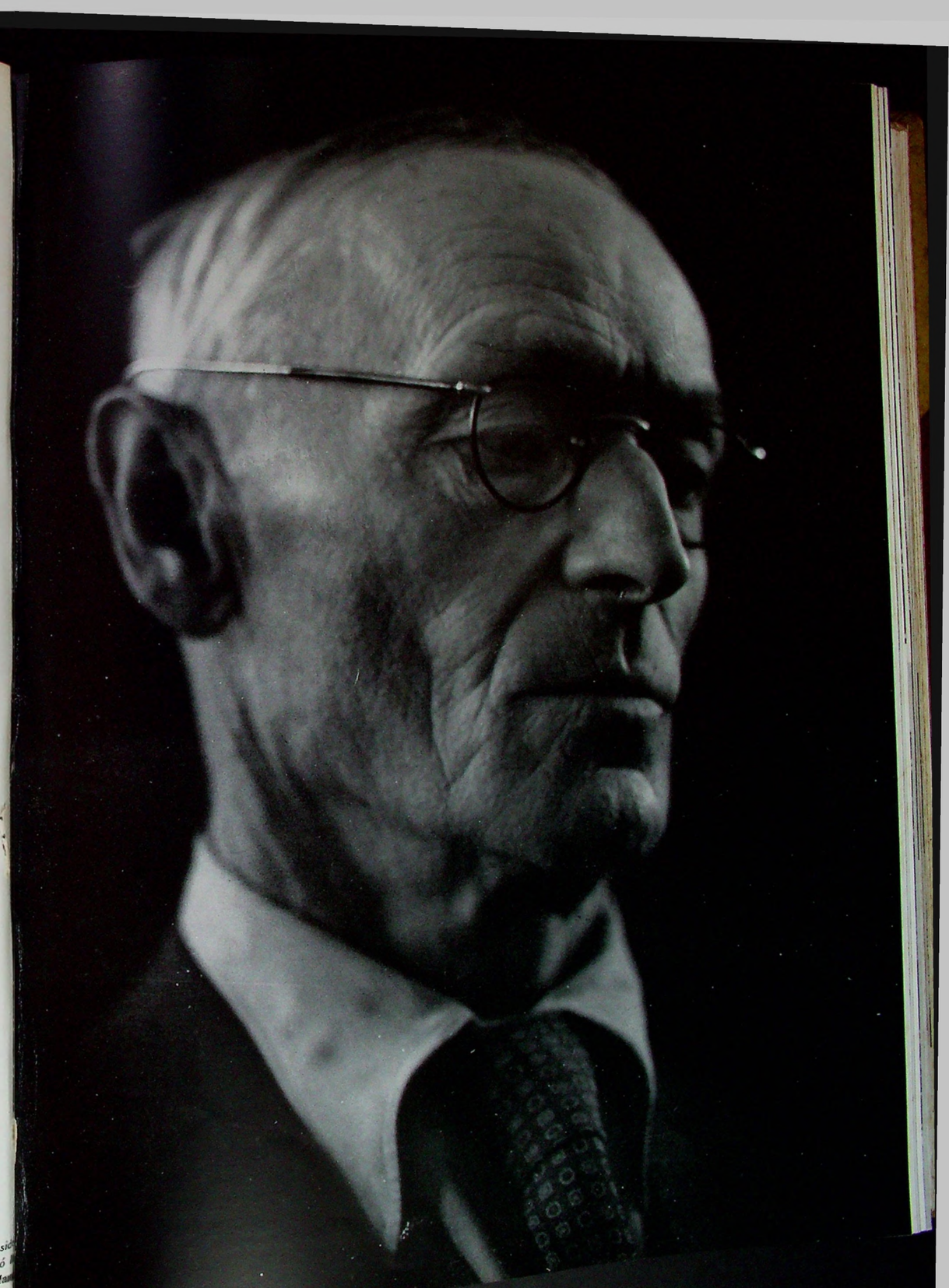
A las felicitaciones que Hesse le dirigiera con motivo de los setenta años de su amigo, Rolland le escribía: "...Usted es uno de los escasos hermanos de arte y de pensamiento por el que tengo amor y respeto; me siento feliz con su amistad.

Nosotros somos, usted y yo, dos eremitas. Pero en mi soledad he permitido que todas las borrascas del mundo penetraran; envidio, a menudo, la calma de vuestro retiro, en la luz. No he vivido el sueño de mi vida, sino su destino. Este no ha cesado de imponerme, siempre que pensaba reposarme, nuevos combates. Jamás descanso. Pero terminaré por ganármelo. Lo he comprado.

Para ese tiempo dichoso, tiempo de dormir, dormir la eternidad sueño, no con un sauce que llore sobre mi sueño, como Musset, sino con un olivo, al sol. He conservado siempre, a lo largo de mi vida, la nostalgia de la Italia de mis veinte años".

La lectura del "Stunden in Garten" de Herman Hesse causa viva emoción en el alma de Rolland, y en hermoso y espléndido lenguaje presagia a su amigo la eternidad. "...Usted no pasará. Sobre la colina de oro, a muchos siglos de aquí, se le encontrará aún".

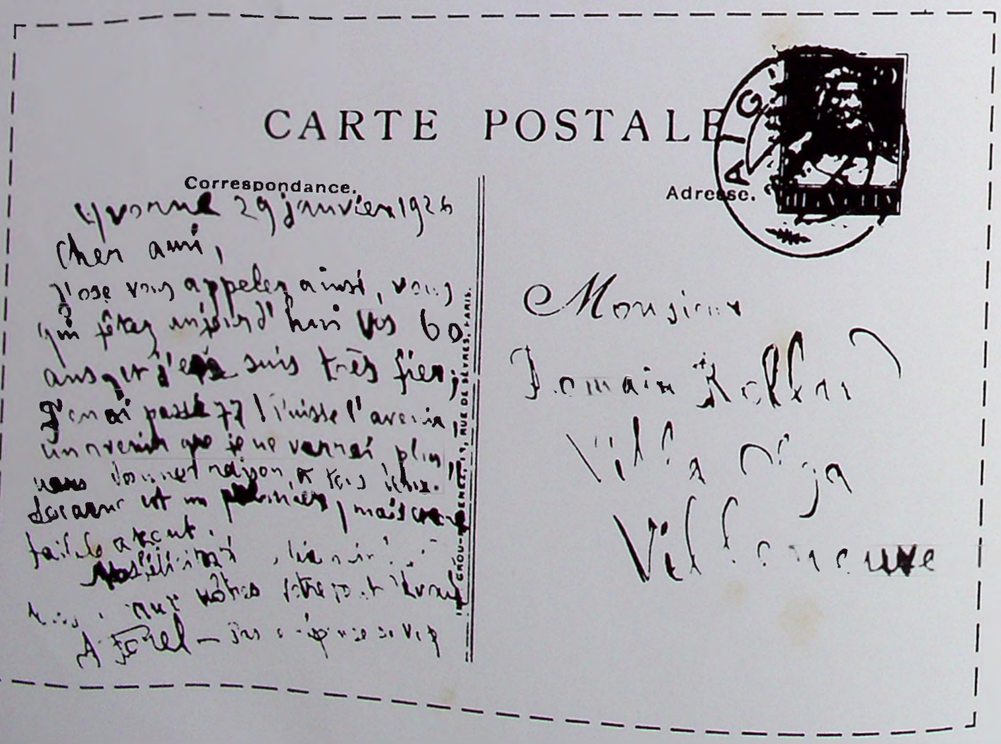
Pocas semanas más tarde, en mayo del 38, le anuncia, no sin un dejo de nostalgia, que a partir de ese verano deja Suiza para establecerse en Francia, en su



Herman Hesse, el novelista germano suizo, quien resid
en Suiza hace más de 20 años. Tomó
nacionalidad helvética. Amigo y confidente de Rolla



Retrato de Carlos Spittiler por el pintor suizo Hodlev



Carta postal del Dr. Fovl a Romain Rolland para felicitarlo con motivo de sus sesenta años

pueblo natal de Vazelay, "pero volverá, sin embargo, a pasar algunos meses de invierno, cada año, en Villeneuve, donde el contrato de la villa "Olga" no expira sino hasta el año 40". Esta es la última carta de Rolland para su amigo Hesse, desde esta Suiza que tanto amó y en cuyo retiro del Lemán, su autorizada voz fué cátedra de aquilatadas enseñanzas.

Y el último mensaje, ya desde Vazelay, tiene una luminosa serenidad clásica. Está fechado el 4 de agosto del 38. "...Desde esta colina sagrada de Vazelay que no hemos dejado, le envío a la colina de oro, un saludo afectuoso y nostálgico. Que él le haga gustar más efusivamente aún la paz armoniosa y libre del aire que usted respira".

El doloroso espectáculo de una guerra despiadada y cruel que, por segunda vez, en el corto espacio de una generación, venía a dividir la familia europea, volvía a acibarar, en la cumbre de la existencia, el alma de ese gran europeo que se llamó Romain Rolland. Su mirada habría de apagarse con las tristes visiones de su tierra ocupada y los campos del resto de Europa ensangrentados.

NOTAS

(1) Paul Seippel.—"Romain Rolland. L'Homme et L'Oeuvre". Paris 1913.
(2) Stefan Zweig.—Romain Rolland. Sa vie et son Oeuvre, Ediciones La Baconniere, Neuchatel, 1930.
(3) Romain Rolland.—Jean Christhofe. IX "Le Buisson Ardent", Ediciones Albin Michel. Paris.
(4) Idem. Idem.
(5) Idem. Idem. Las traducciones han sido hechas expresamente para este trabajo por el autor del mismo.
(6) Boeclin, pintor suizo, de Basilea, 1827-1901.
(7) Hodler, pintor suizo, de Berna, 1853-1918.
(8) Gottfried Keller, novelista suizo, de Zurich, 1819-1891.
(9) Romain Rolland.—"La Nouvelle Journée", Paul Ollendorf, 1924.
(10) Romain Rolland.—Journal des anées de Guerre, 1914-1919, Ediciones Albin Michel, París MCMLII.
(11) Carta de Romain Rolland a Paul Seippel, (manuscrito).
(12) La correspondencia entre Seippel y Rolland, según me informaba Madame Marie Romain Rolland, viuda del escritor, es tan copiosa que abarcará dos tomos de los "Cahiers", publicación en la que la Sociedad de Amigos de Romain Rolland, con sede en París, viene publicando los escritos inéditos de Rolland.
(13) Hesse - Rolland. Briefe.—Fretz y Wasmuth Verlag A. G., Zurich 1954, en francés y alemán.

ARMANDO ROJAS

Escritor y diplomático venezolano, nacido en Tovar, Estado Mérida. Doctor en Filosofía y Letras. Cursó estudios de humanidades en España y filosofía en Bélgica e Italia. Fué Director del Liceo "Simón Bolívar" de San Cristóbal. En 1945 entró al servicio exterior de la República. Actualmente es Consejero de la Legación de Venezuela en Suiza, Austria y Yugoeslavia, con residencia en Berna. Entre los libros que ha publicado es importante destacar el que escribió sobre las "Ideas educativas de Simón Bolívar" (Madrid, 1955). El doctor Rojas ha representado a Venezuela en varias Conferencias Internacionales.



ICA

La ciudad de los viñedos en el sur del Perú y la visita del Libertador

POR JOSÉ RAMÓN HEREDIA

Desde Lima, la bella capital del Perú, que atraviesa el paradójico Rimac sonoro y borbotante —cristalino y verdoso bajo las neblinas del invierno, y amarillo, turbio y henchido bajo el sol del verano—, y que bordea el plomizo Pacífico abriéndole una suave y larga curva cuartilunar desde La Punta hasta La Herradura para que extienda, primero, sus bulliciosos balnearios y, después, ya trepados los bajos y arenosos acantilados, sus amplias zonas residenciales de grandes mansiones; sus alineadas calles y anchas avenidas centradas de altos árboles y orilladas de jardines; sus verdes y sombreados parques y adornadas plazas, y siga extendiéndose en viejos y tradicionales barrios y paseos hasta que le sirvan de fondo los cerros de Amancaes, San Cristóbal, y la suave cadena de los que van hasta la florida Chosica; desde Lima la marina, vuelvo y digo, la neblinosa ciudad de la intimidad y el recogimiento, hasta Ica la rural y agrícola, la soleada ciudad de las vendimias y los cantos, hay una distancia hacia el Sur de trescientos veinte kilómetros. A cualquiera desanimaría para la excursión tal larga distancia, si no fuera porque hoy se recorren por una inflexible y amplia carretera de pulido asfalto. Esta carretera es parte —la parte mejor seguramente— de la que recorre casi todo el litoral peruano de Sur a Norte. En el litoral tienen asiento las mejores y más importantes ciudades del Perú, con excepción de Cusco (*) la imperial y Arequipa la señorial. El litoral peruano es un largo desierto, y, precisamente, en esta parte de Lima a Ica, es donde está más acentuada esta característica conformación geológica de los terrenos. Parécese este largo trecho, hasta la igualdad en algunos sitios, al desierto egipcio. Las mismas grandes extensiones de arena; el mismo inmóvil oleaje de dunas sucediéndose continuamente al avanzar del viajero; el mismo ambiente de fulguraciones y reverberaciones; lejanías azulosas; grupos de palmeras, manchones de bosquecillos. Sin embargo, hay algo que diferencia estos desiertos: el reflejo y colorido de la luz. En los desiertos africanos, ya sea al amanecer o al anochecer, a la media mañana o a la media tarde, o bajo el bochorno asfixiante del mediodía, la luz es viva, diríase que móvil, un canto sobre la tierra abierta bajo el cielo profundamente azul. Es como si millares de partículas luminosas se agitaran y vibraran para que todo brillase de un modo especial y distinto. Quizás en esto consista también la variedad de sus espejismos. Esta vivacidad de la luz, este ambiente de coloraciones, resta al desierto africano mucho de la sensación de soledad. A cada vuelta; a cada curva tras de las dunas; desde cada horizonte, el viajero espera ver surgir, y en efecto surgen con frecuencia, hombres, animales, tiendas, aldeas. En el desierto peruano la luz, seguramente por efecto de la pantalla de la Sierra cercana, es lánguida y acentúa la sensación de soledad y de silencio profundo que en él son una verdadera realidad. Tiene a trechos altas colinas, rocoso-arenosas y también de sedimentación, atravesadas por grandes y profundas anfractuosidades, abras, callejones, y cañones. Y todo, todo, en soledad y silencio absoluto. Ni un hombre; ni un animal; ni un vuelo; ni un eco. En vano el lente mágico y avizor de Walt Disney, graría captar una sola escena viviente. Solamente los otros vehículos que de cuando en cuando cruzan la carretera, y cuando ésta orilla el mar, el rumor de éste al descargar sobre la playa sus líquidas espumosas cargas, y el aleteo de las innumerables aves marinas realizando su golosa e incansable pesca.

Para acentuar su parecido con el egipcio, este desierto es igualmente fértil en potencia, y de una fertilidad asombrosa. Dondequiera que un río, arroyuelo u obra artificial permite el riego, la naturaleza vegetal surge ubérrima y pone sus verdes matices sobre la amarillez de las arenas infinitas. Por eso, no todo es desierto de Lima a Ica. Tras de correr sobre arenales y ser sorprendido constantemente por los espejismos de agua (ilusorios ríos, lagos, pozos, anegazones sobre la carretera, única forma de espejismos de este desierto), surgen pequeños y grandes valles verdes que anuncian pequeñas y grandes poblaciones pesqueras y agrícolas. Tales los renombrados y extensos de Cañete, cultivados de caña, algodón, tubérculos, frutos y frutas.

El primer encuentro con edificación que hace el viajero al salir de Lima y a treinta kilómetros de ella, son las ruinas del gran Templo de Pachacamac, frente a cuyas gradas el Emperador Pachacutec, el más grande de los emperadores Incas, el Carlo Magno del Imperio Incaico, realizó una espantosa hecatombe con sus valerosos vencidos, cuando desde las fortalezas de piedra de sus grandiosos recintos andinos, bajó con sus ejércitos a conquistar esas civilizaciones de la costa, rindiéndose él también al dios de los vencidos al entrar al Templo seguidamente y posternarse ante él, sumisión religiosa que le valió la simpatía —si es que ésta hubiera podido ser después de lo ocurrido—, y el inmediato reconocimiento, ya voluntario, a su autoridad imperial, de los costeños de esta región de Rima (*). Pachacutec fué el que realizó guerrera y políticamente la unificación del imperio incaico y el verdadero fundador del vasto Tahuantinsuyo. De ahí su nombre o sobrenombre, que quiere decir "el unificador". A la derecha de la carretera, a la orilla del mar y contra el horizonte celimarino, se alzan las grandiosas y evocadoras ruinas del Templo de Pachacamac, soberbios vestigios de una cultura desaparecida y sobre la cual está volviendo actualmente el arte peruano, buscando sus lejanos orígenes, para una recreación y revalorización.



Palacio Municipal y Biblioteca Pública

Siguen después, a largos recorridos, las poblaciones de Lurín, Mala, Chilca, Cañete, Chincha, ciudades estas últimas de gran riqueza agrícola. A las entradas y salidas de algunas de estas poblaciones tiéndense extensos, floridos y perfumados naranjales y manzanales; y a la vera de pueblos, caseríos y fincas, tiendas construídas de totora, fibras de plátanos y esterillas, exhiben frutas, dulces y objetos lugareños, que hermosas indias y mestizas ofrecen al viajero con su cadenciosa, dulce y dolida vocecita: "¡Naranjas!"... ¡Manzanas!... ¡Jalea de frijoles!... ¡Alfajorez!... ¡Compre, señorsito!...".

(*) Escríbese con ese y no con zeta, por no existir este sonido en el idioma quechúa, en el que más propiamente es Cosco.

(*) Origen del nombre Lima.

Ya muy cerca de Ica y haciendo un corto desvío de la carretera principal, se encuentra Pisco, situado en Las Playas de Pisco, por cuya bahía de Paracas desembarcó el 8 de setiembre de 1820 el Generalísimo Don José de San Martín, libertador de la Argentina y Chile y Protector del Perú, con un florido ejército de 3.800 hombres para su fracasada empresa de la liberación de este país.

Acogedor y grato como todos los pueblos del país de los incas, es éste, que seguramente debe haberle dado el nombre al magnífico aguardiente de uvas, orgullo de los peruanos y trago obligado para hacer abrir a su cálida cordialidad, la extranjera: "¿No ha probado usted todavía nuestro *pisco*?... Pues pruebe éste, que es puro, y del muy bueno, y verá cómo se anima... ¡Salú!...".

Importante por sus haciendas, industrias y comercio; por los hombres de negocios que están al frente de esas empresas; por su sociedad; por la laboriosidad de sus hijos, y por su espíritu acogedor y gentil, es la espiritual y espirituosa ciudad, en la que pasé algunos de mis mejores ratos peruanos. Enclavada en un lindo valle y rodeada de dunas y cerros un poco lejanos, los horizontes son en ella amplios y luminosos. Frondosos árboles en avenidas, parques y plazas, entre los que descuellan los altos y copudos *ficus*, le dan un fresco ambiente acogedor. Tiene alineadas y bonitas calles y algunos buenos edificios de propiedad particular y públicos, destacándose entre estos últimos el de la Municipalidad, cuyo hermoso salón de sesiones, puede ser orgullo de ciudad mayor. En este salón asistí, presidiendo la representación diplomática venezolana que fué a ese objeto desde Lima, a la instalación de la Sociedad Bolivariana de Ica. Y es que Ica es una ciudad bolivariana. Más claro: una de las más bolivarianas de las ciudades del Perú, pues todo el Perú es bolivariano. Esta es la verdad.



"Despedida del Libertador". Ica, 1825. Cuadro del Museo Regional de Ica

Y por último, la linda, azulosa, verde, amarillenta y dorada Ica; que de todo eso tiene, en el azul purísimo de su cielo; en los grandes algodonales, viñedos y sembrados que la rodean; en las finas arenas de su desierto y de sus pulidas dunas, y en su sol esplendente, a diario triunfador de sus neblinas mañaneras. Como cualquiera de las pequeñas ciudades vinateras de España, Francia o Italia, Ica es una región vinícola. El cultivo de la uva, como el del algodón, es una de sus principales y mayores riquezas. Tres grandes bodegas con todos los equipos, adelantos y técnicas modernos, "Vista Alegre", "Tacama" y "Ocucaje" están a cortos trayectos de la ciudad.

En el Perú han estado, y siguen estando, algunos de los más fervorosos admiradores del Libertador. Y muchas de las mejores y más expresivas cosas que sobre Bolívar se han dicho, allá han sido dichas. Basta recordar el final del discurso del abogado mestizo (no cura como erradamente apuntan algunos) José Domingo Choquehuanca: "Vuestra gloria crecerá como crece el tiempo con el transcurso de los siglos, y las sombras cuando el Sol declina". Y el final de otro gran discurso de otro importante hombre peruano, muerto no ha mucho tiempo, el Doctor Guillermo Martínez Leguía, aludiendo precisamente a ataques al Héroe que siempre defendieron su verbo y su pluma: "recio, límpido, Bolívar como el diamante sólo puede ser dañado por sus propios fragmentos". El bolivarianismo peruano demuéstrase en el hecho innegable de la magnífica acogida que le dan allí, sin ninguna clase de egoísmos, a todos los venezolanos y a todo lo venezolano. Y en esta espontánea manifestación de simpatía y de amistad, rivalizan pueblo y gobierno.

Y habiendo venido al nombre de Bolívar, después de haber pasado, sin terminar, por el de Ica, he venido a dar al motivo principal de esta crónica: el Libertador y su visita a la ciudad. Pero antes de entrar en materia del hecho, volvamos a su escenario, donde tan magnífico recibimiento hízosele, como correspondía al Héroe y a la tradición de la importante Villa. Y es que Ica tiene tradición: preincaica, incaica, virreinal e independiente. En los tiempos preincaicos fué asiento de la prolongación de una de las más importantes culturas del litoral, como lo fué la de Paracas. Innumerables *wacas* o *huacas* (grupos de tumbas reunidas en colinas artificiales, semejantes a las *mastabas* egipcias, que contienen fardos mortuorios con sus momias, y los vestidos, mantos, objetos y alimentos con que enterraban éstas) han sido descubiertas y desenterradas allí, las que han ido a enriquecer los museos peruanos públicos y particulares y también del exterior. Tuvo igualmente preeminencia la región en la época incaica: fué visitada en 1412 por Pachacutec, que conquistó el Valle de Ica por medios pacíficos de persuasión e invitación a los iqueños de someterse a su gobierno, previsor y paternal, en lo que éstos convinieron, haciéndole luego magnífico recibimiento, empleando el Emperador allí solamente, los cincuenta mil guerreros que condujo, en la construcción relámpago de un cauce o acueducto que prometió a una bella doncella iqueña de Tate, de quien se enamoró locamente, aunque sin ser correspondido. Cuenta la tradición, que noble y generoso el gran monarca, no empleó su autoridad imperial para tratar de obtener el amor que la doncella negábale confesándole amar a otro, sino antes por el contrario, cuando triste y decepcionado fué a despedirse de ella, con hermosas y poéticas palabras, díjole que le pidiese algún favor que hiciera recordar a ella y a los de su región el amor que habíale inspirado. Y la bella, amante de su valle iqueño y fiel a sus gentes, puesta de rodillas ante el gran Emperador, también con muy bellas palabras díjole que con su inmenso poder, él que todo lo podía, le diese agua a los laboriosos iqueños que sufrían de sequía. Pachacutec diz que le contestó: "Espera diez días y tendrás realizado tu deseo". Desde esos lejanos tiempos, hasta ahora, ese acueducto, llamado *La Achirana del Inca*, que quiere decir *lo que corre límpido hacia lo hermoso*, riega los terrenos de dieciocho haciendas, entre éstos los de los viñedos y bodegas que ya nombré. Un óleo alusivo, del Empera-



Vetusta casona colonial donde se ofreció por los marqueses de Torrehermosa y la sociedad de Ica, un gran sarao al Libertador Bolívar, a su paso a Bolivia, en 1825

dor sentado, que ofrece, y de la doncella de hinojos, que pide, revive en el Museo Antropológico de Ica esta tradición. Durante la época de la conquista, colonización y virreinato, también la historia le estampó sus huellas. Y en la independencia alegan los iqueños ser ellos los primeros en declarar la suya en el Perú. Aunque negativo este último recuerdo, en sus alrededores sufrió el 7 de abril de 1821 el ejército que allí había destacado San Martín al mando de Domingo Tristán y de Gamarra, la desastrosa derrota que les infligió Caterac. Hombres importantes en el campo de la ciencia y de las letras han dado los iqueños a su nación. Entre los contemporáneos recuerdo al poeta y cuentista Abraham Valdelomar, muerto no ha mucho. Actualmente posee la ciudad un grupo de intelectuales valiosos. Tiene un Centro Cultural con salón de lectura y una Biblioteca Municipal.



Crucificado que obsequió Carlos V a la ciudad de Ica, y que se venera en el templo de Luren

Y he dejado para lo último hablar de un milagro de belleza natural que posee Ica: Huacachina. Esta es una hondonada entre altas y pulidas dunas de afiladas y regulares aristas, en cuyo centro una laguna como de doscientos metros, que le da el nombre al lugar, tiende su esmeraldino espejo, y hace crecer por su parte noreste, como un prodigio de frescura, frondosa vegetación y palmeras. Circúndanla dos paseos con quintas a los lados, que se desprenden de los dos confortables hoteles de veraneo y turismo, que con amplios corredores hacia la laguna, la cierran por su parte sureste. Huacachina es un rincón de encanto como pocos he visto en el mundo. Con sus dunas amarillas y pulidas, cubiertas de finísimas arenas impalpables, que la cierran a todo otro miraje; con su amplia esmeralda, palmeras y boscajes, y arriba el cielo abierto en azul purísimo; con sus hoteles llenos de luz, colorido y quietud, es sitio para recogimiento del espíritu, a propósito para el encuentro con uno mismo, para profundos diálogos interiores, y rememoraciones. Está a unos quince kilómetros de Ica y se viene a ella por una estrecha avenida entre árboles y cultivos. En el Perú es tenida la laguna como poseedora de propiedades curativas. Sus aguas verdes y tibias contienen, indudablemente, azufre, sulfato de cobre y quién sabe qué otras cosas. En Ica hablan de *aguas radioactivas*. Podría ser. Mas, desde tiempos inmemoriales, desde los incas, y quizás desde antes, tal como ahora lo hacen los turistas peruanos y extranjeros, venía la indiada desde todas partes del Perú a bañarse en sus aguas. Y continúa viniendo, ocupando la parte sur y despoblada, y también las casillas, según su voluntad y posibilidades.

La laguna tiene su leyenda que data de los primeros tiempos del incanato: Cerca de ella diz que vivía una princesa incaica joven y bella que venía siempre acompañada de sus servidoras a bañarse en una pequeña fuente que estaba donde hoy está la laguna. Un día que tal hacía, y casualmente sola, un cazador emboscado la sorprendió desnuda en el baño. A la visión de su belleza, prendado de sus encantos, como un sátiro vínose a ella. La princesa cubrió su núbil cuerpo con un verde manto

que a mano tenía y dióse a huir del cazador, que obstinadamente la perseguía por entre dunas y breñas, en las cuales iba dejando la fugitiva trozos desgarrados de su manto, que por momentos volvía a dejar ver su desnudez. Cansada de correr y viéndose ya acosada, antes que dejar tocar su cuerpo virginal por el rudo cazador irrespetuoso, optó por quitarse la vida, y lanzóse por una pendiente rocosa de las dunas. Y entonces, ya desde las otras serenas regiones a donde la había llevado la muerte, dióse a llorar su desventura, y sus lágrimas, acumulándose, dieron aumento a la fuente y nacimiento a la laguna, en tanto, que los trozos de su manto desgarrado entre las breñas convertíanse en verdes boscajes y grupos de palmeras. Huacachina quiere decir en lengua quechúa *"la que llora"*. En uno de los muros que circunda el paseo de la laguna, unos versos de José Santos Chocano, labrados en mármol, rememoran la leyenda.



Templo de Luren

Y vuelvo ahora al que ya dije asunto principal de esta crónica. Cada vez que he recorrido la larga carretera a través del desierto, unas veces como pasajero y otras conduciendo mi auto, he pensado con admiración en las *sesenta y una leguas* que tuvo que recorrer Bolívar a caballo para llegar hasta Ica, sin ningún motivo urgente, bajo el ardiente sol del litoral, que ya lo había insolado de muerte en Pativilca (conozco también esa ciudad del norte del litoral y la casa y el patio donde bajo la palmera dió a Mosquera su enérgica respuesta), y las *trescientas treinta y dos* más que tuvo que recorrer para llegar hasta el Cusco, y más allá del Cusco, hasta el Potosí, sólo en viaje de conocimiento y de inspección de necesidades para remediarlas, quien podía haberse quedado muellemente en Lima gozando de sus victorias y triunfos, ya que hacía cuatro meses se había sellado en Ayacucho la libertad del Perú y de América. ¡Y a este hombre hubo, y hay todavía, quienes lo llaman ambicioso! ¡Ambicioso de gloria querrán decir!

Fué el 10 de abril de 1825 (verano ardoroso para el litoral) cuando desde Lima partió para su visita a los Departamentos de Arequipa, Puno y Cusco. En esta jira de encuentro con las ciudades que había libertado y de inspección de necesidades, lo acompañaba una nutrida comitiva, entre los que iba Don Simón Rodríguez. Esta jira haría después escribir a O'Leary:

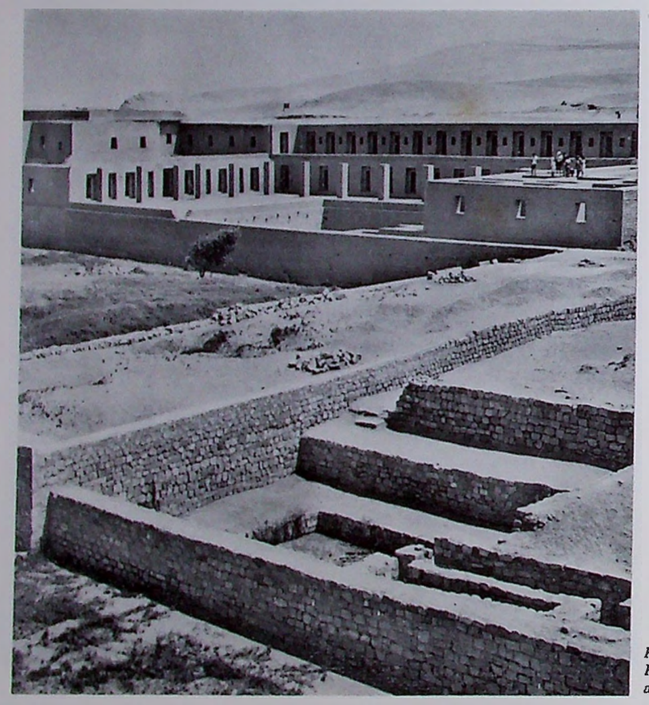
"La costa del Perú es un desierto desapacible e inhospitalario, interrumpido de trecho en trecho por arroyos que desprendiéndose de las montañas forman anchas quebradas donde el viajero fatigado encuentra alivio contemplando los verdes campos cultivados, cuya belleza resalta más por el contraste que forma con los estériles arenales que ha recorrido durante el día; aquellos sitios son por lo general muy fértiles; producen caña de azúcar, algodón, uvas, dátiles y otros frutos de los países tropicales". "Al sur de Lima por este camino se encuentran grandes y populosas villas como Cañete, Pisco e Ica".

"Difícil sería describir la recepción que en todo el tránsito hicieron los pueblos al Libertador. Su viaje fué una verdadera marcha triunfal. Al acercarse a las po-

blaciones salian los habitantes a su encuentro. Los indios se señalaban más que todos por su entusiasmo en estas festividades, vestidos con los ricos y vistosos trajes que, según la tradición, usaban sus antepasados".

"En muchas ocasiones en medio de aquellas soledades, cuando menos se esperaba y entrada ya la noche, multitud de luces anunciaban a la fatigada comitiva después de una larga marcha, que las autoridades de algún pueblo vecino la aguardaban con su cortés hospitalidad. No servían ellos a ningún ingrato; en ese largo camino, ni una ciudad, ni un pueblo, ni una villa, ni una aldea dejaron de recibir sus beneficios". Tan cierta es la afirmación de O'Leary que el Libertador fundó en Ica un Colegio de Ciencias, que subsiste, rebajado de categoría y realzado de asiento (funciona en un hermoso y moderno edificio escolar) con el nombre de "Gran Unidad Escolar San Luis Gonzaga", en la que se guarda culto por su fundador.

Después de haber hecho el recorrido siguiendo el itinerario Lurín, Mala, Matarratón, Chincha Baja, Pisco, Villacurí, el Libertador llegó a Ica el 17, a mediados de la mañana. La ciudad ya estaba preparada para su recibimiento, y así, hízoselo magnífico. Alojáronlo en la hermosa casa de un principal de la ciudad, que estaba situada en uno de los lados de la Plaza de Armas. Igualmente fueron alojados sus acompañantes en buenas mansiones de notables, y es tradición, que Don Simón Rodríguez, siempre excéntrico y raro, se escapó de estos lujos y fué a alojarse en un apartado y humilde barrio de la Villa. Desde el mismo momento de su llegada, homenajearon los iqueños al Libertador con nutridos actos, a todos los cuales concurrió, teniendo así una tarde de gran actividad de festejos. En la noche obsequiáronlo con un suntuoso baile que se realizó en la misma honorable y rica casa en que se había alojado, baile en el cual Bolívar, con su proverbial alegría, caballerosidad y pasión por la danza, bailó con las bellas y gentiles iqueñas hasta el amanecer. Y a esa misma hora, él y sus acompañantes, salieron sin cambiar siquiera sus trajes a montar sus caballos, que tenidos por los palafreneros, esperábanlos en la plaza, frente a la propia casa del baile, para continuar su viaje. La concurrencia, hombres y damas, entre brillos de faroles y luces del amanecer, salió a acompañarlos hasta la plaza, y a despedir emocionadamente al Héroe.



Perú. Ruinas de Pachacamac, 30 Km. al sur de Lima

Este motivo histórico, lo llevó al lienzo el pintor peruano Raúl Vizcarra, de quien soy amigo, y el hermoso cuadro ocupa un puesto muy principal en el Museo Antropológico Municipal de Ica. Como dato curioso anoto, que óleos en los que se despiden de Ica sus dos más grandes visitantes, Pachacutec y Bolívar, adornan este Museo.

Esa mansión del alojamiento y baile permaneció hasta hace cosa de unos tres años y medio en pie, y era conocida por la *casa de Bolívar*. Fué comprada, al igual que otros inmuebles vecinos y con miras a realizar construcciones, por uno de los dueños de la Bodega de Vinos "Vista Alegre", hombre importante en Ica. Necesidades de progreso al levantar otros edificios, han hecho que la histórica casa sea demolida, pero el dueño ha dejado en pie, como recuerdo histórico, el hermoso portal. Hice tomar fotografía de éste; de la Iglesia de la Merced que le está diagonal, y en el mismo estado que cuando echó sus campanas al aire para anunciar la llegada del Libertador, y del cuadro de Raúl Vizcarra, en el cual se aprecian las anteriores. Estas fotos, junto con la del Templo de Pachacamac, sirven de ilustración a esta crónica dedicada a Ica y al Libertador. Sobre ella, aunque sencilla y escueta, y sobre sus ilustraciones, puede el lector venezolano evocar un lejano y bello momento de la vida de Bolívar; en el que festivo y alegre, reinició un viaje de administración a través del Perú, que tanto quiso, en el claro amanecer de un día de abril en Ica, cuando palidecían las estrellas para que empezaran a brillar las charreteras y los arreos marciales del Héroe y sus acompañantes, que seguían hacia el Cusco lejano, el que delirante de entusiasmo y soberbio de esplendor, habría de recibir a su Libertador con mayor pompa y brillo, que en la época de su grandeza imperial recibiera a sus emperadores victoriosos.

JOSE RAMON HEREDIA



Nació en la ciudad de Trujillo el 10 de noviembre de 1900. Ha vivido en Caracas desde hace treinta años. Es uno de los poetas contemporáneos más destacados de nuestro país, contándose entre los miembros fundadores del "Grupo Viernes", que tan decisiva influencia tuvo en la poesía venezolana de 1936 y años posteriores. Tiene una numerosa bibliografía en poesía y en prosa. Se indica que tiene en preparación "Diez Meses por las Calles del Cairo" y un libro de impresiones de viajes. Ha sido Cónsul en Egipto y Primer Secretario de la Embajada de Venezuela en el Perú. Actualmente desempeña el cargo de Primer Secretario de la Embajada de Venezuela en el Paraguay.

ENFOQUE DE
NUESTROS DÍAS

La Energía Atómica y el Petróleo

POR
JOSÉ MARTORANO BATTISTI

En este trabajo, para cuya preparación me he basado en informes publicados particularmente en Estados Unidos y Gran Bretaña, se examinará en qué forma podría ser afectada la demanda del petróleo por el desarrollo de la energía atómica.

Todo el mundo recuerda el nacimiento de la era atómica, hace diez años, cuando estallaron las dos bombas nucleares que pusieron fin a la Segunda Guerra Mundial, y no es un secreto para nadie cómo han sido perfeccionadas hasta hoy armas todavía más terribles que aquéllas, también basadas en la liberación de enormes cantidades de energía por medio de la fisión del átomo.

La divisibilidad del átomo se había comprobado antes en los laboratorios por los hombres de ciencia; pero se necesitó de los grandes recursos económicos de Estados Unidos, así como también del acicate de ganar la guerra, para aplicar este descubrimiento al campo militar y fabricar así la primera bomba atómica a un costo astronómico. En los años siguientes a la terminación del conflicto bélico, tanto en ese país como en Inglaterra, y parece que también en la Unión Soviética, se han hecho grandes progresos en el campo de las investigaciones nucleares, casi todas con fines militares, entre las cuales cabe señalar como más reciente la construcción en Estados Unidos del primer submarino atómico bautizado con el nombre de "Nautilus".

Sin embargo, como era de esperarse, se está buscando también en varios países la aplicación de la energía atómica a fines pacíficos. En tal sentido ya se ha iniciado en Inglaterra y Estados Unidos la construcción comercial de las primeras plantas atómicas para la generación de electricidad y varias empresas se ocupan en producir equipos atómicos para el comercio. Asimismo, se acelera en varios países la participación de la industria en los desarrollos nucleares.

Pero antes de entrar de lleno en el tema que me propongo, veamos cuáles son las fuentes de la energía atómica.

Fuentes de la energía atómica

Ya hemos mencionado que la energía atómica es el resultado de la división del átomo. Sin embargo, antes que todo se requiere que se disponga de un elemento cuyos átomos estén en condiciones de ser divididos. Tal elemento es lo que por analogía de nombres usados en otras formas de energía, se denomina un *combustible* atómico.

El combustible atómico por excelencia es el metal *uranio*, que existe en la corteza terrestre en la proporción de cuatro partes por millón, esto es, un poco menos abundante que el zinc, el plomo y el estaño y en mayor abundancia que el oro y la plata. Pero al contrario de los metales corrientes, que se encuentran frecuentemente en depósitos concentrados, el uranio se halla en forma tan dispersa que su concentración en depósitos de magnitud comercial ocurre en forma excepcional.

Hasta hace poco era el Congo Belga el principal productor de uranio; pero mayores, aunque no tan desarrolladas, son las fuentes del Canadá Septentrional. En 1952 se comenzó en el Africa Meridional la producción de uranio de bajo grado como un sub-producto de las minas de oro. En Estados Unidos ha progresado notablemente la producción de uranio y la riqueza de este metal es cada vez mayor en Australia, a medida que se intensifican los trabajos de exploración. En otras partes del mundo, incluso en Venezuela, se llevan a cabo exploraciones con la probabilidad de descubrir tan codiciado metal.

Puede decirse que las reservas comerciales de 50.000 toneladas de uranio estimadas en el mundo antes de 1940, se han duplicado o triplicado como resultado de recientes esfuerzos exploratorios.

Otro combustible atómico es el metal *torio*, relativamente más abundante que el uranio, aunque es más bien rara su concentración en depósitos de cierta riqueza. Se obtiene en cantidades comerciales de algunas arenas de la India y el Brasil y en menor escala de pequeños depósitos en Estados Unidos. Las reservas conocidas de torio en el mundo son hoy tal vez un poco menores que las de uranio.

El tercer combustible atómico es el *plutonio*, el cual no se encuentra como tal en la naturaleza, sino que es manufacturado en plantas atómicas como derivado del uranio, según veremos en seguida.

El uranio está formado por dos *isótopos* (isótopos son formas de un mismo elemento con propiedades químicas idénticas, pero con diferentes estructuras atómicas y como resultado con muy pequeñas diferencias en sus propiedades físicas). Los isótopos del uranio son el *uranio 235* y el *uranio 238*.

El uranio natural contiene 99,3% de uranio 238 y sólo 0,7% de uranio 235, que es el *combustible primario* para la producción de energía atómica y en tal virtud constituye lo que en la terminología atómica es un *material activo*. En efecto, bajo ciertas condiciones U-235 es divisible, dando origen a otros elementos y liberándose a la vez grandes cantidades de energía. El U-238, aunque en sí mismo no es un *material activo*, puede también dividirse bajo condiciones más drásticas, y mediante su reacción con U-235 en una pila atómica produce, sin dividirse, el otro combustible atómico denominado *plutonio*.

El plutonio también es producido por un procedimiento de multiplicación en el cual una mezcla de U-238 y plutonio, en un reactor especial, engendra más plutonio del consumido en la reacción. De tal modo que por este procedimiento puede multiplicarse la producción potencial de combustible atómico.

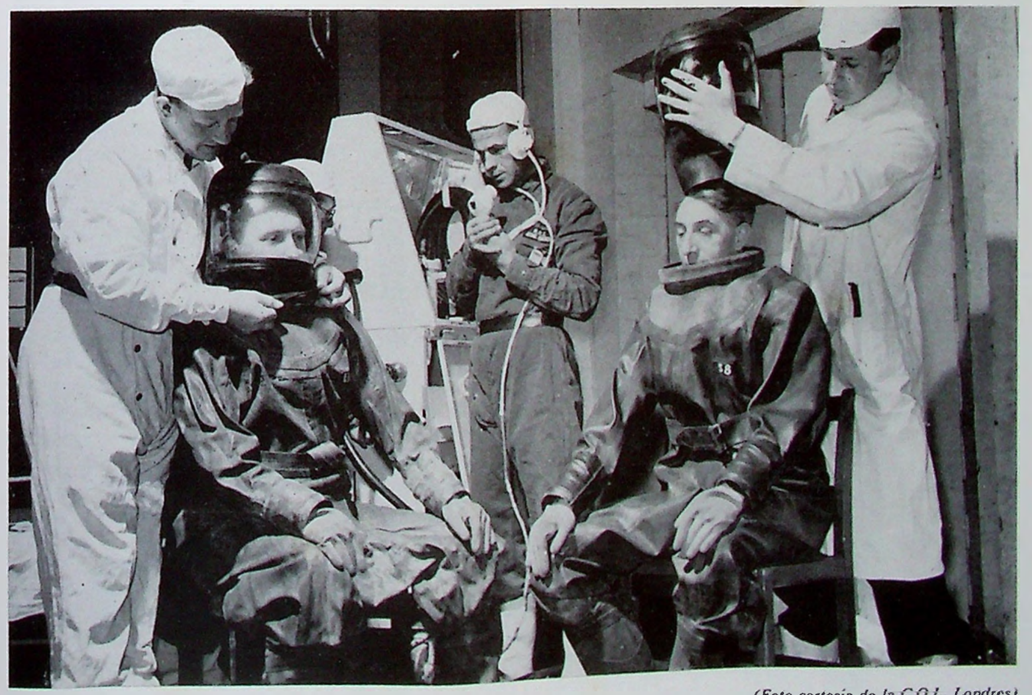
Resumiendo, hay tres formas de usar el uranio para la producción de energía atómica:

1) Por división de U-235, que es un material escaso.
2) Por división del plutonio producido del relativamente abundante U-238.
3) Por división directa de U-238.

El torio, que se mencionó más arriba, sirve para producir un combustible atómico denominado U-233, más o menos en la misma forma que se deriva el plutonio del U-238 en una pila atómica. Aunque este nuevo combustible atómico no se usa hoy como fuente de energía atómica, tiene grandes posibilidades para el futuro.

La energía atómica con fines industriales

Para ser utilizada pacíficamente la liberación de la energía aprisionada por el átomo, se requiere lo que pudiera llamarse una *versión controlada* de la explosión que se produce como resultado de la cadena de reacciones rápidas que ocurren al dividirse el átomo. En efecto, cuando se divide cierta cantidad de U-235 se producen otros elementos y se desprende energía a la vez; esta energía puede causar la división de una cantidad adicional de U-235 y consecuencialmente originar el desprendimiento de nuevas cantidades de energía y así su-



Aspecto de los vestidos protectores que llevan los obreros encargados del mantenimiento

(Foto cortesía de la C.O.I., Londres)

cesivamente. Sin embargo, para que esta cadena de reacciones se produzca es necesario que la cantidad de uranio sea de un tamaño no inferior a cierto límite crítico muy bien definido.

La intensificación de esta cadena de reacciones hace que en la bomba atómica se liberen grandes cantidades incontroladas de energía y de allí la tremenda explosión.

En la producción pacífica de energía atómica la cadena de reacciones es controlada para evitar la explosión. Este control se logra por los medios siguientes:

1º.—Para disminuir el riesgo (y, cosa muy importante, el costo del combustible) no se usa U-235 puro, sino una mezcla que contiene cerca de 2% de U-235 y 98% de U-238. Para que esta mezcla dé origen a una cadena de reacciones se requiere una cantidad mínima de tres toneladas de ella. Este límite disminuye a medida que aumenta el contenido de U-235.

2º.—Debido a que el control mediante el uso parcial del uranio activo no es del todo efectivo para evitar muy altas temperaturas, además se insertan en el reactor barras de un material absorbente, como el metal cadmio, las cuales pueden sacarse e introducirse a voluntad. En otros reactores atómicos se controla mecánicamente la velocidad de la reacción por medio de bombas que hacen circular el combustible como un líquido.

La división de un gramo de uranio por día produce en término de energía alrededor de 1.000 Kwts., la mayor parte de los cuales se manifiesta en forma de calor. La parte restante se manifiesta como radioactividad.

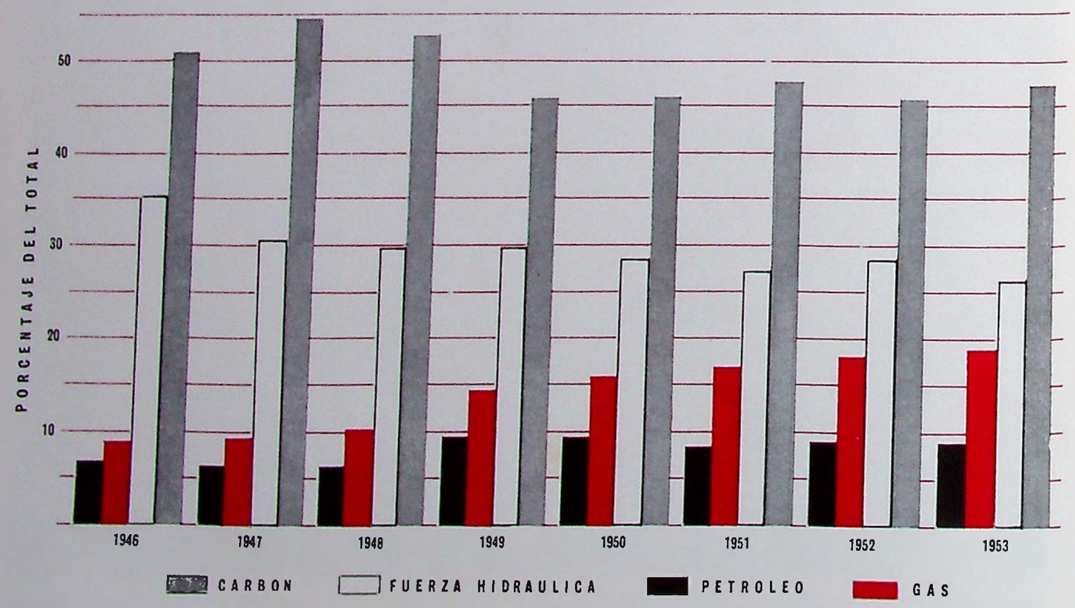
En su forma más sencilla puede concebirse un reactor atómico como una fuente de energía calorífica que puede utilizarse en la misma forma que otra fuente de calor para producir vapor de agua, el cual serviría para la producción de electricidad por medio de un turbogenerador.

En la hora actual parece efectivamente que el principal uso industrial de la energía atómica en un futuro más o menos cercano será por vía de grandes plantas eléctricas, aunque también se estudia su aplicación para la calefacción y en la propulsión de embarcaciones. Naturalmente que todos estos proyectos tienen más limitaciones de orden económico —costos— que de naturaleza técnica.

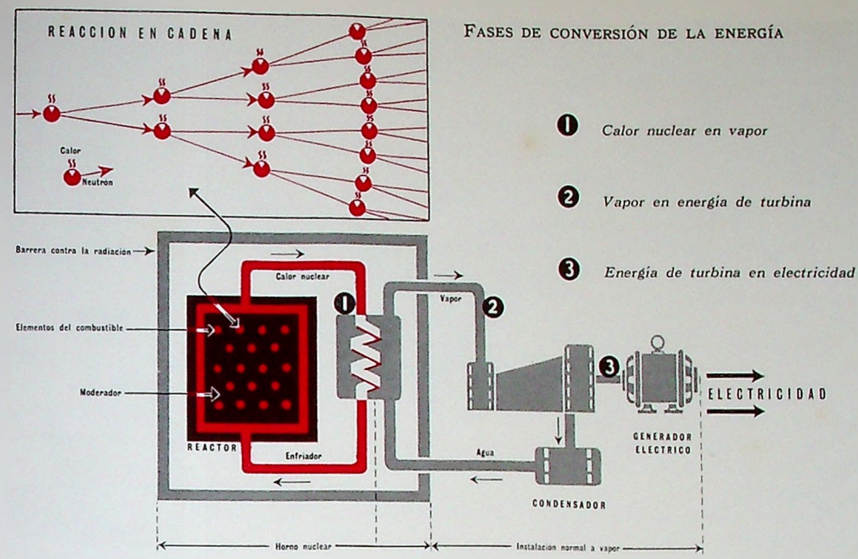
Si las plantas atómicas no pueden producir energía a un precio por lo menos igual al precio de energía producida por medio del uso de carbón o petróleo, son pocas las perspectivas para su desarrollo en gran escala.

Consideremos, pues, el costo de la electricidad por generación atómica, comparado con el de su producción por medio de los tradicionales combustibles de carbón y petróleo. Primeramente, el abastecimiento de combustible resulta menos costoso para la planta atómica: al paso que éste representa sólo un 7% del costo por unidad de electricidad producida en una planta atómica, viene a ser 42% del costo en una planta térmica corriente. Pero el combustible no es todo: ambas plantas necesitan de un equipo para convertir el combustible en calor para que después este calor sea transformado en electricidad. Es aquí donde la planta atómica encuentra su mayor dificultad económica — el reactor atómico (equipo usado para convertir el combustible atómico en calor) es muchísimo más costoso que la caldera donde se convierte el combustible corriente en energía calorífica, y de igual modo todos los otros costos de una planta atómica tienden a ser más altos que los de una planta térmica corriente, de tal manera que contrarrestan los menores porcentajes correspondientes a los costos del combustible atómico.

En recientes publicaciones se han mencionado varios tipos de reactores de posible aplicación comercial



FUENTES DE ENERGÍA ELÉCTRICA EN LOS ESTADOS UNIDOS



para la producción de electricidad. Como ejemplo citaremos que la Detroit Edison Co. y sus asociados, han estudiado para el establecimiento de una planta eléctrica atómica de 100.000 Kw. un reactor cuyo costo oscila entre $250 y $300 por Kw. de capacidad.

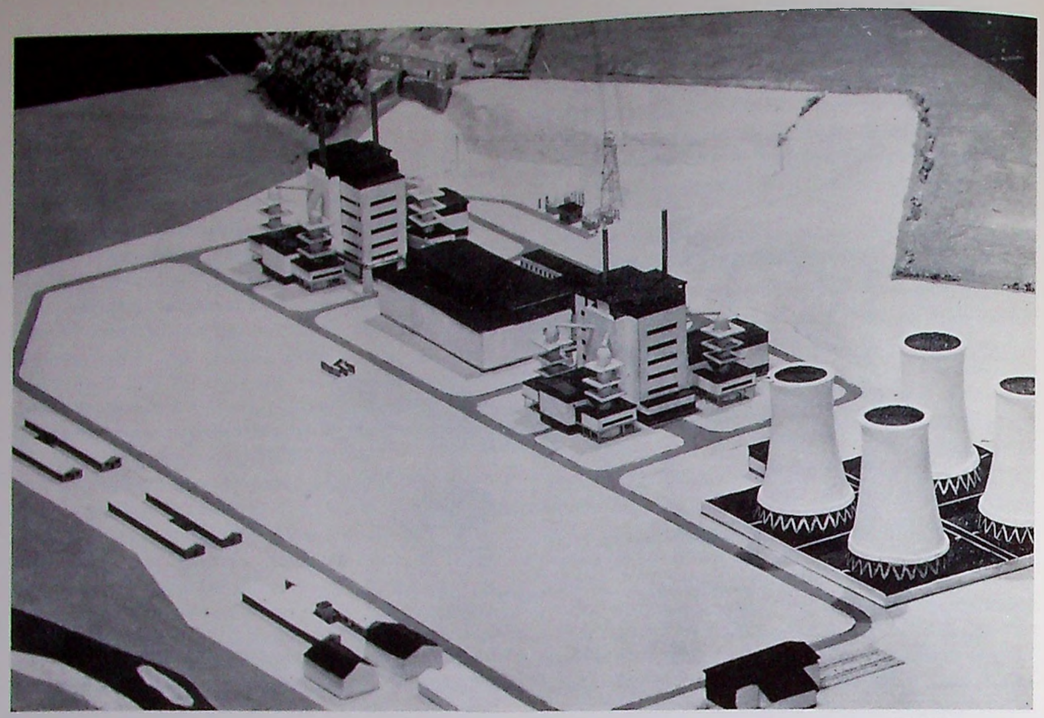
No hay cotizaciones públicas para uranio y plutonio, como tampoco son del dominio público los costos pertinentes a la extracción de subproductos de estos combustibles atómicos y el valor del sobrante de dichos combustibles una vez usados en el reactor. Por lo tanto, no es posible hacer estimaciones exactas sobre el costo de producción de electricidad en plantas atómicas. Sin embargo, para uranio al costo de $20 por gramo, parece que es posible producir electricidad entre 1,03 y 0,55 centavos de dólar por Kwh., si se toman además en cuenta los valores publicados correspondientes a otros factores. Como ejemplo de la variación de estas estimaciones, se puede mencionar que con referencia a la planta que actualmente se construye en Pittsburgh por la Westinghouse se han dado estimaciones, aunque no oficiales, que fluctúan entre 4 y 1 c. de dólar por Kwh. Sin embargo, es claro que estas plantas no producen electricidad a precios competitivos.

En el caso de que fuese posible construir reactores atómicos para producir electricidad a un costo alrededor de 0,75 c. por Kwh., entonces resultarían competitivos con las plantas eléctricas de servicio público más costosas de Estados Unidos, como las de 100.000 Kw. del área de Nueva Inglaterra. No hay que perder de vista que éste es un costo máximo, puesto que en otras áreas de Estados Unidos, donde existen grandes plantas del tipo corriente, los costos son menores, de modo que el promedio de costos para todo el país es de 0,67 c. por Kwh.

Las plantas eléctricas, como es lógico, son más económicas cuando crece su capacidad, pero esta economía resulta más marcada cuando se usan reactores atómicos en vez de plantas alimentadas por combustibles corrientes. Por ejemplo, si en las plantas corrientes ocurre una economía en costos de 0,03 c/Kw. cuando se aumenta su capacidad de 200.000 a 250.000 Kw., se estima que bajo las mismas condiciones se economizaría 0,15 c. por Kwh. en una planta atómica. De aquí el inconveniente con que tropiezan las plantas atómicas para resultar económicas, pues la demanda por grandes plantas tiene lugar principalmente en áreas de costos muy bajos, como las plantas de millones de Kw. en los valles del Tennessee y del Ohio. Así, pues, si se tratase de romper la barrera económica de las plantas nucleares por el simple aumento de su capacidad, surgiría inmediatamente la dificultad de que, por ejemplo, el mercado de energía distribuído en unidades de 300.000 Kw. a 0,6 c/Kwh., puede ser más limitado que el mercado de energía distribuído en unidades de 100.000 Kw. a 0,75 c/Kwh. De tal manera que para que la electricidad atómica llegue, en términos generales, a ser competitiva, se requiere el desarrollo de plantas de 100.000 Kw. a costos más bajos.

En el caso de áreas menos desarrolladas, plantas de 50.000 Kw. son a menudo más que suficientes para satisfacer las necesidades del mercado. Se excluye, por supuesto, el caso de áreas remotas, carentes de carbón o petróleo, para las cuales podría estar indicado un tipo de reactor pequeño, como el usado en el submarino "Nautilus". En efecto, las fuerzas armadas de Estados Unidos han escogido un reactor de unos 2.000 Kw. para su aplicación en bases remotas, como las regiones polares.

En el Reino Unido el programa oficial de diez años para la construcción de 12 plantas atómicas con una capacidad total alrededor de 1.500.000 Kw. depende de dos factores: 1º el costo de la electricidad proveniente



Maqueta de la central eléctrica experimental que se está construyendo en Colder Hall, Cumberland, Inglaterra

(Foto cortesía de la C.O.I., Londres)

de ellas se ha estimado más o menos igual al de la energía eléctrica producida en una planta térmica de carbón; 2º, la situación carbonera del país. A este respecto, un argumento poderoso en favor de ese programa decenal de plantas atómicas, son las dudas del Gobierno Británico de que, después de 1960 haya suficiente carbón en el país para abastecer sus necesidades de electricidad. Para entonces se disputarán ese mercado los combustibles atómicos y el petróleo.

De todo lo que antecede se concluye:

1º.—La industria está trabajando activamente por desarrollar usos pacíficos de la energía atómica.

2º.—Parece posible la obtención de electricidad en ciertas plantas atómicas a costos que compiten aproximadamente con los de la electricidad obtenida en plantas térmicas.

¿Cómo afectaría esta competencia a la industria petrolera? La afectaría de un modo inmediato en cuanto a las plantas que actualmente queman petróleo. Véase al respecto el diagrama que reproducimos en estas mismas páginas, en donde se indican las relaciones entre los diferentes tipos de combustible usados en Estados Unidos para producir energía eléctrica.

Habría también una influencia ulterior de esta competencia en la industria petrolera, en los casos siguientes:

1º.—Sustitución del petróleo por la electricidad en usos industriales y domésticos.

2º.—Uso directo del calor sobrante de los reactores atómicos en la producción de vapor de agua para la industria y para la calefacción.

En el primer caso, con respecto a la sustitución del petróleo por electricidad proveniente de plantas atómicas, parece razonable pensar que mientras éstas tengan que usar turbinas y otros equipos conocidos para la generación de electricidad y mientras el costo del petróleo no aumente desproporcionadamente, no hay riesgo de que tal sustitución ocurra en muchos años.

El uso del calor sobrante de los reactores en la producción de vapor de agua para la industria y para la calefacción presenta mayores posibilidades de ofrecer una competencia fuerte al petróleo y otros combustibles, por cuanto es en efecto un sub-producto y por lo tanto cargará con una pequeña fracción del costo de la planta. Sin embargo, los peligros de emisiones radioactivas estarían siempre presentes en un sistema de calefacción así alimentado, y su eliminación podría significar un costo elevado.

Como otro ejemplo puede citarse el caso de la propulsión de embarcaciones. Antes que todo conviene mencionar que mientras la energía representa sólo una pequeña parte de los costos totales de la producción general de un país, esta proporción varía de una industria a otra, con el índice más alto para la Marina Mercante. Por ejemplo, un estudio realizado hace algunos años en el Reino Unido mostró que la energía constituyó de 1 a 2% de los costos de las industrias tabaqueras y de bebidas, 8% de los correspondientes a las industrias de metales y entre 30 y 40% de los referentes a la Marina Mercante.

De allí se deduce que es la Marina Mercante uno de los campos que trata de aprovecharse más de una

forma barata de energía. Por lo tanto, de resultar más económica a largo plazo la mayor inversión inicial que representa la propulsión atómica de los barcos (entre dos y tres veces la correspondiente a la propulsión corriente), la energía atómica podría tener una vasta aplicación en la Marina Mercante. Sin embargo, no es de anticiparse que sea económicamente posible en un futuro cercano la conversión atómica del sistema de propulsión de los barcos actuales. Parece cierto que será lento el desarrollo comercial del sistema de propulsión atómica en la Marina, para competir económicamente, tanto desde el punto de vista del capital inicial como de los gastos de operación, con el actual sistema de propulsión de los buques. Con toda probabilidad el uso de la energía atómica en los buques es un desarrollo a muy largo plazo y habrá de ocurrir gradualmente, más bien al construirse nuevos buques que por conversión de los barcos ya construidos.

Con respecto a la aplicación de la energía atómica en las locomotoras, se sabe que una empresa ferrocarrilera de Estados Unidos ha comenzado su estudio, pero además de los costos parece que tendrá que enfrentarse a los peligros de la posible emisión de material radioactivo. Por la misma razón no se vislumbra que pueda resultar exitoso el automóvil atómico, aparte de que los costos de un reactor atómico tan pequeño serían prohibitivos. Recientemente, la Ford Motor Co., que se ocupa de estudiar las posibilidades económicas del automóvil atómico, anunció que, a su juicio, pasarán muchos años para que este sueño sea una realidad económica.

En resumen, actualmente sólo se vislumbra la electricidad como campo de posible aplicación de la energía atómica en un futuro cercano. En vista de que las plantas eléctricas alimentadas por petróleo representan una baja proporción del consumo total de ese combustible, parece que tal aplicación afectará muy poco a la industria petrolera en general. De un modo indirecto puede repercutir de manera adversa en esta industria si la electricidad resulta muy barata o una fuente de energía más conveniente bajo ciertas condiciones. Pero esto contribuiría a aumentar considerablemente el nivel de vida en vastos sectores de la población del mundo, y por lo tanto estimularía el consumo de petróleo para fines en los cuales esta sustancia es irreemplazable. Otro posible uso de la energía atómica en el futuro podría ser en la propulsión de barcos.

Se abriga la esperanza de que para mantener el nivel de producción industrial al ritmo anual de aumento que se viene registrando, dentro de algunos años tendrán que juntarse todas las fuentes disponibles de energía, y aun así se espera hacia 1980 un déficit de energía. Si estos vaticinios se cumplen, la energía atómica tenderá más bien a suplementar que a suplantar la energía proveniente del petróleo y de otros combustibles. Sin embargo, el ritmo a que resulte el uso de la energía atómica por la industria será naturalmente influído por la competencia que presente el mercado de otras formas de energía, y para que la Industria Petrolera pueda enfrentarse con éxito ante esta competencia, debe examinar continuamente sus costos de producción.

Para concluir, entramos a analizar lo que significaría para el futuro de Venezuela la aplicación industrial de la energía atómica. Esto es de gran importancia para nuestro país, cuya principal fuente de riqueza es la producción de petróleo y su exportación para varios países del mundo que lo necesitan para transformarlo en energía.

Este trabajo ha sido preparado con la intención de mostrar cómo vemos el futuro en la hora presente. Como se deduce por todo lo que ya he mencionado, es imposible formular predicciones en el estado actual de la energía atómica, sobre el papel que ésta desempeñará eventualmente en los años venideros para el abastecimiento de las necesidades mundiales de energía. Sin embargo, parece cierto que, con excepción de una limitada aplicación en la producción de electricidad en grandes plantas, transcurrirán todavía muchos años antes de que la energía atómica llegue a encontrar amplias aplicaciones en muchos de los campos en los cuales tiene mercado actualmente nuestro petróleo. Creo que el uso de la energía atómica para llenar parte de las necesidades de energía del mundo, resultará en forma lenta, y puede suceder que el aumento de dichas necesidades se mantenga al mismo ritmo de desarrollo, tanto del petróleo como de otras fuentes de energía, inclusive la atómica, para satisfacer tales necesidades. El límite hasta donde el petróleo pueda mantener su posición para abastecer la demanda de energía en competencia con la energía atómica, será fundamentalmente una materia puramente económica. No hay duda de que el mundo continuará requiriendo cada vez mayores cantidades de energía a precios económicos para mantenerse a tono con la marcha de la civilización, y creo firmemente que el mundo continuará necesitando el petróleo venezolano.

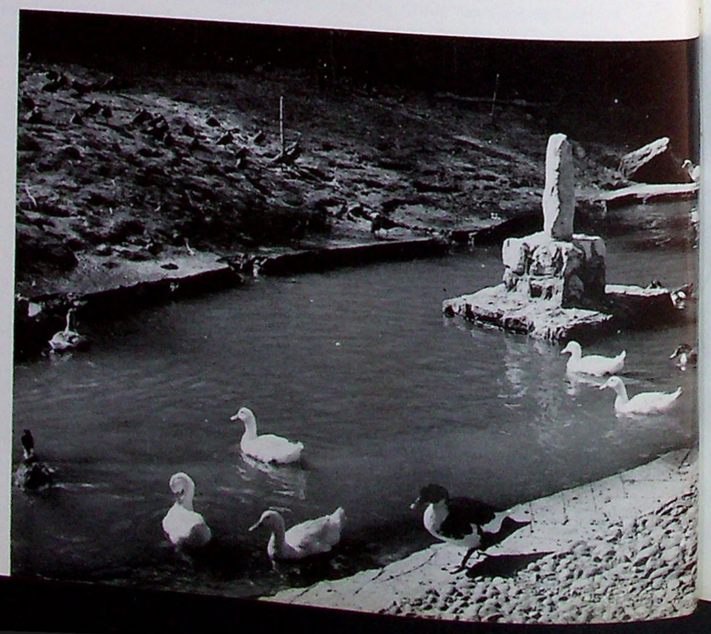


DR. JOSE MARTORANO BATTISTI

Doctor en Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad Central de Venezuela. Ingeniero de Petróleo, de la Universidad de Tulsa, Oklahoma. Encargado del Ministerio de Fomento durante los años 47, 48 y 49. Asesor en asuntos petroleros de la Embajada de Venezuela en Washington, con el rango de Ministro Consejero. En la actualidad es uno de los Directores del Comité Ejecutivo de la Compañía Shell de Venezuela.



Vista parcial de la ciudad de Mérida

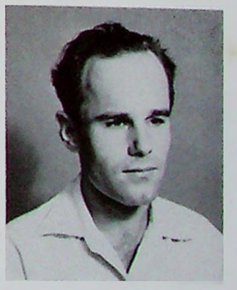


Laguna artificial. Paseo Chorros de Milla



Cristo que preside la sala de conferencias de la Casa de Ejercicios Espirituales de San Javier del Valle Grande

ARTE FOTOGRAFICO



WALTER WACHTER

Nació en Scaan, Principado de Liechtenstein, en el año de 1925. Empezó su carrera fotográfica en Zürich, Suiza, trabajando durante algún tiempo en publicaciones de turismo. Desde 1948 reside en Venezuela, donde ha desarrollado una importante labor en el campo profesional a que pertenece. Wachter se ha manifestado como un admirador constante de la tierra, el paisaje y las cosas que integran el mundo de la provincia venezolana. Así ha recorrido la mayor parte del territorio de nuestro país y su lente de experto ha sabido captar los aspectos más peculiares y sobresalientes de la vida de los campos, pueblos y ciudades del interior. Las fotos que ofrecemos en esta oportunidad corresponden al reciente viaje que, por encargo de la "Revista Shell", realizó a Mérida. Ambiente y paisaje, de genuina y real evidencia, contribuyen a dar la nota palpitante del ambiente acogedor y noble de la culta ciudad andina, en donde el espíritu universitario es consustancial a su mejor tradición.



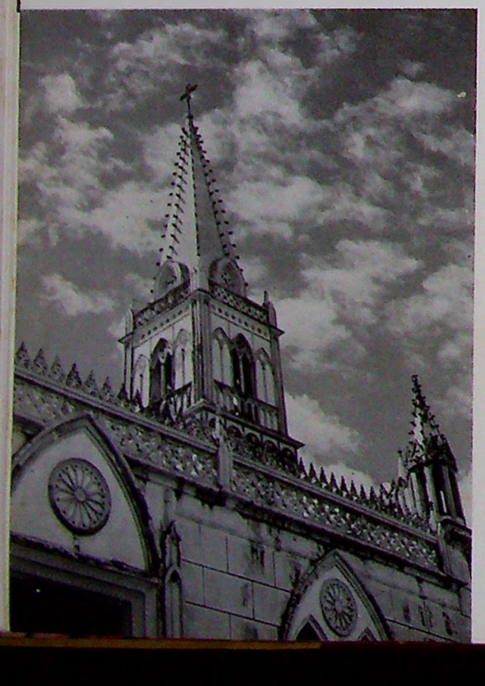
Vista parcial de la Plaza Bolívar de Mérida. Al fondo, la Catedral

ARTE FOTOGRAFICO

Cascada al pie de la montaña



Iglesia parroquial de El Llano



Altar de la Capilla de la Casa de Ejercicios Espirituales de San Javier del Valle Grande



CATTLEYAS

POR MIGUEL DE LEMOS

ORQUÍDEAS

Las orquídeas constituyen una de las familias de plantas más ampliamente extendidas sobre la superficie de la tierra, comprendiendo cerca de 20.000 especies, originarias de todas las regiones del globo con excepción de los desiertos y las zonas polares.

Esta gran familia comprende especies de las más diversas características; algunas duran sólo pocos años, en tanto que otras, de más lento desarrollo, poseen mayor longevidad. Su tamaño puede variar de algunos centímetros hasta más de cuarenta metros. Algunas son terrestres; otras, en cambio, epifitas, viven sobre los árboles, y algunas en fin, saprofitas, se alimentan de desechos vegetales en descomposición.

Para su reproducción, toda esta vasta familia depende de la indispensable cooperación de los insectos, ya que los órganos sexuales de las flores están cuidadosamente aislados a fin de evitar la autofecundación. Esta dependencia ha dado origen a los más notables medios de atraer a los indispensables colaboradores. Flores de desproporcionado tamaño en relación con la planta que las origina, inflorescencias de hasta 16.000 flores y perfumes penetrantes y a veces desagradables, son algunos de los muchos señuelos empleados para atraer especies específicas de insectos.

El mecanismo de la polinización adopta con frecuencia ingeniosas formas en las orquídeas. En los "Catasetum", por ejemplo, las políneas están situadas en una pequeña cámara, en el centro de la flor, la cual forma parte de una especie de catapulta. Una pequeña barbilla que obstaculiza el camino que debe seguir el insecto, para llegar al néctar de la flor, constituye el disparador de este astuto mecanismo, ya que al menor roce las políneas saltan con notable fuerza sobre la parte posterior del tórax del intruso, quedando allí sujetas mediante una sustancia adherente que poseen para tal fin. Tan perfecto es este mecanismo que las cápsulas de polen, aún después de disparadas, quedan protegidas por una membrana que sólo se desprende cuando el insecto retrocede después de haber libado el néctar de una flor femenina y haber dejado depositadas a las políneas en la cavidad estigmática de ésta.

En el "Angraecum sesquipedale", de Madagascar, hasta 30 cc. de néctar están depositados en un tubo de unos 20 a 30 cms. de longitud. Cuando esta planta fué conocida en Europa, Darwin previó la existencia de una mariposa dotada de una trompa capaz de alcanzar aquel néctar. Pese a la incredulidad de muchos, aquel insecto (Xanthopan praedicta) fué descubierto posteriormente. No se concibe la existencia aislada de este animal sin la planta que lo alimente, ni la reproducción de la planta sin la presencia de dicho insecto.

Las flores de algunos "Selenipedium" poseen sépalos que crecen hasta llegar al suelo, facilitando de esta forma el acceso de insectos terrestres que son los indicados para efectuar la fecundación.

En la "Encyclia" el labelo está formado por tres lóbulos, uno inferior que cubre la parte baja de la columna y dos laterales que la protegen por los lados.



Cattleya Mossiae. Flor Nacional de Venezuela



Interesante combinación de colores obtenida por hibridización



Variedad Reineckiana de la Cattleya Mossiae de Venezuela, una de las más hermosas flores silvestres que existen

Cuando el insecto apropiado se apoya en el lóbulo inferior del labelo, éste desciende permitiendo el paso del huésped, pero al mismo tiempo los lóbulos laterales caen bajo la columna impidiendo que el labelo vuelva a su primitiva posición, facilitando así la salida del insecto con su carga de polen. El animal, al salir de nuevo al aire libre, busca una nueva flor que visitar y al encontrar una cuya columna se halla expuesta, penetra en ella poniendo en contacto las anteras con la cavidad estigmática, la cual por contener un líquido adherente, las aprisiona a la vez que al intruso visitante, quien al sentirse así sujeto se sacude violentamente hasta liberarse, apartando en su lucha los lóbulos laterales del labelo y permitiendo a éste volver a su posición original. Al mismo tiempo, cumplida su función, la flor comienza a marchitarse de modo que los sépalos y pétalos se curvan sobre el labelo, impidiéndole abrir paso a un nuevo visitante.

Las flores de gran número de géneros como Cattleyas, Miltonias, etc., poseen en el labelo líneas de diversos colores, dispuestas de tal forma que guían al insecto al sitio donde debe cumplir la función que le está destinada.

Entre toda esta variedad de formas hay sin embargo una característica común, y es, que el visitante no puede alcanzar el néctar de que se alimenta si antes no ha dejado cumplida su misión fecundadora.

El género Cattleya

Entre todos los géneros que constituyen la extensa familia de las orquídeas, el de las Cattleyas de la América tropical es el que ha alcanzado mayor notoriedad, debido al tamaño y belleza de sus flores, al perfume agradable de la mayoría de ellas y a su duración que las hace especialmente adecuadas para los trabajos de floristería. A este género es al que pertenecen las flores popularmente conocidas simplemente como Orquídeas.

El género Cattleya, comprende alrededor de cuarenta especies de plantas epifitas pero no parásitas, esto es, que viven sobre las ramas de los árboles pero sin alimentarse a expensas de éstos, y habitan en bosques de una altura que varia entre los 500 y 1.500 metros en las faldas de las cordilleras existentes entre Méjico y la frontera del Brasil con Argentina.

Las Cattleyas son plantas formadas por una serie de depósitos carnosos, de forma ahusada, cuya longitud varía según las especies entre unos 8 y 30 centímetros, llamados seudobulbos, y que constituyen reservas alimenticias de la planta. De la parte superior de estos seudobulbos, se desprenden una o varias hojas carnosas de forma elíptica alargada y tamaño proporcional a aquéllos, y en la parte inferior se producen raíces adherentes que permiten a la planta, no sólo alimentarse, sino que además le sirven de medio de sujeción a las ramas de los árboles donde habita, constituyendo así cada seudobulbo una planta completa. Estos seudobulbos se forman a partir de yemas situadas en la parte inferior de los anteriores, quedando por lo tanto unidos entre sí mediante los trozos inferiores de cada uno de ellos, lo que constituye el rizoma. En la articulación de las hojas y el seudobulbo se forman cápsulas planas llamadas espátulas, dentro de las cuales se desarrolla la flor que, al alcanzar su madurez, rompe la cápsula y abre su admirable corola, ofreciendo un cuadro de extraordinaria belleza destinado a invitar a los insectos a un banquete nupcial.

La flor, en las Cattleyas como en casi todas las orquídeas, está constituída por tres sépalos y tres pétalos, uno de los cuales, el inferior, es generalmente diferente de los otros dos, y forma el "labelo" que envuelve la columna donde están situados los órganos de la reproducción, y es la parte más notable de la flor a causa de su amplitud y coloración.

Las Cattleyas poseen colores muy variados y generalmente es violento el contraste entre los pétalos y sépalos y el labelo. Son frecuentes combinaciones de amarillo y rojo oscuro, de blanco y violeta, etc. Ocurren además en la mayoría de las especies, variedades albinas, aunque siempre con trazas de pigmento amarillo en el interior del labelo.

El género Cattleya se puede subdividir en dos grupos de especies, perteneciendo al primero las que poseen una sola hoja en cada seudobulbo, y al segundo aquellas que poseen más de una.

Todas las especies que pertenecen al primer grupo han sido clasificadas repetidas veces como simples variedades de la primera Cattleya introducida en Europa, la Cattleya Labiata, del Brasil. Posteriormente, sin embargo, en consideración a las diferencias esenciales de forma, color, ambiente y época de floración, se las ha reconocido como especies diferentes. A este grupo pertenecen: la Cattleya Mossiae, flor nacional de Venezuela, y las Gaskeliana y Luedemanniana también venezolanas; la Triana, la Warscewiczii o Gigas, y la Schoderae, de Colombia; la Labiata, del Brasil, y Cattleyas amarillas Dowiana y Dowiana Aurea, de Costa Rica y Colombia, respectivamente, y muchas otras especies menos conocidas.

Las Cattleyas del grupo de las labiatas son las orquídeas más conocidas y populares, el tamaño de sus flores llega en algunas de las especies mencionadas hasta 20 centímetros y a veces aún más. Ellas son la causa del interés que en el público despertaron las orquídeas y su importancia en floristería no ha podido ser disminuída a pesar del incremento habido en el cultivo de otros géneros de esta familia.

Al segundo grupo pertenecen plantas de flores más pequeñas y que por esta razón no han despertado tanto interés. Hoy, sin embargo, cuando los éxitos obtenidos en los trabajos de selección e hibridación han logrado producir flores que alcanzan diámetros de cerca de 30 centímetros, muchos aficionados han llegado al convencimiento de que estos colosos son no sólo incómodos, sino además poco agradables, y los ojos se han vuelto hacia especies capaces de producir una mayor cantidad de flores en cada inflorescencia, aun cuando éstas sean de menor tamaño, en la esperanza de obtener híbridos que proporcionen gran número de flores de un tamaño comprendido entre 12 y 15 centímetros. Los halagadores resultados obtenidos hasta el presente, auguran un brillante porvenir a este tipo de híbridos, en los cuales algunos conocedores aseguran ver las Cattleyas del futuro.

A este segundo grupo pertenecen, entre otras, la Cattleya Superba de las selvas de Guayana, la Skinneri de Costa Rica y Guatemala y la Bowringeana, la Loddigesii y la bicolor del Brasil.

Historia

Durante el año de 1818, encontrábase el botánico inglés Swanson en el Brasil, coleccionando musgos y líquenes con destino a varias colecciones botánicas de Inglaterra, y deseando proteger sus ejemplares de los maltratos provenientes del largo viaje que habrían de soportar, los recubrió con plantas de hojas carnosas que había hallado adheridas a las ramas de árboles silvestres. Este extraño embalaje fué el que hizo conocer en Europa el más hermoso género de la extensa familia de las orquídeas. Al ser recibidas las plantas en Inglaterra, el eminente horticultor William Cattley sintió curiosidad por saber qué plantas eran las que formaban aquel extraño empaque y tratar de cultivarlas. Algunos años después su curiosidad fué ampliamente recompensada por la belleza de las flores producidas por aquellos desechos. El profesor John Lindley, que estudió las plantas, comprobó que pertenecían a un género entonces desconocido de la familia de las orquídeas, al cual llamó Cattleya en honor de su poseedor.

El descubrimiento de las Cattleyas promovió gran interés entre los horticultores de Europa, ya que los géneros para entonces conocidos de orquídeas, la mayoría de ellos asiáticos, no podía compararse en belleza o tamaño a las nuevas flores. Compañías comerciantes de Inglaterra, Francia, Bélgica y Holanda comenzaron a rivalizar en la importación de plantas de Sur América. Agentes de las floristerías europeas, aficionados, científicos y aventureros comenzaron a recorrer los bosques de la América tropical y encontraron que además de la especie conocida en Inglaterra, existían otras en distintos lugares del continente, y así fué hallada la Cattleya Mossiae en 1838 en Venezuela; la Warscewiczii en Colombia en 1849; la Dowiana en Costa Rica en 1864, la cual atrajo grandemente la atención a causa del color amarillo de sus flores, y muchas otras con diferencias apreciables entre sí y distintas épocas de floración. Además, se encontraron variedades blancas de centro morado en la mayoría de estas especies, variedades que fueron muy apreciadas y alcanzaron elevados precios.

Desgraciadamente los cultivadores europeos no conocían realmente la forma de cultivo de las plantas que recibían, y guiados por las descripciones exageradas de los viajeros que llegaban de los trópicos, que hablaban de selvas sombrías en las que no penetraba la luz del sol, de calores insoportables y lluvias continuas, creyeron lo indicado tratar de reproducir en sus invernaderos este imaginario ambiente, ignorando que en realidad las Cattleyas habitan bosques cuya altura varía entre los 500 y 1.500 metros sobre el nivel del mar, en los cuales el clima no es ardiente como en las zonas bajas y que están adheridas a las ramas de los árboles, y expuestas al viento y a la luz del sol, sólo amortiguada por las capas superiores del follaje, lo que no permite sino un bajo grado de humedad en sus raíces. Trasladadas de su medio natural a invernaderos caldeados, húmedos y sombríos, las Cattleyas comenzaron a morir en gran cantidad, y a medida que parecía más difícil su cuidado, su precio fué aumentando. Los aficionados y comerciantes de flores pujaban para obtener los mejores ejemplares en los muelles de Liverpool y Londres, subiendo los precios a tal punto que un ejemplar de 100 libras no se consideraba de lo mejor y algunos llegaron a alcanzar 400 libras esterlinas, cantidad fabulosa para pagarla por una planta en aquella época.

El incentivo de grandes y rápidas ganancias hizo que gran número de aventureros "cazadores de orquídeas" se trasladaran a estos países y comenzaran a destrozar prácticamente bosques enteros para remitir plantas a Europa. Gran cantidad de árboles fueron derribados para arrancar de ellos las orquídeas que los poblaban, siendo luego éstas tratadas sin ningún miramiento. Millares de plantas se perdían durante meses de espera de los barcos que habían de transportarlas, millares morían en esos mismos barcos, y del escaso número que llegaba a su destino sólo muy pocas podían soportar el tratamiento a que allí eran sometidas, todo lo cual, sin embargo, afectaba poco el negocio de los buscadores de plantas; las pocas que se conseguían salvar, pagaban con creces las escasas inversiones.

Este orden de cosas no podía durar mucho y en Inglaterra Joseph Cooper, y luego Sir Joseph Paxton, verificaron que las Cattleyas respondían mejor a un tratamiento totalmente opuesto al que había venido aplicándoseles. Unido a esto, las mayores facilidades de transporte, proporcionadas por los barcos de vapor, y mejores sistemas de recolección y empaque, hicieron que los precios de las plantas bajaran violentamente a tal punto que para 1881, el precio normal era de unos 10 chelines a una libra, por planta.

De esa época en adelante los precios han aumentado debido a dos factores que son el aumento de consumo, debido a la gran importancia que las orquídeas han adquirido en la industria de floristería, a consecuencia de la belleza y duración de las flores, y la selección que se ha hecho en las especies y en especial en los híbridos.

Una vez que los aficionados llegaron a dominar el cultivo de las Cattleyas, fijaron sus miras en la reproducción de las mismas. Al comienzo, el único medio de multiplicar las plantas que se conocía, era la división de las mismas en piezas, aprovechando la duplicación del rizoma que a veces ocurre en las plantas. Este sistema no satisface, naturalmente, los deseos de los cultivadores, ya que en realidad no representa una gran ventaja la obtención de dos plantas pequeñas a costa de una mayor. La meta de los orquideólogos era la repro-



Cattleya Superba de la Guayana



Cattleya Luedemanniana (Speciosissima). Especie Venezolana

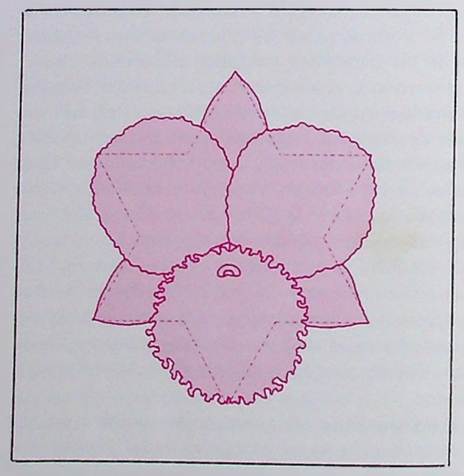


Gráfico que muestra la disposición de la flor en las Cattleyas

ducción sexual que ofrecía posibilidades vastísimas, ya que un solo fruto de cattleya contiene generalmente entre 250.000 y 1.000.000 de semillas. Con un porcentaje bajísimo de germinación ya podría darse por satisfecho cualquiera. La fertilización de las flores, como se ha dicho, se efectúa en el ambiente natural mediante insectos que al libar el néctar de una flor se llevan adheridos a su cuerpo la cápsula que contiene las políneas, dispuestas para ese fin, y luego las depositan involuntariamente en la próxima flor que visitan. Este sistema permite el cruce de una planta con otra a veces de distinta especie, produciendo híbridos naturales que son frecuentes entre las orquídeas. Este mecanismo de fertilización no ofrecía dificultades para ser reproducido artificialmente sin la cooperación de los insectos. El problema consistía en hacer germinar las semillas obtenidas. Muchos tanteos se llevaron a cabo, terminando casi siempre en fracasos totales y pocas veces en menguados éxitos.

A veces, semillas esparcidas accidentalmente llegaban a producir plantas, pero en cambio aquellas sembradas con toda clase de cuidados, en medios de cultura diligentemente preparados, fracasaban casi invariablemente. Sin embargo, algunos cultivadores, Noesette, Neumann, Moore, etc., comprobaron que la germinación de las semillas, cuando ésta se lograba, ocurría sólo en casos de semillas sembradas o caídas accidentalmente cerca de las raíces de la planta madre. Basándose en estos principios, aún no interpretados, J. Dominy, empleado de los establecimientos de horticultura de J. Veitch & Sons, de Chelsea, Inglaterra, sorprendió al mundo en 1853 con la primera planta híbrida de orquídea que se produjo artificialmente; éste fué un cruce entre las especies asiáticas Calanthe Masuca y Calanthe furcata. Este primer híbrido fué llamado Calanthe Domini, en honor de su creador. Seis años después, Dominy presentó las primeras plantas híbridas de Cattleya en una reunión de la Royal Horticultural Society y cuatro años más tarde floreció el primer híbrido bigenérico obtenido mediante el cruce de una Cattleya Mossiae de Venezuela y una Laelia Crispa, del Brasil; a este híbrido se le llamó Laeliocattleya exonensis. Los establecimientos Veitch trataron de guardar cuidadosamente el secreto de sus cultivos, en los cuales habían obtenido tantos éxitos. Sin embargo, en 1871, Mr. Cross, jardinero de Lord Ashburton, logró hacer florecer un híbrido de dos especies del género asiático de los Cypripedium. De aquí en adelante muchos cultivadores lograron, tanto en Inglaterra como en Francia, obtener resultados hasta cierto punto consistentes, continuando el procedimiento de sembrar las semillas en el mismo medio en que vivían las plantas madres. La razón de esta dependencia entre la semilla y la planta que la había producido, continuó siendo un enigma hasta que Noel Bernard, a principios del siglo XX, comprobó que las raíces de todas las plantas de orquídeas estaban infectadas de hongos del género Rhizoctonia y que invariablemente las semillas que lograban germinar, sólo lo hacían después de haber caído cerca de raíces de otras plantas, y haber sido contaminadas por éstas. Tanto Bernard en Francia como Hans Burgueff en Alemania, lograron hacer germinar semillas en tubos de ensayo, infectándolas artificialmente con Rhizoctonia. Pudieron comprobar estos experimentadores, que la misma especie de hongos no era capaz de estimular la germinación de cualquier especie de semilla, existiendo tres diversas especies, capaces de actuar, una, sobre los géneros de Laelia, Cattleya, Cypripedium, etc.; otra sobre Phalaenopsis y Vandas, y la tercera sobre los Odontoglossum. Los experimentos de Bernard y Burgueff produjeron cambios inmediatos en el cultivo de las orquídeas y a los invernaderos se anexaron de inmediato laboratorios completamente equipados, en los cuales biólogos, más que jardineros, se dedicaban a aislar y mantener cultivos de los milagrosos hongos. El sistema de reproducción simbiótico se impuso a pesar de la oposición de muchos, que se negaban a creer que aquellos microscópicos parásitos pudieran producir nada benéfico. Muchos sostenían, además, que podían obtenerse mejores resultados por el viejo expediente de sembrar las semillas cerca de las plantas adultas, y en muchos casos tenían razón, ya que en un invernadero cerrado como los empleados necesariamente en las zonas templadas, y poblado de plantas, el aire está prácticamente saturado de esporas de hongos, hasta el punto de que la infección de una buena proporción de semillas es realmente irremediable. Por otra parte, la obtención de culturas puras, de la especie específica del hongo que se requiere es un problema muy arduo, debido a la dificultad de aislar éste de los otros hongos nocivos.

Este estado de cosas duró hasta 1922, año en el cual el Dr. Lewis Knudson, de la Universidad de Cornell, publicó el resultado de sus experiencias en germinación de semillas de orquídeas. El Dr. Knudson, partiendo del hecho de que las semillas eran por sí solas incapaces de alimentarse, concluyó que la función de la Rhizoctonia era simplemente transformar las materias presentes en el medio de cultivo, en sustancias asimilables para la semilla, y que por lo tanto si dichas sustancias eran adicionadas artificialmente podría prescindirse del hongo. Knudson logró efectivamente germinar sin inconvenientes semillas en un medio estéril, a base de agar, sacarosa y sales minerales. Este procedimiento simplificó extraordinariamente el cultivo, ya que se elimina el problema de sembrar en el medio una especie específica de hongos. El método de Knudson, que se ha llamado método asimbiótico, ha venido a ser universalmente empleado, habiendo permitido la enorme multiplicación de nuevos híbridos y la selección de sólo las mejores plantas de cada cruce, ya que a causa de la alta proporción de semillas que se logra germinar, los cultivadores se ven en la necesidad de eliminar una gran cantidad de plantas que no correspondan a las esperanzas puestas en ellas. Por otra parte, el método asimbiótico ha hecho disminuir el costo de las plantas a tal punto, que hoy es frecuentemente más fácil y económica la obtención de un buen híbrido cultivado, que el de una planta silvestre, cuya calidad se ignora.

¿Qué es una buena Cattleya?

Cuando a mediados del siglo pasado Dominy logró los primeros híbridos de orquídeas, la atención de los floricultores se volcó de inmediato sobre los productos obtenidos. No importaba que éstos, como ocurría con frecuencia, fuesen inferiores a los que lo habían originado; eran nuevos y esto ya representaba un paso hacia adelante que bien podía justificar el orgullo de sus poseedores. Al hacerse más numerosos los híbridos, el interés en ellos fué depurándose y se trató lógicamente de obtener flores superiores a las existentes. En las Cattleyas el ideal de los hibridizadores se cifró en mejorar las siguientes cualidades de la flor:

1. Forma
2. Color
3. Textura
4. Tamaño
5. Número de flores
6. Epoca de floración.

Hagamos un breve resumen de los resultados buscados en cada uno de estos ramos, y los progresos obtenidos.

Forma

Como queda dicho, las flores de Cattleyas están constituídas por tres sépalos, dos pétalos, y un tercer elemento llamado labelo, que envuelve la columna y está constituido por un pétalo modificado. Lógicamente se considera que estos elementos deben estar equilibradamente distribuidos en la flor, lo cual se logra cuando las extremidades de los pétalos y los sépalos, y el centro del borde inferior del labelo, forman los vértices de una estrella de seis puntas. Por otra parte, los sépalos deben ser tan anchos como sea posible y rectos o sólo leve y artísticamente arqueados, pero sin curvar su extremo hacia atrás. Los pétalos deberán ser tan anchos que sus bordes se sobrepongan ligeramente sobre el sépalo superior y planos, sin retorcerse lateral ni longitudinalmente, aunque sus bordes pueden y deben ser ligeramente rizados. El eje de los pétalos debe ser recto y no formando una curva hacia abajo como ocurre desgraciadamente con frecuencia. El labelo debe ser completo y tan grande como sea posible, y con el borde circular y densamente rizado, y sin sobresalir demasiado hacia adelante, respecto al resto de la flor.

Tendiendo a buscar este tipo de flores, los cultivadores han seleccionado las mejores Cattleyas para cruzarlas entre sí y con las flores de otros géneros, aunque son siempre las Cattleyas las especies silvestres que presentan mejor forma, dado lo ancho de sus pétalos y sépalos.

Para aumentar el tamaño y mejorar la forma del labelo se ha recurrido con frecuencia al cruce de las Cattleyas con una planta de un género afín al de ellas, la Brassavola Digbyana, la cual produce una flor de pequeñas dimensiones y escaso colorido, pero dotada de un labelo de grandes dimensiones, en relación a su tamaño, y con sus bordes orlados de pequeños flecos que le dan apariencia sumamente atractiva. El resultado de estos cruces es generalmente flores de tamaño similar al de las Cattleyas, pero dotadas de un labelo similar a la Brassavola. Sin embargo, la mayoría de estas Brassocattleyas adolecen del defecto de tener pétalos y sépalos delgados y con frecuencia retorcidos. Cruzando nuevamente estos híbridos primarios con Cattleyas o con híbridos de Cattleyas y Laelias, se logra a veces obtener Brassocattleyas sin los inconvenientes mencionados. Como es lógico, estos éxitos sólo representan una baja proporción de las plantas producidas, resultando por lo tanto escasos y costosos.

Color

Uno de los caracteres de las flores que más llama la atención, aun a primera vista, es el color. En las Cattleyas, como en las demás flores, el color ha sido siempre una de las características más notables. La mayoría de las especies presentaban variedades blancas, blancas con labelo coloreado y aun blanco ceniciento, a las que se ha llamado "cerúleas" aunque en realidad este color no corresponde al azul que sugiere este nombre.

Las cattleyas amarillas en Costa Rica y Colombia, Dowiana y Dowiana áurea, llamaron notablemente la atención y se intentó cruzarlas con otras de mejor forma, a fin de trasmitir a éstas el hermoso color amarillo. Los resultados dejaron perplejos a los cultivadores, pues cuando efectuaban cruces de flores moradas con las cattleyas Dowianas, los híbridos resultantes, en lugar de producir flores del color amarillo buscado, las daban con un color morado más intenso que las de la planta originaria. La Cattleya Dowiana áurea, por otra parte, no producía ese efecto, lo cual vino a comprobar que las plantas originarias de Colombia pertenecían a una especie diferente a las de Costa Rica.

El cruce de las variedades albas de diferentes especies produjo resultados aún más desconcertantes, ya que con frecuencia de dos plantas de flores totalmente blancas se obtenía una progenie compuesta totalmente de plantas de flores moradas.

Por otra parte, en algunos casos, flores blancas eran producidas por el cruce de plantas de flores de color.

Muchos de estos problemas no pudieron ser solucionados ni aun después de ser conocidas las leyes mendelianas de la herencia, y algunos no están aún totalmente aclarados. Sin embargo, a fuerza de trabajos y muchos fracasos, lograron los aficionados obtener flores de tan variados colores como hoy pueden contemplarse. La fuente principal de ello ha sido el cruce de Cattleyas con plantas del género Laelia. Las laelias, originarias de México y el Brasil, son plantas con flores de variados colores, pero con forma inferior a las Cattleyas y a veces de dimensiones reducidas; ellas han proporcionado a sus híbridos con las Cattleyas y con las Brassocattleyas, hermosos colores en todos los tonos de amarillo, bronce y violeta. También han proporcionado a las Laeliocattleyas y Brassolaeliocattleyas los hermosos labelos de preciosos tonos de rojo y violeta.

En busca de flores de color rojo, pusieron los aficionados su vista en una pequeña especie brasileña, la "Sophronitis grandiflora", de flores minúsculas a pesar de su nombre, la cual produjo Sophocattleyas rojas de flores diminutas. Nuevos cruces con Cattleyas y Laeliocattleyas y Brassolaeliocattleyas, produjeron pequeñísimas proporciones de híbridos de flores rojas, anaranjadas y violeta oscuro, de regular tamaño. Naturalmente, es difícil conservar otras buenas características cuando se repiten series de cruces buscando una finalidad específica. Esto permite comprender la gran escasez de plantas en las que se haya logrado obtener los colores deseados conservando a la vez la forma, textura, tamaño, etc.

Textura

Se ha dado por llamar textura de las flores al espesor y dureza de las partes de las mismas. Esta característica, que a primera vista parece poco importante, da a la flor un aspecto mucho más bello, y lo que es más interesante, está en relación directa con la duración y resistencia al maltrato de la flor, característica inapreciable en floristerías.

En busca de flores de una mayor textura, los floricultores han iniciado últimamente una serie de cruzamientos con Cattleyas que hasta ahora habían sido prácticamente desdeñadas por su pequeño tamaño y poco esplendorosos colores, tales como las Cattleyas bicolor, guttata, intermedia, bowringiana, etc.

Se espera con estos cruces obtener flores más resistentes y duraderas, sin mayores pérdidas en lo relativo a color y forma.

Debe sin embargo tenerse en cuenta que ésta es una cualidad que depende no sólo de los caracteres hereditarios de la planta, sino también, en su mayor parte, del cultivo a que esté sometida la misma, ya que las flores de una planta cultivada en un ambiente inapropiado, pierden de inmediato, no sólo su textura, sino también su tamaño.

Tamaño

Esta es una característica a la que se dió una gran importancia en el pasado, lográndose mediante una continua selección y bien escogidos cruces, obtener flores de tamaños que alcanzaban a veces a 27 centímetros.

Se considera, sin embargo, actualmente, que el tamaño ideal de una cattleya es de unos 15 centímetros, de forma que no represente una incomodidad al ser usada como adorno femenino. Se estima preferible que una planta produzca varias flores de esa dimensión en vez de una o dos de mayor tamaño. Esto, como es natural, no representa regla absoluta, ya que es más que todo materia de gusto personal.

Número de flores

El número de flores capaz de producir una planta depende, indudablemente, del número de bulbos nuevos producidos en cada estación. Esto, naturalmente, es proporcional al tamaño de ésta y al número de divisiones progresivas del rizoma.

El número de flores producidas por cada seudobulbo, no es el mismo, sin embargo, para cada especie, dependiendo además del vigor de la planta y de los cuidados que se le prodiguen. En general, este número varía de dos o tres para las especies de flores grandes hasta ramilletes de quince a veinte en algunas de flores más modestas como la Cattleya Skinneri y la Cattleya Bowringeana.

En los híbridos se ha obtenido una mayor productividad, aunque no siempre sin detrimento del tamaño y textura de las flores.

Epoca de floración

Las especies silvestres de Cattleya tienen por regla general fechas de floración claramente definidas, y así puede observarse que la Cattleya Mossiae florece regularmente durante los meses de marzo, abril y mayo, en tanto que la Percivaliana abre sus corolas durante agosto, setiembre y octubre. Los híbridos, por lo general, no siguen con rigor esta periodicidad, y algunos florecen dos y hasta tres veces en un año; otros, en cambio, conservan los mismos períodos que algunos de sus antecesores adelantándola o retrasándola en virtud de la herencia de los demás que los han originado. Estas plantas, cuyos períodos de floración cubren las épocas de escasez o de gran demanda, son muy apreciadas por los cultivadores comerciales, ya que sus flores pueden aspirar a mejores precios.

Para los simples aficionados que sólo aspiran a obtener flores de mayor belleza, las cualidades, tanto de número como de época de floración, son en general de importancia secundaria.



DOCTOR MIGUEL DE LEMOS

Nació en Caracas en el año 1914. Obtuvo el grado de Ingeniero Civil en la Universidad Central de Venezuela, ejerciendo su profesión en el campo de la actividad privada hasta el año 1942, en que viajó al Brasil como Jefe de la Comisión de Límites entre aquel país y Venezuela. A su regreso asumió un cargo de importancia en la Cartografía Nacional, que desempeñó durante varios años. Actualmente ocupa una cátedra de topografía en la Universidad Católica "Andrés Bello". Es Presidente de la Oficina Técnica de Construcciones, Isamar, S. A.



RUBEN DARIO Y ANDALUCIA

POR JOSÉ LUIS CANO

¿Qué debe Rubén Darío a Andalucía? ¿Cómo sintió el gran poeta hispánico el hechizo de la tierra y el sol andaluces? Cuando, en 1892, hizo Rubén su primer viaje a España, como representante de su país, Nicaragua, en las fiestas conmemorativas del descubrimiento de América, apenas si salió de Madrid, pues dedicado intensamente a vivir la vida de la Corte, la literaria tanto como la social, no le fué posible visitar otras regiones españolas. Pero si su encuentro con Andalucía no tuvo lugar en aquella ocasión, sino años más tarde, pudo, en cambio, tomar contacto con el espíritu andaluz a través de los poetas andaluces que entonces conoció, el primero de todos Salvador Rueda. A través de la poesía de Rueda, que era ya poeta conocido en la Corte, tuvo Darío una primera imagen, luminosa y colorista, de las tierras del sur español. En una extensa carta a Narciso Alonso Cortés, fechada el 12 de marzo de 1925, y publicada por éste años más tarde (1), se jacta Rueda de haber sido el guía y presentador de Rubén en la vida literaria madrileña: "La primera vez que vino a España (Darío), no tuvo quien lo defendiese y acogiese más que yo que le presté el más puro calor de mi alma. Vino de América atraído por mi amistad y mi arte nuevo, aparte de su cargo oficial". En lo cual,

(1) En los "Anales de la Universidad de Madrid" (1953), t. II, fasc. 2.

Salvador Rueda, como buen andaluz, exageraba lo suyo. De no ser por su nombramiento de representante de su país en las fiestas colombinas, es difícil que Rubén hubiera venido a España en 1892, por mucho que le atrajese la amistad y el arte nuevo de Rueda. Aparte de que si Rubén conocía desde América la poesía de Rueda, no conocía menos la de Campoamor y Núñez de Arce, que eran, más que Rueda, los dos ídolos de su adolescencia americana. Dejando aparte, pues, las exageraciones del poeta malagueño, lo que sí es cierto es que una de las primeras y más estrechas amistades que Darío tuvo a su llegada a Madrid, fué la de Salvador Rueda. Gracias a los buenos oficios de éste, consiguió Rubén publicar versos en "El Liberal", la primera poesía que con su firma se publicó en España. Hasta entonces —escribe Andrés González Blanco, que fué amigo de ambos (2)— se le habían cerrado a Darío, hostiles a piedra y lodo, las puertas de las redacciones de los periódicos diarios acusándosele de revolucionario y modernista. A través de Rueda, conoció Darío a Campoamor y a don Juan Valera, que había hablado con elogio de "Azul". Rueda había publicado su primer libro "Noventa estrofas", en 1883, con un prólogo de Núñez de Arce, y en 1888 —el mismo año de "Azul"— dió a la estampa su "Sinfonía del año", que Rueda consideraba como la primera manifestación de la revolución poética española. Darío agradeció la generosa acogida de Salvador Rueda, escribiendo para el libro de éste "En tropel. Cantos españoles" el famoso "Pórtico", que luego incorporó a "Prosas profanas". Este poema, tanto como un homenaje a Salvador Rueda, es un canto cálido a Andalucía, sin conocerla aún. Rubén se siente ya subyugado por esa tierra, la tierra de María Santísima, que no pisará, sin embargo, hasta 1904.

La fama de Rubén creció tanto en pocos años, que cuando en 1899 llega a España por segunda vez, la mejor juventud poética de entonces —Juan Ramón Jiménez, los hermanos Machado, Francisco Villaespesa— le reconocen como su maestro, como el paladín indiscutible de la nueva poesía, el inventor de una nueva lírica. La gloria de Rueda quedó un poco oscurecida con el nuevo astro que se alzaba poderoso en la poesía hispánica, y no puede extrañarnos, porque es humano, que el poeta malagueño sintiera celos de él, y le doliera aquel alejamiento de la juventud que antes le había seguido con entusiasmo. No faltaron amigos, envidiosos de ambos, que dedicáronse a encizañar aquella amistad, tan firme antes, de Salvador Rueda y Rubén Darío. Un comentario de Rubén acabó de separarlos. En un artículo publicado en "La Nación" de Buenos Aires, fechado en Madrid el 24 de agosto de 1899 —y luego reunido en el volumen "España contemporánea"—, escribió Darío estas palabras, que hirieron profundamente a Rueda: "Salvador Rueda, que inició su vida artística tan bellamente, padece hoy inexplicable decaimiento... Los últimos poemas de Rueda no han correspondido a las esperanzas de los que veían en él un elemento de renovación en la seca poesía castellana contemporánea. Volvió a la manera que antes abominara; quiso tal vez ser más accesible al público, y por ello se despeñó en un lamentable campoamorismo de forma y en un indigente alegorismo de fondo. Yo, que soy su amigo, y que le he criado poeta, tengo el derecho de hacer esta exposición de mi pensar". Parece que Rubén explicó más tarde que él no había querido escribir "criado", sino "creído", que no es lo mismo, pero esta explicación no arregló nada. Rueda se sintió gravemente ofendido, y pasó pronto al contraataque. Lo sabemos por una carta del argentino Eugenio Díaz Romero —el fundador de "El Mercurio de América"— a Rubén, fechada el 3 de julio de 1901, y en la que le dice: "Le adjunto un artículo de Salvador Rueda contra usted, publicado últimamente en "El Correo Español". Es una infame diatriba, indigna de usted y de la cultura de Rueda". No hemos podido localizar ese artículo, pero, en todo caso, la actitud de Rueda parece lógica, pues el ataque de Rubén, publicado en un periódico del prestigio de "La Nación" bonaerense, era grave. No tiene razón Alberto Ghiraldo cuando, en su libro "El Archivo de Rubén Darío", afirma que "en toda la obra de Darío no se encuentran sino elogios para su colega". ¿Es que no leyó Ghiraldo "España contemporánea"?

(2) En su libro "Salvador Rueda y Rubén Darío", Madrid, 1908.

Al conocer el ataque que le dirigía Rueda en "El Correo Español", Rubén escribió a Enrique Gómez Carrillo —según cuenta Alberto Ghiraldo— refiriéndole detalles sobre el incidente. Carrillo le contestó en seguida con una carta en la que le decía: "Me extraña lo que me dice de Rueda, pues yo creí siempre que éste era el más ardiente de sus admiradores. En "El Liberal" me parece imposible escribir contra Rueda, porque éste es uno de sus colaboradores. Pero podemos hacerlo en otra parte: en "El País" o en "El Pueblo". Yo tendré mucho gusto en defenderlo a usted y en atacar a Rueda por un acto de inútil violencia. Dígame lo que quiere que haga". No conocemos la contestación de Rubén Darío, pero probablemente no hubo nuevo ataque de su parte, pues los dos poetas rivales acabaron reconciliándose. Lo sabemos por la siguiente carta de Salvador Rueda, que publica Ghiraldo en el libro anteriormente citado: "Mi querido Rubén: Te agradezco la evocación de mi nombre en tu capítulo de cosas íntimas que leo hoy en "El Imparcial". En aquellos tiempos me querías y aún no habías formulado contra mí tu negación injusta, origen de una serie de cosas lamentables. Yo me ajusté a tu desamor. ¿Qué iba a hacer? Pero noto al leer hoy tus palabras que mi corazón te quiere por encima de todo, y ahí va un abrazo absolutamente leal. Muy vivamente deseo que te pongas bueno. Si curas dímelo para que se alegre tu amigo *Salvador Rueda*.—P.D.—Ante todo, agárrate con fuerza a la vida. Cúrate y trabaja poco o nada. Ya tendrás tiempo.—*S. R.*"

Las relaciones entre los dos poetas seguían siendo buenas en 1908, pues la revista "Nuevo Mundo" de Madrid, publicó en su número de 31 de octubre de ese año, el siguiente soneto, muy poco conocido, de Rueda, que éste escribió como prólogo a un libro del poeta cubano Manuel Pichardo:

La voz de toda América le pides a Darío,
la voz de toda España le pides a mi acento,
al cisne desplegando las alas en el viento,
y al pavo real abriendo la cola como un río.

Quiere de las dos aves tu egregio señorío
hacer un áureo escudo de gloria a tu talento,
en que deslíe el cisne su blando movimiento
y en que la cola estalle de rosas y de brío.

Pero es mejor trofeo tender Rubén su mano,
tenderle yo la mía por cima el oceano,
y así formar un pórtico sobre el azul intenso

El tañerá su lira, yo tocaré mi trompa,
y en una regia nave llena de sol y pompa
¡tu cruzarás, poeta, bajo del arco inmenso!

El 26 de enero de 1912, Rubén escribe a Rueda una carta invitándole a colaborar en la revista "Mundial", de la que era director y que se publicaba en París. Carta cordial, que debió disipar las nubes que ensombrecieron antes la amistad entre los dos poetas. Por eso es tan triste leer la extensa carta —escrita para ser publicada— que Salvador Rueda dirigió a Narciso Alonso Cortés en marzo de 1925, y a la que nos hemos referido ya al comienzo de este artículo. Por ella vemos que un hombre bueno, como lo era Salvador Rueda, puede llegar a ofuscarse y a cometer enormes injusticias cuando median celos y odios literarios. Parece inconcebible que, muerto Rubén, haya puesto Rueda en esa carta conceptos tan injuriosos para su antiguo amigo, revelando, con una violencia casi infantil, los terribles celos que había sentido, y seguía sintiendo, por la gloria literaria del autor de "Prosas profanas". Todo su afán ya casi senil, tiende a desacreditar a Rubén y a convencer al lector de que él, Salvador Rueda, fué el primer innovador en la lírica española moderna, y de que Rubén fué sólo un seguidor suyo.

Pero, naturalmente, aunque sea cierto que los primeros libros de Salvador Rueda —"Noventa estrofas" y "Cuadros de Andalucía", publicados ambos en 1883— sean anteriores a los primeros de Darío —"Epístolas y poemas" es de 1885 y "Abrojos" de 1887—, ello no prueba nada, como no sea que ambos poetas comenzaron muy jóvenes a publicar versos. Fué el genio poético de Rubén Darío el que consiguió el triunfo de la revolución poética modernista. Salvador Rueda quedó pronto desbordado, y los jóvenes poetas que al principio habían sentido su influencia, no tardaron mucho en abandonarle para seguir y adorar al nuevo coloso que llegaba de América y de París: Rubén Darío. Es muy poco probable que Rubén sufriera la influencia de las primeras cosas de Rueda, como éste afirma. En sus primeros libros, escritos siendo casi un adolescente, los poetas españoles que influyen en él son Zorrilla, Campoamor y Núñez de Arce, y a ellos es a los que desea conocer cuando llega por primera vez a España. Es posible que conociese ya la poesía de Salvador Rueda, pero no deja de ser extraño que no lo cite en ninguno de los dos poemas de adolescencia, en que Rubén alude a poetas españoles por él admirados: el que dedica a Manuel Reina, fechado en 1884, y el titulado "La poesía castellana", fechado en 1882. En el primero, que es un elogio entusiasta de Manuel Reina, cita además a Núñez de Arce, a Zorrilla, a

"..... ese gigante
juguetón y severo que se llama
Ramón de Campoamor y Campo Osorio"

y a Manuel del Palacio, "saleroso como hay pocos". En el segundo, "La poesía castellana", cita a numerosos poetas españoles de todos los tiempos, y al llegar a la época contemporánea, elogia a Velarde, a Trueba, a Bécquer, a Núñez de Arce y a Campoamor. De Rueda se olvida, o quiere olvidarse. Es cierto que, ya en España, Rubén elogió más de una vez la poesía de Rueda —"Rueda me alababa, no tanto como yo a él", declara en el prólogo a su "El Canto errante"—, y que escribió, en su honor, el poema "Pórtico", luego incorporado a "Prosas profanas", pero de alguna manera tenía que agradecer la entusiasta acogida del poeta malagueño. Ya hemos visto cómo, en 1899, durante el segundo viaje de Darío a España, sus comentarios sobre Rueda como poeta fueron poco benévolos, espina que se le quedó clavada a éste toda su vida. Es evidente que Rubén no podía sentir gran entusiasmo por la poesía un tanto ingenua en su colorismo desbordado de Salvador Rueda. Rueda era un poeta intuitivo, verboso, que había leído muy poca poesía extranjera, y ese poco apenas lo había sabido digerir. Mientras que Rubén no sólo había leído todo lo leíble, y se sabía de memoria a los parnasianos y a los simbolistas franceses —Moreas, Verlaine, Mallarmé y tantos otros— sino que tenía mucho más talento literario que Rueda. Mientras Rueda se desbordaba incontinentemente, Rubén llegó a conocer muy bien cuándo el poeta debe detenerse y fijar la justa forma de un poema.

El primer y único contacto físico de Rubén con Andalucía, tiene lugar en diciembre de 1904. Se dirige primero a Málaga, quizá invitado por Salvador Rueda, ya reconciliado con él. Su deslumbramiento ante aquella tierra luminosa, donde reinan el sol y la belleza de la mujer, lo supo expresar en las bellas y encendidas páginas que dedica a Málaga en su libro "Tierras solares", publicado ese mismo año de 1904. Evoca en ellas Rubén "la reja cantada en los versos, las mujeres, la molicie y el ambiente de amor", y confiesa su deleite en ver pasar a las malagueñas, "las primeras en hermosura en todo el reino de belleza que es la tierra de España". Rubén queda hechizado por sus ojos inmensos y brillantes, por sus andares voluptuosos, por sus largas cabelleras negrísimas o doradas. Málaga es ciudad predilecta de los dioses y del sol, y también de la Poesía —escribe—. Y nos habla de los poetas malagueños, que le son seguramente presentados por Rueda: Narciso Díaz de Escobar, Arturo Reyes, Salvador González Anaya. Rubén es un viajero alerta y curioso, que quiere verlo todo de la ciudad, sentirlo todo de ella: los barrios bajos, la Caleta, la pesca del copo, los cafés cantantes donde se canta y se baila flamenco... Su libro "Tierras solares" nos demuestra que al lado de lo pintoresco y fácil, Rubén supo captar la más honda y pura Andalucía, que no es la superficial y colorista, la Andalucía de pandereta que han visto tantos viajeros extranjeros, sino otra mucho más sencilla y más misteriosa. En una fina página de "Tierras solares", titulada "La tristeza andaluza", reacciona Rubén contra esa Andalucía de exportación que ha forjado la leyenda romántica. No. Andalucía —escribe Rubén— es una tierra triste, donde es triste —y dramático— el amor, el cante, el silencio. Andalucía es el reino de la tristeza y de la muerte. La mucha luz sólo sirve para subrayar con inusitado relieve esos sentimientos melancólicos... Un original ejemplo de esa triste y melancólica Andalucía le parece a Rubén el poeta Juan Ramón Jiménez, cuyo libro "Arias tristes" le acaba de enviar éste desde Madrid. "Desde Bécquer —escribe Rubén— no se ha escuchado en este ambiente de la Península un son de arpa, un eco de mandolina, más personal, más individual". La poesía de Juan Ramón Jiménez, añade, sabe expresar "la recóndita nostalgia, la melancolía incurable" de la más honda Andalucía. Esta página de Rubén es una página luminosa y certera de crítico, y escrita en un tiempo, 1904, en que nadie había saludado aún con palabras tan penetrantes la poesía de Juan Ramón Jiménez, que entonces apenas tenía 23 años. Creo que no se ha señalado aún como se merece, el acierto y la penetración de algunas páginas críticas de Rubén sobre poetas españoles. Recordemos sólo que él fué quien, anticipándose a otros, reconoció el valor de los primeros libros de Juan Ramón Jiménez y de Miguel de Unamuno.

Estando Rubén en Málaga, Juan Ramón le escribió desde su sanatorio madrileño:

"Querido maestro: He recibido su tarjeta, fechada en Málaga, y crea que siento hondamente no estar con usted a orillas de ese mar de mi tierra; sobre todo no estar con usted, porque el mar espera siempre... ¿Qué versos ha hecho usted en Málaga? Supongo que el Mediterráneo no dejará de poner su azul en muchas rimas de usted". No sabemos qué versos o poemas escribiría Rubén frente al mar malagueño, o más tarde, en Sevilla, Granada, Córdoba, ciudades andaluzas que también visitó. En todo caso, después de recorrer toda la extensa obra poética de Rubén, no encontramos en ella, con tema o motivo andaluz, sino muy pocas piezas: el "Elogio de la seguidilla", incluído en su libro "Prosas profanas", el poema "Pórtico" que escribió para el libro de Salvador Rueda "En tropel", y diez coplas que en alguna edición figuran con el título "Cantares andaluces". He aquí, tres de ellas, las de acento y sabor más andaluces:

Mi nombre miré en la arena
y no lo quise borrar,
para dejarles mi pena
a las espumas del mar.

Vida mía, vida mía,
¡qué divina está la mar!
¿Cómo no supe aquel día
que me habías de olvidar?

¿Para qué tanto pensar
si en esta cosa tan pura
saboreamos la amargura,
la amargura de la mar?

JOSE LUIS CANO

Poeta y crítico español, nació en Algeciras (Cádiz), el 28 de diciembre de 1912. Es Licenciado en Derecho y Filosofía, de la Universidad Central de Madrid. Posee una amplia bibliografía poética y crítica. Es, asimismo, director de la Colección de poesía "Adonais", la más prestigiosa de España, desde su fundación en 1943, y es también Secretario de la revista literaria "Insula" y Secretario permanente del Jurado del Premio "Adonais" de poesía. Colabora en las más importantes revistas literarias de España y América.





Pintores Venezolanos

Manuel Cabré

El maestro Manuel Cabré, por antonomasia el pintor del Avila, se ha caracterizado siempre por su excepcional capacidad para aprehender los valores cromáticos —vitales, permanentes— del valle de Caracas. Es así Cabré uno de los más eminentes paisajistas en toda la historia de la pintura venezolana.

Apasionado por su arte, fervoroso en su vocación de hombre y de artista, Manuel Cabré pertenece al grupo de nuestros pintores que cumplen función de magisterio en Venezuela.

Estudió en la Escuela de Bellas Artes de Caracas y en "La Grande Chaumiere" y "Colarrossi", escuelas libres de París.

Su cuadro "Verano", reproducido aquí, muestra el dominio característico del pintor frente al paisaje.

Juan Vicente Fabbiani

Nativo del Estado Miranda. Estudió en la Academia de Bellas Artes de Caracas, donde fueron sus profesores Marcos Castillo, Antonio Esteban Frías y Carlos Otero. Miembro del "Grupo Cero de Teoréticos".

Es profesor de Dibujo y Pintura en la Escuela de Artes Plásticas y Artes Aplicadas de Caracas desde el año de 1936. Exposiciones Individuales: Dos exposiciones individuales de sus obras, ambas en el Museo de Bellas Artes de Caracas en los años de 1945 y 1949. Exposiciones colectivas: Ha participado en algunas exposiciones colectivas, como por ejemplo, los Salones Oficiales de Arte en Caracas; del Ateneo de Valencia y también en algunas del exterior. Representado con tres obras en el Museo de Bellas Artes de Caracas. Recompensas: Premio de Pintura "John Boulton", 1944; Premio "Antonio Esteban Frías", 1945; Primer Premio Oficial de Pintura y Medalla de Oro, 1945; Premio "Arturo Michelena", Ateneo de Valencia, 1946; Premio "Abdón Pinto", Ateneo de Valencia, 1947; Primer Premio en el 1er. Salón Anual de Pintura de la firma Planchart, 1948; Premio Nacional de Artes Plásticas, 1949.

De este pintor venezolano reproducimos en la presente edición el cuadro que, bajo el título de "Aguadora", nos da en colores vivos y vigorosos trazos una estampa precisa de la mujer criolla.

PUNTOS PARA UN ESQUEMA GENERAL DE LA

arquitectura en venezuela

"La pobreza de la Capitanía, la falta de artesanos especializados y de materiales nobles aptos para una técnica apropiada, sólo permitieron una arquitectura doméstica humilde; ¡pero cuán sugestiva por la sencillez y el racionalismo de sus estructuras y por la gracia infinita de sus proporciones y formas! La casa urbana, limitada por gruesos muros, se abría sobre patios que eran la orientación mental del conjunto. El mismo plano, cuando se utilizaba para la vivienda campesina, se aumentaba con largos y amplios corredores que miraban hacia puntos próximos sabiamente elegidos o bien hacia lejanos paisajes de los alrededores."

Trabajo especial por Carlos Celis Cepero y Mateo Manaure, preparado con ocasión del IX Congreso Panamericano de Arquitectos

1



2



Expresión funcional del medio ambiente con la utilización de unidades y formas estructurales propias de diversas regiones y de distintos climas.

Desarrollo urbano dentro de las directrices de Habitar —Cultivar el cuerpo y el espíritu— Circular, con un concepto exacto de la escala del hombre y la función del habitante.

Concepción arquitectónica primaria y realizaciones puristas por la sobriedad en el uso de materiales y sistemas constructivos.

Hombre y Naturaleza: Identidad inquebrantable por la noción de espacio y tiempo.

Función social del Arquitecto. Crecimiento de las ciudades. Aparición de nuevos centros urbanos. Pugna entre la ciudad y el campo. Exodo del campo hacia nuevos núcleos urbanos poblados y transformación de la fisonomía social.

Inmigración: Bifurcación del medio ambiente social y evolución del concepto Habitar. Nueva expresión de espacio tiempo. Nuevo criterio urbano. Redistribución espontánea del factor humano. Distintos horizontes y nuevas escalas con la llegada de la técnica y la mano de obra especializada.

Trabaja el Arquitecto como entidad fundamental de una organización social en proceso por medio de la planificación de conjunto y el trabajo en equipo: Comisión Nacional de Urbanismo.

La Fundación de la Facultad de Arquitectura establece un ambiente propicio para la creación de nuevas formas y la investigación en general de las diversas posibilidades del medio.

Distintas tendencias afluyen en el campo de la forma y nuevas teorías filosóficas al servicio de la planificación se establecen llevándose a cabo el desarrollo del "Plan Nacional de la Vivienda" por intermedio del Taller de Arquitectura del Banco Obrero, institución fundamental para el desarrollo de la arquitectura en Venezuela.

Remodelación de ciudades, planos reguladores, ordenanzas municipales para el control de edificaciones, investigaciones en los diversos campos de la ciencia vinculados a la arquitectura.

Planificación y construcción de la Ciudad Universitaria. Integración de las artes. Proyección universal de un criterio espacial contemporáneo y realización en equipo de la obra de más vasto alcance intelectual del país.

Desarrollo del Centro Simón Bolívar. Construcción de superbloques para vivienda en Cerro Piloto, Cerro Belén y el Paraíso.

La iniciativa privada comienza etapa formal en el campo de la arquitectura y el urbanismo.

Venezuela se constituye en el eje de una serie de tendencias arquitectónicas de indudable valor y es campo fecundo para el florecimiento de las artes. En un futuro próximo tendrá fisonomía característica dentro del concierto universal de las investigaciones y realizaciones de la plástica mundial y sus obras tendrán el sello peculiar de una región de montañas, ríos, costas y extensas llanuras.

3





5



6

4



GUIA DE ILUSTRACIONES

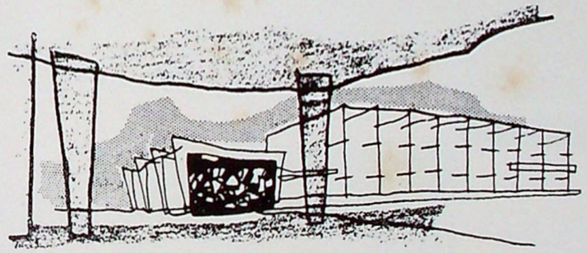
1. Arquitecto Carlos Raúl Villanueva, planificador de la Ciudad Universitaria. 2. Ciudad Universitaria. Aula Magna. Mural Mateo Manaure. 3. Portada de casa. 4. Detalle Colonial. 5. Portal de la casa de Don Pedro de La Vega. Segunda mitad del Siglo XVIII. 6. Iglesia Colonial. 7. Casa Colonial en San Carlos.



7



8

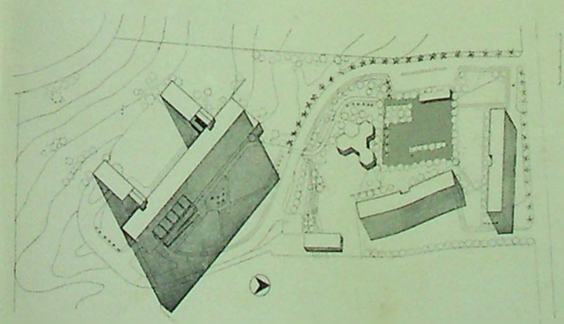


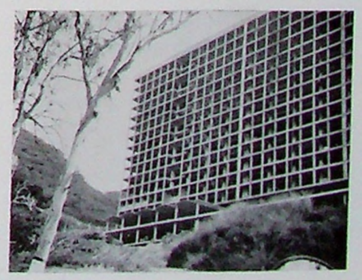
10



9

11

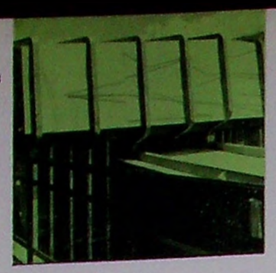




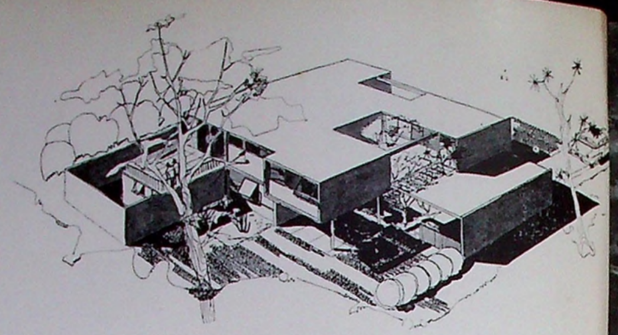
12

8. Detalle Arquitectónico. Estadio Ciudad Universitaria. **9.** Plaza cubierta. Ciudad Universitaria. Escultura de Laurens. **10.** Croquis. Detalle. Ciudad Universitaria. **11.** Unidad de vivienda "El Paraíso". Arquitectos: C. R. Villanueva, C. Celis C., J. M. Mijares. **12.** Situación. Unidad de vivienda "El Paraíso". Banco Obrero. Arquitectos: C. R. Villanueva, C. Celis C., J. M. Mijares.

13



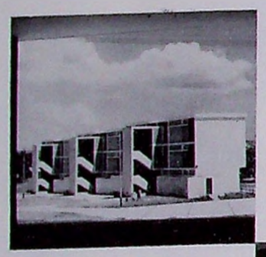
14



"La Escultura tiene que conservar su monumentalidad para apoyar con su pureza y serenidad, el balanceo entre arquitectura y pintura". Mateo Manaure.



15



16





17



18

19





20

13. Teatro del Este. Mural en blanco. Bogen. **14.** Residencia en la Urbanización "La Paz". Arquitectos: Celis, Hoffman, Mijares. **15.** Unidad vecinal "La Pomona". Maracaibo. Arquitectos: Carrillo Batalla, Guinand y Benacerraf. Asesor: José Luis Sert. **16.** Hotel para Barinas. Arquitectos: Carpio y Suárez. Perspectiva de los dormitorios. **17.** Detalle centro comercial. Maracaibo. Arquitecto: Ernesto Fuenmayor. Policromía de Mateo Manaure. **18.** Edificio La Salle. Arquitectos: Carpio y Suárez. Caracas. **19.** Central Azucarero "El Palmar". Arquitecto: Tomás Sanabria. **20.** Perspectiva. Edificio para exhibición de automóviles. Mérida. Arquitectos: Brando Bermúdez y Lluberes.



Auditorium Maximum

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Meditación en un Banco Universitario

POR GUILLERMO MORÓN

La ciudad estuvo una vez rodeada por murallas y las gentes se amontonaban alrededor de la plaza del mercado, frente al Ayuntamiento. Pero antes aún, cuando en las tierras del Sur las civilizaciones mediterráneas, orientales y africanas luchaban por mantener sus esplendores, hubo sólo un lugar de tránsito para bárbaros norteños; después un castillo y finalmente —acaso el año 953— un nombre, Gutingi, con sabor latino, que en cuanto la lengua propia fué adquiriendo solidez se hizo esto que ahora sirve para señalar una ciudad de ochenta mil habitantes con una Universidad donde cuatro mil estudiantes entrenan su talento. Göttingen ha cumplido mil años, como casi todas las ciudades de Europa. Las hay también con los dos mil de existencia histórica. Esta es la gran razón de Europa: la Historia.

Los que se levantan para ir a su trabajo —en la Universidad, en las fábricas vecinas, en los comercios de Weenderstrasse, en las oficinas públicas—, cada hombre perteneciente a la ciudad, sabe que en sus espaldas está el peso de sus abuelos, o de los que sin serlo estuvieron aquí, en la ciudad, labrando los paños, construyendo iglesias y casas de techos resbaladizos y paredes empaneladas, estilo "germánico". La presencia del compromiso se corporiza en esas cosas que se siguen viendo cada día: un portal, una esquina, un retablo en el fondo de un templo. Como el soldado que cumplía su deber porque sentía, penetrante, la mirada severa de su padre ya muerto.

Si el hombre pudiera huir de la historia, el orden humano volvería al caos. Donde la historia ha operado con mayor fuerza —es un decir, solamente, pues el devenir se ejercita en toda comunidad— ha sido en estas ciudades europeas; porque el hombre que sirve de plataforma para ella, y que al mismo tiempo la produce, fué consciente de su existencia, a diferencia de los pueblos orientales que sólo contemplaban el tiempo o se miraban a sí mismos, sin atender a las relaciones entre tiempo y vida, que es lo verdaderamente histórico.



Esta última idea vale la pena de ser aclarada. Si el hombre se contempla a sí mismo, en la complicada telaraña de su interior, pero de una manera puramente pasiva, se produce el fenómeno de la quietud religiosa; de allí sólo puede concluirse con una filosofía y una religión que procuren satisfacer la curiosidad particular o una muy externa, muy superior, divina, extrahumana. El misticismo puede tener allí su origen y también la causa de su fracaso. De la contemplación de la vida interior surgen los refinamientos de las culturas antiguas. Refinamientos espirituales, agudezas. El hombre dedicado con escrúpulo a analizarse terminó creando diversas maneras de vivir que llamamos antiguas y clásicas. En cambio los períodos primitivos y los pueblos que aún viven semejantes etapas, atienden al tiempo. El tiempo existe para cumplir en él ciertas necesidades. El tiempo se hace motivo de rito. Todo dejado al tiempo y así el hombre perdido en él. Pero el hombre europeo supo encontrar la ecuación: el tiempo y la vida son inseparables; se nutren uno a otra. Surgió la historia y hubo que mostrarla a todos los pueblos. Pero el descubrimiento era de tal calidad, que su sólo derecho de invención, su patente de invención, convirtió al europeo en señor de la tierra, esto es, en dueño de la Cultura. Por eso la cultura trae su marca de fábrica: made in Europa.

Por eso es tan significativo, también, estar en la ciudad, vivir en la ciudad que cumple mil años. Las otras, las que han existido siempre y las que aún no cumplen quinientos —mozas de cuatrocientos, les he llamado en otro lugar— tornan los ojos aquí, aunque luego los vuelvan. De una u otra manera la ciudad medieval es la madre de todas las ciudades.

2

Cuando a mediados del siglo pasado Dilthey hizo su presencia en Berlín, los historiadores alemanes estaban descubriendo que la materia sobre la cual trabajaban era de una textura bien distinta a lo que los siglos pasados habían creído. Los libros narraban el paso de los ejércitos, el traslado de los pueblos, la extensión de las conquistas, el aparecimiento y el desaparecimiento de los Estados. El hombre no hacía acto de presencia por ninguna parte; esto es, la vida del hombre. El tiempo se había ido en hacerla. Dilthey comenzó, gracias a su herencia historicista, a comprenderla, a saber que la vida está hecha de historia, de relaciones. Desde entonces se pueden llamar sus experiencias con cualquier nombre: vitalismo, razón histórica o razón vital. Como mejor le parezca a sus comentadores.

El hombre está para vivir y para saber que vive. De lo contrario no tienen sentido las calles, ni las universidades, ni cuanto por ellas deambula.

Dilthey viene de la esquina del idealismo, que fué en lo que terminaron sus maestros. Estos, a su vez, ve-

nían del racionalismo. El racionalismo era una resaca de la fe medieval. Como en la vida todo es continuidad, anillamiento, viene el europeo —con su carga clásica— del fondo medieval, esto es, de la fe. Si se detienen a mirar sus ciudades, comprenderán fácilmente esa verdad elemental: la idea de vida es más antigua que las casas respetadas aún por las guerras, que son bien pocas ya; más antigua que la curiosidad incluso.

3

Pero recojamos de nuevo las velas. En cualquier guía de Göttingen podrá leerse cómo la ciudad apareció durante el siglo décimo, después del 915, y que en su primera historia pueden nombrarse a Enrico II y a Otto I, porque siempre hay nombres de príncipes en el origen de los pueblos. Los siglos catorce y quince son de prosperidad, gracias a que su situación en el cruce de los caminos que van de Norte a Sur favorecen su comercio. Los pueblos comienzan por ser comerciantes, crecen con la guerra y terminan teniendo talento. Hay un período de decadencia, hasta que viene el tiempo de la Reforma. El fenómeno religioso juega en los pueblos nórdicos un papel singularísimo y que sólo se conoce a medias. Los pueblos que han hecho reformas religiosas le han ganado de mano a la historia. De momento no nos conviene entrar en ese laberinto. Además la complicada historia de las tierras germánicas no es fácil de seguir en una línea. Con un Pedagogium fundado en 1586 y con los azares de la política, llega Göttingen al año 1734 en que se funda su Universidad, abierta en 1737.

4

El tiempo en que apareció la Universidad gotingueana —Gotinga dicen en castellano escritores de siglos pasados— ya no corresponde a las épocas en que el espíritu de las cosas daba forma a los estudios. Las universidades medievales nacieron por obligación, por imposición de las circunstancias, por empuje del ambiente. El espíritu universitario —la corporación de dirigentes de la cultura intelectual y de la moral social en compañía de los estudiantes, de los anhelantes, de los ávidos— respondía a una cualidad del medio histórico, fué un producto de las ansiedades de un sector de la sociedad que estaba bien pegado a todos los otros sectores. Funcionaba como corporación, es decir, como un equilibrio más.

En un libro reciente (1) se cuenta cómo George II, Elector de Hannover y Rey de Inglaterra, fundó la Universidad en la pequeña ciudad de la Baja Sajonia solamente porque su enemigo mortal, el Rey-Soldado de Prusia, se vanagloriaba de poseer la de Halle. El elector no tenía, según opinión ajena, verdadero interés más que en el juego y en las mujeres. Pero esa circunstancia dió motivo a que un hombre de excepcionales condiciones, el barón de Münchhausen, hiciera de aquel capricho una fructuosa realidad. Pronto Göttingen fué una de las más prestigiosas universidades del mundo, como lo sigue siendo hasta hoy (2).



El siglo dieciocho estaba organizado sobre las bases que el racionalismo del diecisiete había fundado. Si los Estudios Generales del fondo de los tiempos católicos tenían como característica fundamental estudiar las relaciones del hombre con Dios —el problema de la vida, eso que se llama en Dilthey y en Ortega "Idea de la vida", es muy antiguo—, porque el hombre estaba ligado al destino divino, una nueva institución, un Estudio surgido por voluntad, por capricho de un soberano, tomará una dirección bien diferente; ahora se destinarán las aulas a la auscultación de la Naturaleza. Göttingen, la Universidad, nació con especialidades: Física, Biología, Química, Astronomía, Derecho... Hoy aún más subdivididas, pues entre los físicos se distinguen varias categorías. Ya sabe todo el mundo que aquí han surgido o se han perfeccionado teorías. La historia de la estructura del átomo tiene aquí su casa. Y como algo bien humano, bien de esta morada, otras historias: un hijo de David Hilbert (1862-1943), vende ahora periódicos. Pero yo no tengo la intención de contar historias y sólo dejo correr la pluma al azar.

Es interesante hacer esta observación: Göttingen es la más antigua de las universidades modernas, como lo asienta von Selle.

II

Después de frecuentar durante dos años la Universidad de Madrid y de asistir al espectáculo de España, me he venido a este país de nieblas legendarias. Los rastros de la guerra van desapareciendo como por milagro. Las ciudades se curan las heridas y el hombre trabaja incansablemente. Siempre se oye decir: "No tengo tiempo". Esta nota —"no tengo tiempo"— es una seria y definitiva diferencia entre los dos países. Aquí he aprendido a contar las horas del día y los minutos de la hora. ¡Menudo aprendizaje!

Durante unos meses anclé en la ciudad del Elba. Hamburgo es una mano gigantesca con dedos de agua. Creí que por eso las gentes estaban siempre ocupadas: la Universidad actúa entre el ruido comercial. Pero actúa. Sin embargo, parece que vida propiamente universitaria no es fácil hacerse en un centro de tráfico. Para un estudiante extranjero, no obstante, es Hamburgo lugar ideal para comenzar el estudio de la lengua, aunque en los puertos hablen bajo alemán y exista el barrio de St. Pauli, donde se trafica también como en todas las grandes ciudades, con el amor; mejor, con el mascarón del amor.

Con el invierno decidí venirme a esta universidad, no por huir de las tentaciones, sino atraído por ellas. Aquí se vive en comunidad universitaria, aquí se estudia más a gusto. Para ir a clase necesito atravesar toda la ciudad en un cuarto de hora; los caminos son diferentes, pues depende de la materia que vaya a oir. Aquí no hay un edificio único ni existe una ciudad artificial, como las que ahora se construyen y de cuya necesidad estoy convencido (para nuestros pueblos, para las ciudades nuevas). Aquí todo es Universidad, todo gira en torno de ella. Como si la existencia se dirigiera a servir esos centros de estudio, de los cuales se espera la salvación. En doscientos años Universidad y Ciudad se han dado un abrazo tan estrecho que luego no han podido separarse y corren ahora en un solo cuerpo y en un solo espíritu, en un mismo destino. Las calles llevan los nombres de los profesores eminentes y las aulas se llenan con los apellidos de la ciudad. Los restaurantes, las librerías, las boticas se llaman universitarios. Y los mesoneros, los libreros y boticarios van a sentarse en los bancos de los estudiantes.



Vista de la Ciudad

2

Cuando terminaba mis estudios escolares, en el caliente seno de mi ciudad caroreña, soñaba con irme a Mérida, porque los universitarios que de allá regresaban contaban cuentos de hadas: Mérida es nuestra. Como de otras muchas cosas, me quedé con las ansias en el cuerpo. La vida me empujó a Barquisimeto, el polo merideño, donde las calles y las avenidas se cuentan por números cardinales. Dicen que en Mérida todo es Unisidad; no sé si se dará también lo contrario: que la Universidad sea todo Mérida. Por de pronto hay figuras ideales, como la de Tulio Febres Cordero, cuyo valor se me agiganta con la experiencia que ahora sufro.

Una de las cosas que me llamó la atención en cuanto hube llegado a Gotinga —me parece recordar aquí al Padre Feijóo, tan amigo de castellanizar toda palabra extranjera hasta el punto de que escribía "mademosela"— fué observar cómo hombres y mujeres ya hechos y derechos —después he sabido que es normal— e incluso viejos que se doblan con los años, asisten a las lecciones con toda naturalidad, con modestia, digámoslo, con devoción. Los trabajos para ganar el pan tienen que dejar un sitio, un sitio de honor, a los trabajos para ganarse la ilustración. Es como si la Universidad siguiera siendo la escuela y como si el hombre mantuviera siempre el ánimo de educarse. O mejor aún, como si con los años ese ánimo se posesionara del alma. De esta manera, además de los cuatro mil estudiantes con "libro" —Studienbuch, Libro de Estudio, se llama el libro en que asientan las materias que cada inscrito cursa por semestre— están esos eternos estudiantes de la ciudad, que viven en ella y para ella. Los diversos edificios universitarios, regados en el cuerpo de la población, son otros tantos hogares. Eso se me ha dicho y eso he visto. A una de las lecciones que visito —Poesía Contemporánea con explicaciones y Lectura, dictada por la profesora Kaulhausen— asiste una sola persona joven, éste que escribe, y numerosas damas y caballeros por encima de los cuarenta. Las clases del profesor Wolfgang Kayser —Literatura Alemana desde el Romanticismo hasta el Naturalismo— se llenan de tope en tope; he contado unos quinientos oyentes. El Aula Máxima, donde dicta sus lecciones, improvisa asientos; muchos se acurrucan en la propia tribuna del profesor y otros se quedan de pie; media hora antes se forma larga cola frente a las puertas del Auditorium Maximum. Tres veces a la semana debo apresurarme para encontrar un banco libre; la carrera me emociona. Aquí se estudia porque a uno le da la gana de estudiar. Cómo sería la cátedra de Fray Luis en Salamanca.

Creo que no he tenido ningún objeto, ninguna idea premeditada al sentarme a escribir estas cuartillas. Porque si pretendiera fijar algunas opiniones sobre lo que significa para la cultura de un pueblo la vida universitaria y su servicio directo a la comunidad en que se asienta, mal pudiera expresarlas en este tono de divertimiento en que ahora escribo; para eso —no digo que deje de ser tarea propia de mi profesión— tendré que esperar un tiempo más largo. Por ahora gozo de la estancia en este pueblo. Llevo la vida de cualquier otro universitario: voy a mis clases; una vez a la semana al teatro, arriba, a la galería —¡con cuánta exaltación escucho las palabras que se me van haciendo más y más comprensibles: "Aquí sabemos todos que un artista debe crecer lentamente, como la hierba, como un árbol..."!—; paseo por las calles de curvas amorosas...

Y aquí interrumpo estas divagaciones, que acaso algún día, al menos en los aspectos fundamentales, en lo que puedan tener de intento de explicación, tomen un camino más serio, más pausado, verdaderamente rotundo. De momento me estoy quitando de los ojos aquello —prejuicio, anteprejuicio o lo que sea— titulado oscuridades, nebulosidades nórdicas. Intento encontrar nuevas formas para mi ánima tropical.

NOTAS:

(1) Hermann Mostar, "Weltgeschichte hoschtsorivat", Scherz und Goverts Verlag, Stuttgart, 1954, p. 192.

(2) Götz von Selle, "Die Georg-August-Universität von Göttingen".

GUILLERMO MORON

Joven escritor venezolano, graduado de profesor en Ciencias Sociales en el Instituto Pedagógico Nacional de Caracas. Recientemente se recibió de doctor en Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid. Ha publicado varias obras de ensayo y numerosos trabajos periodísticos en diarios y revistas nacionales y extranjeros. Ha seguido estudios especiales en Inglaterra y Alemania. Conoce la mayor parte de Europa, por donde ha viajado estos últimos años.



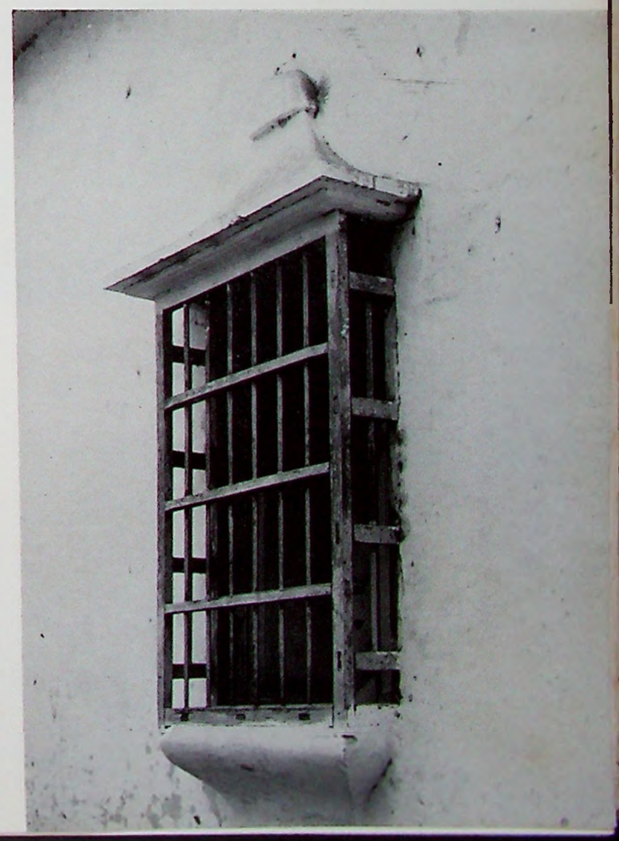
Templo de Ocumare del Tuy.
En su torre se incrustaron las balas de Rosete y de Ribas, de federalistas y conservadores

GEOGRAFÍA VENEZOLANA

LOS VALLES DEL TUY

POR RAMÓN ARMANDO RODRÍGUEZ

Ventanales
Santa Teresa del Tuy



Al sur del valle de Caracas, más o menos, inicia sus estribaciones el macizo montañoso de Los Mariches, que a su vez forma el límite septentrional de la dilatada llanura cubierta de ondulaciones, regada por el río Tuy y sus numerosos afluentes, cuyo nombre encabeza la descripción que hoy consagramos a una importante región venezolana.

Es posible que entre los conquistadores de esta comarca en el siglo XVI existiesen gallegos, quienes al recordar la ciudad de Tuy en la provincia española de Pontevedra, por cierto de fundación griega, quizá diesen su nombre por tal motivo al río más caudaloso de la Península de los Caracas, según quiso denominarla el sabio Arístides Rojas; y de la cual vegas y plantíos, de sorprendente producción en los tempranos días en que comenzaban a fundarse sus primeros pueblos, acaso hicieran que Justicias y Encomenderos prestasen poca atención a la búsqueda de minas en el aluvión tuyero. Y así, desde aquellas lejanas épocas, empezaron a surtir estos valles a la no menos incipiente villa de Santiago de León, hasta llegar a merecer la acertada denominación de "granero de Caracas", que por antonomasia conservan.

Como dice Rojas con sobrada justicia, bastaría para calificar de célebre al río homónimo de la ciudad gallega, "porque en sus orillas y en las colinas y valles de sus treinta y siete tributarios y otras tantas quebradas, vivieron los arbacos, paracotos, teques, taramainas, me-

regotes, tarmas, mariches, charavares, charagotos, quiriquires y, sobre todo, los famosos caracas; naciones belicosas de origen caribe, que supieron conservarse independientes durante los primeros sesenta años de la conquista castellana, desde 1500 en que se establecieron los españoles en la isla de Cubagua, donde fundaron la primera colonia del continente, hasta 1555 en que emprendió el mestizo Francisco Fajardo la conquista de la renombrada península".

El viajero que por primera vez se asoma al magnífico escenario de la cuenca del Tuy desde el paso o garganta de La Cortada del Guayabo, división natural geográfica, desde donde se aprecia hacia el Norte el valle de Caracas y hacia el Sur aquella extensa cuenca, a 1.225 metros sobre el nivel del mar, verdadero balcón de esplendidez inesperada, queda sorprendido ante el bello espectáculo de la Fila Maestra, cuya silueta se recorta a una distancia de 35 kilómetros en Onza y en Golfo-Triste, sus mayores alturas: división natural entre el valle del Tuy, las llanuras del Guárico y los floridos valles de Orituco. Esta imponente silueta de montaña, cubierta de espesa selva casi inexplorada al Sur de Cúa, sirve asimismo de límite entre los Estados Miranda y Aragua. Sus vertientes hacia el lado mirandino produjeron otrora la caña de azúcar más dulce conocida en toda la comarca, la que se plantaba a la falda de los cerros y en los vallecicos centrales, sin necesitar abonos ni regadíos. Y hacia el lado opuesto merecen mencionarse los famosos Chorros de Cura, cuya fuerza hidráulica no ha sido aún aprovechada.

De la Fila Maestra se separa otra serranía, que de Sur a Norte forma la división natural entre los Valles del Tuy y los de Barlovento, no menos ubérrimos, hasta unirse con el ya nombrado Macizo de Los Mariches. En cambio hacia el lado Oeste, el Macizo se prolonga, forma los Altos de Guaicaipuro que fueran escenario del heroísmo del cacique indomable y cuna de Cecilio Acosta, y forma también las filas secundarias de Taica y La Magdalena, que airosas se yerguen entre el grácil valle llamado originalmente La Guaira de Paracotos, y la antigua feligresía que en sus comienzos se llamara Nuestra Señora del Rosario de Marín, más tarde pueblo de Cúa. Y esa misma Fila de Taica, en cuyas antiguas haciendas el café se cercaba con perfumados setos de malabares, por las que discurría a veces la silueta del poeta andariego Pío Rengifo, cantor de flores crepusculares y de muchachas serranas; esa Fila de Taica que por Tuntunguare desliza sus vertientes hacia Paracotos y por Buena-Vista las lleva al río Tuy, a su vez se prolonga en los Cerros de La Cueva y de Tucuche, de la Danta y Bucarito, de Bucaral y del Regidor, y así concluye de formar el lindero natural que por el Suroeste se une a la ya citada Fila Maestra.

Las grutas de El Peñón y de Ña Plácida, no lejos de Ocumare y de Charallave, respectivamente, constituyen las curiosidades naturales más notables de la región tuyera; son poco conocidas y merecen visitarse por las personas amantes de las ciencias naturales. La primera fué visitada en 1869 por un notable explorador venezolano, hoy injustamente olvidado, llamado Simón Ugarte; y la exploración de la segunda es citada por el sabio Dr. Francisco de Paula Alamo, eminente naturalista que tuvo larga residencia en Ocumare y estudió mucho las características del territorio mirandino. (1866-1943).



Plaza Bolivar, Charallave





Yare. Estación vieja del Ferrocarril Central

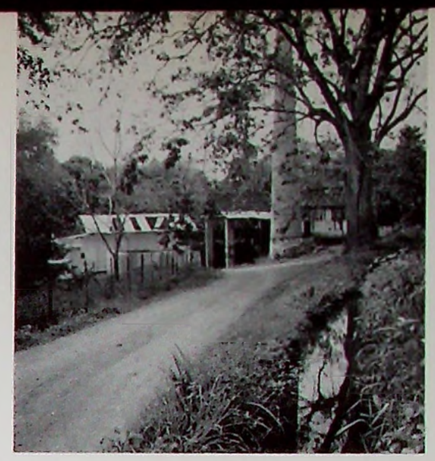
Vista de Charallave desde la Plaza Vieja



Cúa. Casa donde nació el general Ezequiel Zamora en 1817



Casa de Santa Lucía donde nació el gran patricio Dr. Francisco Espejo, víctima de Boves en Valencia en 1814



Viejo Trapiche. Casa Marín, Cúa. Aquí tuvo su origen el primitivo pueblo.

El Tuy se asoma en sus pueblos a la historia venezolana con singular prestancia, mediante hechos y personajes que enaltecen en grado sumo nuestro pasado. Santa Lucía, grata y risueña población, cuna de Francisco Espejo el jurisconsulto patricio, víctima de Boves en Valencia, produjo en 1835 la célebre *Escritura de la Paz*, suscrita por eminentes personajes del Cantón. Mediante aquel documento se comprometían éstos a someter todas las cuestiones o pleitos que se suscitasen entre ellos (excepto juicios criminales), a un tribunal de árbitros: suerte de convención originalísima que elevaron a instrumento público en contraste con la turbulencia del país a causa de la revolución llamada "reformista". Uno de los firmantes, antepasado nuestro, dice que el ilustre Doctor José María Vargas, Presidente de la República en aquellos luctuosos días, "dirigió una carta autógrafa al autor del documento, cumplimentándolo por haber concebido y llevado a cabo un pensamiento tan feliz y que podía producir grandes resultados". Santa Teresa, otro gracioso pueblecito no lejos de la confluencia del Guaire con el Tuy, que desde allí comienza a ser navegable en pequeños esquifes; Yare, que ha sabido guardar para Venezuela la tradición folklórica del festival de *Corpus* en sus ya famosos diablos danzantes, tierra en que discurrieron patricios de la talla de un Tomás Lander; Ocumare, capital mirandina durante veinte años inolvidables, con su torre llena de recuerdos, mudo testigo de las atrocidades de Rosete el año 14, al degollar sus huestes sanguinarias a niños, mujeres y ancianos refugiados dentro del recinto del templo, tras derribar a hachazos las puertas y cazarlos como bestias detrás de los altares; la antigua Sabana de Ocumare, el pueblo hermoso en que evocara días de niñez el gran costumbrista Francisco de Sales Pérez; la Sabana efectiva en que se confunde el perfume de los naranjales de Súcuta y Machillanda con las rosas y los claveles líricos de Juan José Farrera, región que se diría como henchida por nobles ansias de superación, palpitante en el corazón de todos sus hijos; Charallave, la de los indios charavares, que es como atalaya vigilante del Tuy por la carretera Sur, donde Rosete, el venenoso escorpión adormecido de la misérrima pulpería de Taguay, convertido en guerrero asesino de seres indefensos, se viera derrotado por Ribas; el pueblo angosto y prolongado que despereza al amanecer y da la bienvenida al viajero con la alegre risa de sus casitas nuevas en Alvarenga, en cuyas cercanías naciera Tosta García, el Pérez Galdós venezolano, pueblo de pura raigambre indígena (1) a fines del siglo XVII, fundado con taparitas, otomacos y yaruros, según el Obispo Martí; y finalmente el pueblo cuna de Cristóbal Rojas, de José María Carreño, de Ezequiel Zamora, de Juan España y del Dr. Obdulio Alvarez, de Emma Soler y de Evencio Castellanos: Cúa, cuyas haciendas de café en 1872 llegaron a producir más de ocho mil quintales del aromático fruto; el pueblo que en su fundación se llamó Marín, como lo citan Humboldt y el Obispo Martí, con su reloj de torre regalado por Guzmán Blanco en 1875 que sigue funcionando todavía, con su leyenda mitológica de La Encantada (2), que en la imaginación de

(1) Charallave no tuvo esclavos, porque no existieron haciendas de café, o de añil o de cacao en sus alrededores, sino feraces vegas de frutos menores y de tabaco. Todavía en 1907, solamente existía una sola negra: la Negra Susana, especialista en bizcochuelos que tuvieron fama allí.

(2) La partida de bautismo del Gral. Joaquín Crespo se encuentra en el pueblo guariqueño de San Francisco de Cara; pero según afirman todavía personas muy ancianas de Cúa, el caudillo *legalista* no nació en el Guárico sino en el vecindario rural cúeño de La Encantada; y como allí entonces abundaba el *carare* o *carate*, el niño fué enviado a la tierra guariqueña por sus familiares para que no adquiriera el temible hongo. Un hermano de Crespo vivió en Cúa hasta fines del siglo pasado que sí contrajo el mal; era retardado mental y los muchachos lo molestaban mucho con el remoquete de *pinto-jabado*. Se indignaba, les tiraba piedras y los amenazaba con decírselo "a su hermanito Presidente". Otras veces lo llamaban gallineto. En Cúa conocimos a una buena mujer llamada Gregoria, y precisamente por ella, quien nunca salió de Cúa y era de La Encantada, muchos supieron lo del nacimiento allí y traslado al Guárico, donde lo bautizaron. Es por ello por lo que tanto San Francisco de Cara como Parapara se han venido disputando durante muchos años la pretendida cuna de Crespo.

Cúa. Templo parroquial, reconstruido en 1922 donde existió el derribado por el terremoto de 1878

Cúa. Hacienda Marín. Casa colonial del tiempo de Don Pedro de las Casas y sus hijos Manuel, Emilio y Andrés, quienes eran sus dueños en 1850





los campesinos fingía aparecer sobre las peñas del río Tuy, aguas arriba de Marín, como tenue visión luminosa, mientras peinaba su ondulosa cabellera dorada de ninfa. Y se recuerda que en Cúa estuvieron juntos en enero de 1855, hace cien años y con motivo de pastoral visita y bendición de templo, dos grandes venezolanos: el Optimo Prelado Guevara y Lira y el eminente orador Talavera y Garcés, Obispo de Trícala. Las viejas crónicas contemporáneas refieren que ambos personajes recibieron la bienvenida en la vieja casona de la hacienda de Marín, de labios de un adolescente bachiller, futuro médico, llamado Cristóbal Rojas, más tarde progenitor del glorioso pintor cueño de igual nombre, que, según frase feliz del escritor carabobeño Carlos Brandt, "es al siglo XIX en América lo que el Greco en los siglos XVI y XVII en el mundo: los más fieles exponentes de la filosofía pesimista en el arte pictórico".

Los primeros fundadores de los pueblos del Tuy fueron casi siempre franciscanos capuchinos españoles. Santa Lucía se fundó en 1721, Santa Teresa en 1783, Yare en 1718, Ocumare en 1693, Charallave en 1681, y Cúa en 1690. Como se ve, las tres últimas poblaciones citadas fueron las primeras fundadas en el Tuy. Todavía existen viejos estanques abandonados en que se acondicionaba el índigo o añil, por lo que hay campos en que es posible caer dentro de algún intrincado zarzal o *mogote*, que inadvertidamente nos engaña al llenar con su enmarañada vegetación un cuadrilátero hueco. Este antiguo cultivo desapareció desde la primera mitad del pasado siglo, reemplazado por sucedáneos de mucho mayor rendimiento, gracias al perfeccionamiento de la química aplicada a los colorantes, como también sucedió en México con la cochinilla.

De las viejas casonas coloniales del Tuy parecía emanar un remoto y vago perfume de cosas idas, que recordaba los tiempos en que nuestros antepasados ponían entre la lencería de sus arcones ramas de mejorana, de alhucema o de romero. Hacían evocar días de zozobra y de paz, entre períodos de aparente tranquilidad y azarosas temporadas de revoluciones, de caudillejos locales y de alzamientos. Santa Lucía vería discurrir por sus rectas y angostas callejas, ebrias de candente sol, los adustos trajes de Semana Santa de los Espejo, de los Egui, de los Luna y de los Díaz de Flores; Yare al cuadro familiar de los Lander; Ocumare en sus campos

Iglesia de Charallave. En la torre se levanta airosa la estatua de Santa Rosa de Lima





Santa Teresa del Tuy.
Edo. Miranda.
Parte posterior de la iglesia

a los señores de Machillanda, Forsyth, del Castillo-Véitia, Rodríguez, Medialdea, Arochas y Navarros; en los de Cúa, a los Palacios-Vegas, Martín de la Guardia, Dunlop, Larrazábal-Pacheco, Ufano, Hedderich, de la Sierra, Montserrat, Fonseca, de Las Casas, Hernáiz, Hidalgo, Castillo, Hernández y Urbaneja, entre otros muchos que escapan a la memoria; hacendados todos productores de café, de cacao y de añil, que asistían a los entierros y a los oficios de Jueves y Viernes Santo trajeados de negro, mientras todavía se acarreaba el agua en barriles sobre los borriquillos, se leían por bando los programas de las fiestas y fuera de las noches de luna sólo existían velas y farolas de kerosene.

La Cueva del Peñón, al Sureste de Ocumare, cuyas canteras de mármol gris veteado surten de espléndido material a marmolerías de Caracas, forma parte, según lo describe el explorador Ugarte, de un grupo montañoso perteneciente al sistema cambriano, ya que su conjunto se forma de una serie de capas de esquistos y de roca caliza metamórfica que, al reposar sobre el "gneiss" y el granito, determinan aquella formación. La famosa cueva parece una imponente fortaleza; su cima está coronada por una vegetación menos vigorosa que la de los contornos, y las enredaderas que bajan de lo alto adornan graciosamente la roca cortada a pico en una larga extensión. Una serie de gradas, toscamente formada por enormes rocas en su base, conduce a la primera caverna, que tiene un cimiento circular de unos diez metros de diámetro por dieciocho de altura, para terminar en una cúpula perfecta. Tapiza sus paredes fino musgo; y al reflejarse la luz suave que penetra por la gran grieta que sirve de acceso, da sobre las caprichosas y transparentes cristalizaciones que embellecen el conjunto y lo hace aparecer como si fuera de esmeralda. A unos cien metros de allí hay otra hermosa caverna, de espaciosa entrada como el vestíbulo de un templo, con diámetro de 19 metros de Norte a Sur, 14 de Este a Oeste y altura no mayor de 11. Una espesa capa de guano que cubre el piso es producida por millares de murciélagos y aves nocturnas. Se comunica por una pequeña abertura que produce una corriente de aire frío, con otra bóveda de 12 a 13 metros de longitud; el piso es un plano inclinado y sus paredes brillan fantásticamente al proyectarse las luces de los excursionistas contra ellas. En un ángulo, mediante una grieta, se va por un pasadizo de algunos metros de extensión a otra caverna, rica en estalactitas y que tiene en su centro un magnífico grupo de estalagmitas, de las cuales una muy grande vibra como una campana cuando se la hiere con un martillo, y sus sonidos intensos y graves repercuten en las demás grutas. Hay otras grandes cavernas a medida que se baja y se hace indispensable el uso de oxígeno para continuar la marcha, pues el aire está cargado ya de gases irrespirables, se apagan las luces de hachones y se producen síntomas de asfixia.

La Cueva de Ña Plácida, cerca de Campo Alegre, al Oeste de Charallave en la Fila de La Magdalena, es también importante. Tiene varias salas y también salidas fuera de la roca en forma de toscos balcones, desde los cuales se divisa el panorama que circunda la montaña. Según el sabio Alamo, es menos profunda que la de El Peñón, pero contiene formaciones que afectan caprichosas columnas, escalinatas de piedra y facetas en cuya superficie la luz de las linternas se quiebra en variados colores. Un viajero describió así la sensación que le produjo la visita de esta cueva:

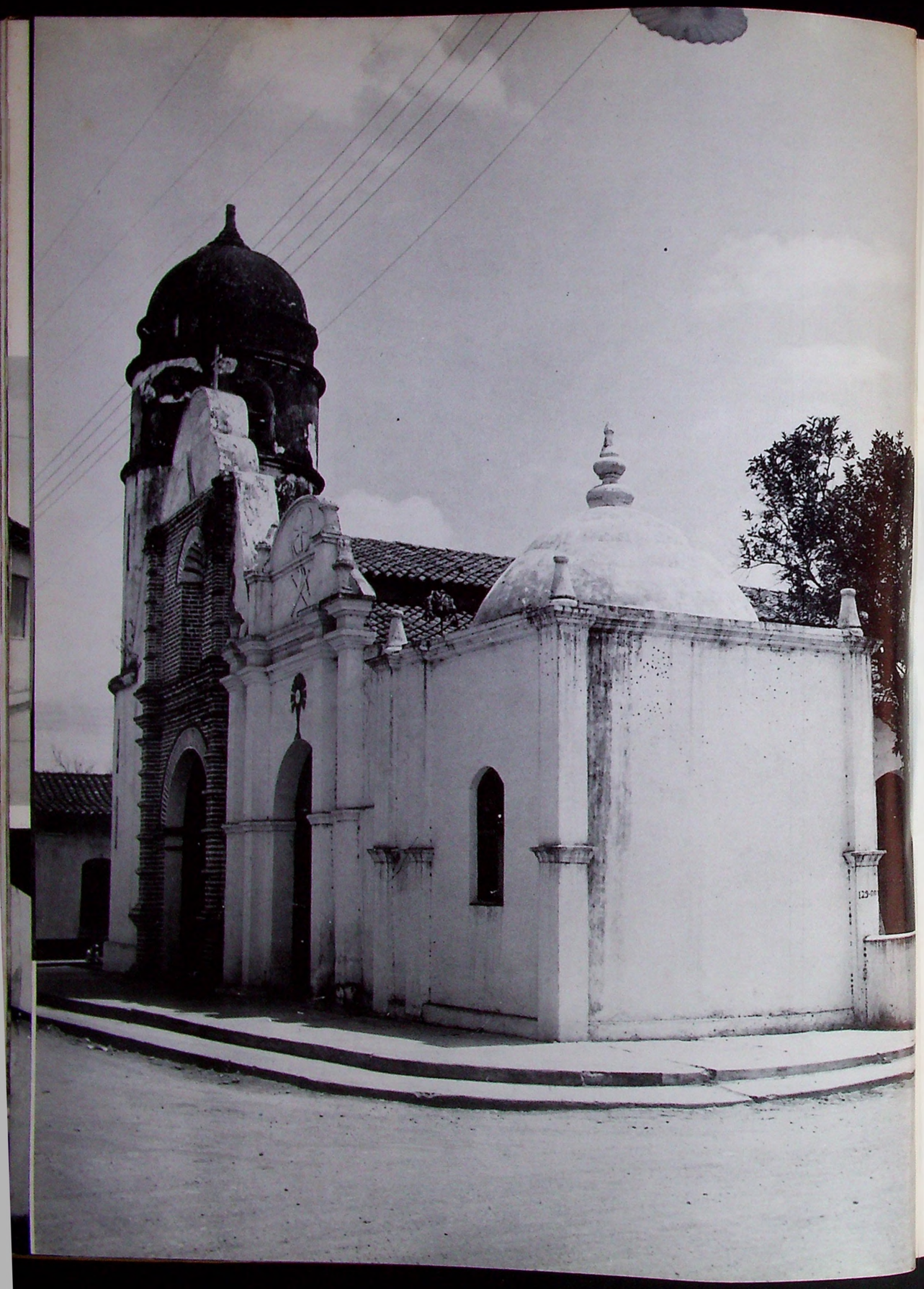
"Desde que se llega frente a esta caverna se experimenta un vago temor, a la idea de descender por esos subterráneos al corazón de la montaña. Las bóvedas, los peñascos, la pátina del tiempo impresa en las rocas, las quiebras y anfractuosidades de las masas rocallosas, los efectos de luz que proyectan sombríos tintes hacia el

Charallave. Plaza Vieja.
(Aquí se fundó el primitivo pueblo)





Viejas bombas de gasolina que aún se conservan en Ocumare del Tuy



Iglesia de San Francisco de Yare: acervo de recuerdos coloniales

interior de las simas; el pensar que una vez adentro podría desplomarse cualquiera de aquellas bóvedas y sepultarnos para siempre, y el misterioso eco que producen las piedras lanzadas ex-profeso para espantar algún bicho ponzoñoso; todo este cuadro sobrecoge y pone espanto aun a los más audaces, y es muy frecuente que después de protestar valor y resolución para penetrar en tales profundidades, retornen muchos sin haber explorado la Cueva de Ña Plácida".

Se conoce en la Colonia Mendoza hace muchos años una fuente mineral, única existente en toda la parte Norte de la serranía interior de aquella región. Sus aguas son ligeramente coloreadas de rojo y muy hediondas, según las describe el sabio Alamo, por contener fuertes cantidades de hidrógeno sulfurado que se distingue por la presencia de pequeñas burbujas que emergen del fondo de la fuente. Tienen mucha fama para diversos usos medicinales, especialmente como antirreumáticas y para ciertas afecciones de la piel. El agua brota cerca de unas rocas de "gneiss" y forma un pozo o piscina natural, pero nunca ha sido objeto de atención especial. (3) Dada su poca distancia de Caracas, sin duda merecerían estudiarse en sus cualidades terapéuticas para aprovecharlas.

Las tradiciones del Tuy mencionan con especial cariño a un fraile franciscano capuchino que en la primera mitad del siglo XVIII sirvió la parroquia de Marín, de nombre Fray Ascensio Guillén del Castillo, quien tuvo extensa fama de caritativo y de protector de los indios pobres en su comarca. Les ayudaba en sus labranzas a cultivar la tierra mediante las mejoras que procuraba para ellos, les enseñaba a leer y trataba de intervenir en su favor cuando Justicias y Ayuntamientos les ponían trabas onerosas.

En la parte Suroeste de Cúa, en Marín, comienza un gran canal de riego que se prolonga en una extensión de 27 kilómetros hasta los alrededores de Ocumare, mediante lecho de excavación y 17 viaductos metálicos de diversas dimensiones; obra ésta de gran importancia para los numerosos cultivos de aquella rica zona. Y es digno asimismo de mencionarse que los españoles, en el siglo XVIII, irrigaron mediante un sistema parecido al actual una buena parte de las mismas tierras que hoy se benefician del moderno canal; y en varios sitios, especialmente en la región de Tovar y Santa Bárbara, hasta hace poco se apreciaban vestigios de los muros de ladrillo de que se componía la primitiva arteria de regadío; lo que prueba que en tan lejanos tiempos había quienes tuviesen visión amplia y progresista, de acuerdo con los recursos y conocimientos de que se podía disponer hace dos siglos.

El Ferrocarril Central, cuyos trabajos se iniciaron por una compañía inglesa en 1885, se prolongó hasta Ocumare del Tuy por Petare, Santa Lucía, Santa Teresa y Yare, paralelo a una vía carretera. Y la vía carretera que comunica por El Valle con el Tuy, hoy totalmente asfaltada, sube hasta La Cortada del Guayabo, a 1.225 metros sobre el nivel del mar, como ya dijimos, y desde allí inicia su descenso por ubérrimas faldas de la serranía, a través de pintorescos y variados paisajes, para llegar a Charallave y Ocumare, con una variante que la une a Cúa. Esta buena vía de comunicación, cuyo trazado inicial data de los días del Septenio de Guzmán Blanco, hoy posee pavimentación asfáltica y ha convertido las poblaciones del Tuy en verdaderos aledaños de Caracas. De igual manera, la carretera que desde Santa Teresa del Tuy se dirige a Altagracia, una vez concluída, pondrá los valles de Orituco a dos horas y media de la capital nacional. Y el magno plan ferroviario decretado por el Gobierno de la República, incluye la importante unión de Tejerías en Aragua con el Tuy por Cúa, y luego el ascenso a Caracas mediante vías modernas y rápidas.

El Tuy, como hemos podido apreciar a lo largo de esta narración, ha dado un aporte magnífico a la historia, a la cultura y a la economía de nuestra patria.

(3) Francisco de P. Alamo "El Estado Miranda", pág. 83. Tip. Emp. El Cojo, Caracas, 1911.



RAMON ARMANDO RODRIGUEZ

Historiador, ensayista, crítico y traductor de Heine y de Carducci. Tiene casi totalmente concluido un Diccionario Biográfico, Geográfico e Histórico de Venezuela, obra que editará próximamente. En la actualidad es Secretario General de la Asociación de Escritores Venezolanos. Recientemente ha recogido en los Cuadernos Literarios de la misma institución dos ensayos biográficos bajo el título de "Cumbres Excelsas".

LOS INDIOS GUARAO

POR WERNER SCHAD

Un laberinto más fantástico que el de Creta, construído por un arquitecto más sabio que Dédalo, encontramos en la desembocadura del Orinoco. Desde una distancia de 160 kilómetros, este patriarca de los ríos venezolanos tiende veinte brazos gigantescos hacia el mar, abrazando una superficie de 1.800 kilómetros cuadrados de tierra anegadiza pero fertilísima. Además de las veinte bocas mayores, innumerables caños de menor tamaño desgarran la costa del Continente por una distancia de aproximadamente 300 kilómetros. La cantidad de caños traficables se calcula en 300, sin tomar en cuenta los centenares de caños ciegos, tapados e intraficables que se pierden en la inmensidad de selvas y matorrales pantanosos.

En los meses de julio, agosto y septiembre el ingente caudal del Orinoco se traga las tierras deltanas, y en los años de las crecientes grandes resulta casi imposible dar un paso a pie enjuto. La fuerza del río rechaza el agua salada lejos de la costa y fué en tal época cuando Cristóbal Colón descubrió, en 1498, las bocas septentrionales del Orinoco.

En enero, febrero, marzo, cuando el río, despejando las orillas, llega a su menor volumen, las olas del mar se apoderan de los cauces costaneros. El agua dulce retrocede río arriba, perseguida por el agua salobre.

Este laberinto de centenares de caños, este delta de los caudales devastadores, es la morada de los siete mil Guarao. Nadie sabe a ciencia cierta de dónde vinieron. No pertenecen a ninguno de los grandes grupos de aborígenes del continente y se ignora por qué eligieron el delta como domicilio. Se ha conjeturado que aquellos pantanos y selvas enmarañados les servían de refugio ante los feroces guerreros caribes. Todavía hoy en día los Guarao temen al duende "Musimu" ("mu" —cara—, "simu" —onoto o color rojo—). Este duende "Cara-roja" representa al Caribe, quien tenía la costumbre de pintarse de rojo la cara antes de salir a la guerra. A esta tesis de refugio podemos replicar que el delta orinoquense es riquísimo en pescado, cogollos comestibles, tortugas, cangrejos, "yuruma" y otros manjares apetecidos por los indios. No será una casualidad que gran parte de la población civilizada deltana haya venido de la árida Isla Margarita. En uno de los caños occidentales encontré a un anciano que, según me contó, era originario de Maturín. Inquiriendo yo los motivos que le habían inducido a mudarse a estos parajes, me contestó que aquí podría conseguir su comida con menos trabajo que en Maturín.

Todo esto, sin embargo, no excluye la posibilidad de que el delta originariamente sirviera de refugio a una tribu "arrinconada", a pesar de haberse transformado este refugio, acto seguido, en una tierra de copiosos recursos alimenticios.

Pero antes de gozar de las ventajas del medio ambiente los Guarao se vieron ante la necesidad de dominar los obstáculos de esta tierra. Mediante su canoa monóxila ("guajibaka") se hicieron dueños de los caños y el nombre mismo de la tribu se originó, según parece, de los vocablos guaraúnos "gua" —canoa—, y "arao" —dueño—, es decir, "dueños de la canoa". La palabra corriente para "dueño" es "araotu", de lo cual puede



. . . ni la dignidad del anciano están ausentes en estos parajes solitarios de aguas y selvas

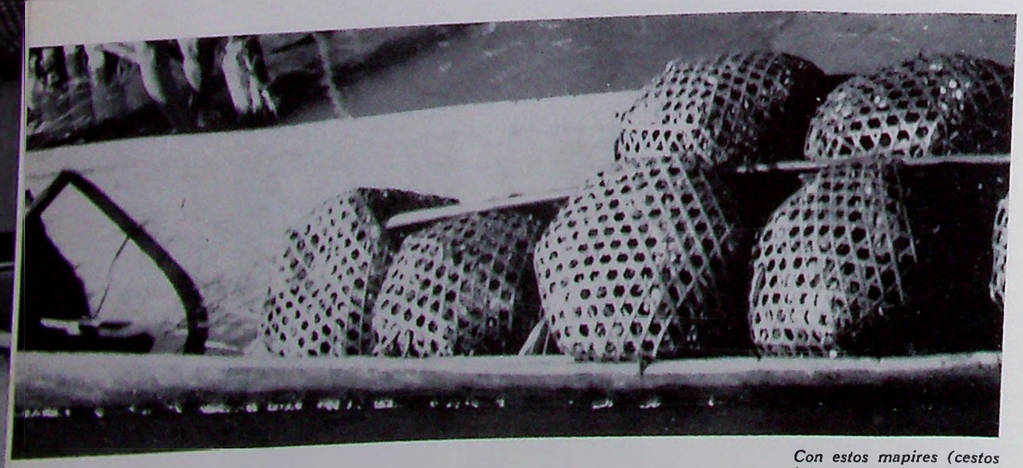
Ni la gracia juvenil. . .



El agua que en los meses de julio, agosto y septiembre inunda estas tierras, alberga varias clases de pescado. La india está empleando su caña para pescar "joku", pescado de apenas 15 centímetros de largo, muy abundante en las selvas inundadas



Confianza en sí mismo y en el porvenir de su raza revela la actitud de este muchacho



Con estos mapires (cestos cónicos) llenos de cangrejos volvieron los indios a su ranchería. De las dos especies que los Guarao llaman "je" y "motana" pululan en el mes de agosto en ciertas orillas cenagosas

Vestidos y platos ya se encuentran abundantes en las rancherías de la región de Mánamo donde los Guarao viven en estrecho contacto con los civilizados



haberse originado la forma abreviada "arao". Al tratar más adelante de las diferentes clases de piaches volveremos a citar este vocablo. Deduciendo "Guarao" de "jo" —agua— y "arao" —dueño— (dueños del agua) llegaríamos a otra posibilidad etimológica, acertada en el sentido, pero poco probable por las diferencias fonéticas.

Para apoderarse de las selvas cenagosas y casi inaccesibles en tiempos de la creciente, tumbaron centenares de troncos y poniéndolos hábilmente uno tras otro hicieron accesibles los morichales y selvas inundados donde la naturaleza les brindaba el sustento.

Centro de las actividades humanas es el hogar. En castellano el vocablo tiene su origen en la palabra latina "focus", de la cual se ha desarrollado el sustantivo "fuego". En las tierras de los inviernos helados el fuego es núcleo del hogar. Para el Guarao el chinchorro reviste más importancia que el fuego. No es extraño, pues, que el vocablo guaraúno para "hogar", "casa" provenga de "ja" —chinchorro, hamaca— y "noko" —lugar—, puesto que los Guarao dicen "janoko" (—chinchorro-lugar—) para designar la casa, el hogar.

El Guarao no tiene que abrigarse únicamente del agua que viene desde arriba. Construyen, por ende, pisos de los troncos de la palma de Manaca, sobre pilotes, encima del agua y de la tierra fangosa. Paredes, normalmente, no se ven en estos ranchos, y donde se vean, se deben probablemente a la influencia de elementos civilizados. El techo a doble vertiente se cubre con los penachos de las palmas Temiche. El tamaño de los ranchos varía en las diferentes regiones del Delta y según la función, puesto que hay unos que están destinados únicamente a albergar a los indios en la época de recolectar cangrejos o al recoger la "yuruma" de la palma de Moriche (Mauritia flexuosa).

Esta misma palma que suministra a los Guarao la "yuruma", es decir el pan, les produce también las fibras para tejer chinchorros. Mientras que la construcción de las casas es de la incumbencia del hombre, a la mujer le toca tejer el chinchorro, símbolo del hogar guaraúno. Para tal fin ella quita las fibras del cogollo de la palma de Moriche, las hierve en agua, las lava otra vez. Luego las fibras se secan al sol y después son arrolladas a cabuyas. De éstas las indias tejen el chinchorro mediante un telar sencillísimo constituído por cuatro palitos rectos hundidos en el fondo por entre los troncos del piso.

Después de haber visto cómo los Guarao dominan el medio ambiente mediante la "guajibaka" (canoa monóxila), los caminos de troncos, y el palafito, nos planteamos la siguiente cuestión: ¿Cómo consiguen ellos su alimento?

Un hombre no experimentado en las prácticas de los indios moriría de hambre en estos parajes, mientras que miles de indios Guarao en los mismos sitios encuentran fácilmente su sustento. A pesar de que resulta casi imposible encontrar un indio sin parásitos, según se ha comprobado por investigaciones recientes, estos aborígenes tienen en la mayoría una estatura fornida que demuestra que no carecen de alimentos. Esto se debe en gran parte a la Moriche (Mauritia flexuosa). Además de flechas, arpones, frutos, fibras para chinchorro, esta palma brinda a los Guarao un alimento básico: el "ojidu aru" como ellos dicen en su lengua; "yuruma" lo llaman los civilizados de la región.

Durante mi estancia en el Caño Güinikina, en 1953, tuve la oportunidad de ver cómo preparan este pan. Primero tumban un árbol del cual se supone que contenga el almidón, puesto que no todos los troncos sirven a tal propósito. Me contaron que para cerciorarse del contenido del tronco le dan un golpe con el hacha. Al sacarla se ven en el hierro del utensilio vestigios de la polvorosa fécula, en caso de que la contenga. Luego tumban el árbol y sacan por medio de un pico de madera —"najuru" lo denominan— la codiciada fécula mezclada todavía con restos de madera. Una mujer amasa esta substancia con agua sobre un cesto chato. El líquido, cargado de las partículas del almidón, fluye a través de las mallas y es recogido en un tronco ahuecado debajo de dicho cesto. En el fondo del recipiente sedimenta el "ojidu aru", es decir, el almidón del cual se preparan las tortas. En varias ocasiones pude comprobar que éstas tienen muy buen sabor y hasta las preferí al pan que había traído entre mis provisiones. El año pasado entregué un pedazo de "yuruma" al doctor Werner Jaffé, del Instituto de Nutrición. Dicho científico me informó más tarde que este pan de los Guarao contiene casi exclusivamente glúcidos. Prótidos de origen vegetal se encontrarán probablemente, según insinuó el arriba mencionado especialista, en los blandos cogollos de las palmas, otro alimento importante de los aborígenes del Delta.

Los prótidos de origen animal se los suministra el pescado y debemos citar en este renglón, ante todo, el Morocoto (Mycetes sp.). Tanto por su peso (entre 5 y 10 kilos) como por su carne suculenta es uno de los peces más codiciados de la región. Para atraparlo se valen de una astucia refinada.

En las orillas de los caños crece una planta, "Rábano" la llaman los civilizados, aunque no tiene nada que ver con el vegetal que comúnmente se designa así. La flor del "Rábano" es el mejor atractivo para el Morocoto. Los indios la recogen con esmero y la envuelven en hojas de la misma planta. Se cuidan mucho de no tocar los pétalos, puesto que el Morocoto notaría en



Desde la primera infancia los indiecitos manejan su curiara con asombrosa habilidad. Sin temor penetran en los caños más apartados del Delta orinoquense

esto la presencia del hombre y no se acercaría al cebo. La flor se coloca en una cáscara perforada en muchos puntos. Después se mete en el agua en un lugar escogido para tal fin y el pescador acecha la presa para perforarla con su arpón.

Otro método para coger Morocoto y otros peces es la pesca con Barbasco (Piscidia Erythrina L., o Clibadium Barbasco). En los alrededores del Caño Manamo presencié tal pesca. Al encontrarse la marea en su nivel más alto los indios taparon un caño ciego mediante una red. Al llegar el bajante golpearon con palos los blandos tallos del Barbasco. Agitaron después los tallos machacados en el agua, de modo que el látex tóxico la contaminara. Los peces que, por la red tendida en la única salida del caño, ya no podían escaparse, empezaron finalmente a entorpecerse y a flotar en la superficie del agua. Luego los indios se lanzaron al agua para matar los peces con palos. A veces tuvieron que zambullirse por completo para acabar con un pez que el veneno aún no había aturdido lo suficiente. Poco a poco el fondo de la canoa monóxila iba cubriéndose de los peces, entre los cuales se agitaban también unos Morocotos. El Morocoto es para el Guarao no solamente un alimento básico, sino también una fuente de ingresos, puesto que salado se vende a los buhoneros que pasan con sus lanchas para vender a los indios ropa, machetes, sal, tabaco, peines y otros artículos.

Pero la vida humana no se agota en problemas de vivienda y comida. Si nuestro espíritu no animase el mundo circundante, nuestra vida ya no podría calificarse como humana. También el hombre que vive lejos de la civilización moderna se crea un mundo espiritual mediante sus mitos y conceptos religiosos.

Además de lo expuesto en el libro de Mons. Fray Angel Turrado Moreno conseguí unas informaciones interesantes respecto a la religión guaraúna, en la ranchería de Nabakoi, situada a unos 15 kilómetros del Caño Mariusa.

En el mundo selvático pululan los espíritus malos ("jebu") que se apoderan de los indios invisiblemente para causarles enfermedades y otros contratiempos, según se imaginan los Guarao. Es tarea esencial del "güisidatu" luchar contra estos "jebu" por medio de cantos extrañísimos, de ensalmos, la maraca sagrada y el humo de la "güina" (una especie de tabaco). En tiempos antiguos, me contó el "güisidatu" de Nabakoi, los Guarao no disponían de la maraca sagrada para defenderse contra los "jebu", hasta que uno de los "güisidatu" superó por sus conocimientos y prácticas tanto a sus compañeros que finalmente subió al cielo. Desde allí envió a su tribu el "kareko", ídolo de piedra, y la maraca sagrada. Ambos objetos se guardan en cada ranchería celosamente en el "jebu a janoko" o "Kanobo a janoko", es decir, en la casa de los "jebu" o del "kanobo", como llaman al poderoso piache que logró subir al cielo. Unicamente el "güisidatu" se acerca a este ranchito que siempre se construye apartado de la ranchería y escondido en la selva de manera que los otros indios no puedan verlo. El "kanobo a janoko" que visité cerca de la ranchería Nabakoi tenía 130 centímetros de largo, 110 centímetros de ancho y la parrilla para colocar los objetos sagrados se encontraba a 140 centímetros sobre el nivel del agua que inundaba la selva. Por encima de esta parrilla se habían colocado grandes hojas de palmas, apoyadas las unas contra las otras con los pecíolos en el suelo, formando así un techo provisorio.

El joven neófito que se ha decidido a hacerse "güisidatu" se retira con su maestro a un rancho en la selva. Su aprendizaje dura unos diez días en los cuales tiene que someterse a un ayuno y fumar "güina" (tabaco de la corteza blanda del cogollo de la palma "Manaca"). Allí aprende los secretos de la piachería, los ensalmos, el tocar hábilmente la maraca sagrada y el canto extrañamente berreado para ahuyentar el "jebu" del cuerpo de los enfermos. El "güisidatu" de Nabakoi me refirió que todo esto no basta para conseguir definitivamente los poderes deseados. Es menester que el espíritu de algún "güisidatu" muerto aparezca al neófito en el sueño y le entregue su poder.

Mientras que podemos considerar al "güisidatu" como un grado teúrgico, al "joarotu" y al "bajanarotu" les conviene más bien la designación de brujo. Más arriba ya tropezamos con el vocablo "araotu" —dueño— "joa" podríamos explicarlo mejor por "mal de ojo" o "imprecación". El "joarotu", es decir, el "dueño de la joa", puede lanzar su imprecación directamente a alguien, pero también logra hechizar a un adversario en un lugar distante. Otro procedimiento consiste en fijar la "joa" en un utensilio de la víctima, como si fuera cosa material. La maldición adherida al instrumento pasará a su poseedor, cuando éste la toque. La enfermedad causada por uno de los procedimientos del "joarotu" no podrá ser curada sino por otro "joarotu" mediante ciertos métodos de curación que se parecen a los de la expulsión del "jebu".

La bajana tiene la particularidad de que es considerada como cosa material introducida en el cuerpo de la víctima por procedimientos mágicos del "bajanarotu". El "bajanarotu" empeñado en curar al enfermo le muestra a éste como acto final de su curación una valva de molusco, un pedazo de hueso o algo parecido que, según las creencias de los Guarao, era causante del malestar.

Entre los duendes que habitan las selvas deltanas ya mencionamos al "musimu", recuerdo de los guerreros caribes. Interesante es la historia de origen del "nabarao" ("dueño del río"), que oí una noche de la boca de un indio cerca de la desembocadura del Caño Araguao.

Dos niñas solían bañarse juntas en el río. Un día encontraron una tortuga y le tomaron tanto cariño que la guardaron en casa y se acostumbraron a llevarla consigo al río. Poco tiempo después de que una de las niñas había llegado a su madurez, la tortuga se la llevó y nunca más regresaron a la ranchería. De su convivencia nació el "nabarao", temible habitante de los caños intrincados, donde hasta hoy día trabuca las canoas de los cazadores solitarios.

Un mito sobre la manera cómo los Guarao consiguieron la luz solar revela cierto sentido humorístico en su parte final.

En Nabakoi me refirieron: Antes de nuestro tiempo no había luz. Para los Guarao era muy penoso encontrar comida en las selvas oscuras. Un día uno de la tribu vislumbró entre las sombras de los árboles unos rayos luminosos. Acercándose recelosamente distinguió a un hombre que tenía un disco luminoso. Entonces le habló de la gran necesidad de tal disco para la gente de su tribu, que tenía que efectuar todas las labores en la oscuridad. El feliz poseedor se declaró dispuesto a trocar el disco por la hija del que le interrogaba. A pesar de que a éste no le convenía mucho el cambio propuesto, consintió, ya que la luz hacía tanta falta a su tribu.

El trueque se realizó y el disco alumbró la ranchería de los Guarao. Pero poco a poco la luz iba disminuyendo y finalmente el indio que había entregado su hija salió para encontrar a su yerno y quejarse de lo que estaba ocurriendo. El antiguo poseedor del disco regresó con su suegro a la ranchería. Allí pudo ver que el disco estaba medito en un cesto. Lo sacó de allí. Pero de sus manos el disco cayó al suelo, de allí saltó al cielo y así empezó a alumbrar a las mil maravillas. Sin embargo, ahora el inconveniente estribaba en que el disco recorrió en muy poco tiempo el orbe solar. Para corregir este defecto le regalaron un morrocoy. El disco luminoso, que ya podemos llamar sol, desde ahora iba poco a poco para no dejar el regalo que le habían hecho. De esta manera el sol alumbra durante todo el día.

La espiritualidad guaraúna no se revela solamente en su religión y mitología. Más impresionante para mí era su música y sus cantos, que varias veces escuché en la noche desde mi hamaca. En esta música vibra una melancolía tan emocionante y tan profunda como la soledad de las selvas circundantes.

BIBLIOGRAFÍA:

Paul Kirchoff: "The Warrau", Handbook of Southamerican Indians, Volume III, Washington, 1948.

Walter Dupouy: "La pesca con Barbasco", Tierra Firme, Agosto 1952, Caracas.

Mons. Fray Angel Turrado Moreno: "Etnografía de los Indios Guaraúnos", Caracas, 1945. Publicaciones de la Tercera Conferencia Interamericana de Agricultura.

Fray Basilio María de Barral: "El Delta Amacuro o Bajo Orinoco. Datos Geográficos", Venezuela Misionera, Edición extraordinaria, Caracas, 1949.

Bonifacio Mª de Olea: "Ensayo Gramatical del Dialecto de los Indios Guaraúnos", Caracas, 1928.

Eduardo Oxford-López: "Por las churuatas de nuestros indígenas", Caracas, 1928.

DR. WERNER SCHAD

Nació en Gross-Gerau (Hessen), Alemania, el 29 de enero de 1926. Obtuvo el grado de Doctor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Mainz (Alemania), habiéndose especializado en Filosofía Románica. Ha realizado viajes de estudio por Francia e Italia. Vive en Venezuela desde noviembre de 1950. Es profesor del Colegio Humboldt. Dos viajes, con fines de estudio, ha hecho al Territorio Delta-Amacuro.



EL COMPLEJO MUNDO DE los ciegos

POR ELIÉCER SÁNCHEZ GAMBOA

El principio

"No humille al ciego con la limosna; ayude a su educación. La limosna fomenta la mendicidad, mientras el trabajo lo redime".

Al pedir colaboración de todos los sectores sociales para la obra que realiza, el Instituto Venezolano de Ciegos abre las puertas al visitante con esta consigna, más allá de los altos pinos del edificio en Los Rosales, donde las cigarras, por las tardes, dejan oir su canto agudo, aislado y penetrante.

El ciego, para los tiflólogos, ha dejado de ser el individuo que sin medios de fortuna debe pensar sólo en el recurso de la caridad pública, sometiéndose a una vida vegetativa, al margen absoluto de la sociedad. Los más recientes estudios e investigaciones han transformado radicalmente este concepto, pues la falta de visión no impide el uso de las facultades mentales, siempre que la enfermedad que la origina esté localizada en el órgano visual y no sea consecuencia de otros trastornos hereditarios o específicos que afecten el cerebro y el sistema nervioso. Considerar al ciego como necesariamente inútil es, en suma, hoy para la ciencia, un error psicológico.

—La falta de visión —observa un ilustre especialista venezolano— es menos importante para el desarrollo de la acción del ciego que la falta de inteligencia y voluntad.

El invidente no es ya el ser extraño a quien por norma debe demostrarse lástima ni quien debe permanecer apartado siempre de la comunidad. Aunque su porvenir y adaptación al medio dependen de que se conozca bien el alcance de sus verdaderas posibilidades, el mayor obstáculo no estriba en la capacidad intelectual o profesional que posea, sino en la desconfianza con que el público lo ha venido rechazando hasta ahora como elemento activo de trabajo.

De allí, la doctrina que recomienda no exteriorizar en su presencia ningún sentimiento de pena ni la más ligera reacción de desagrado, pues se aflige al ciego sin necesidad, entorpeciendo su natural deseo de sobreponerse y vencer las dificultades inherentes a la ceguera.

La pequeña historia

Sin duda, un ciego no es solamente un hombre privado de la vista con todo lo que esto comporta como disminución vital, como merma a la labor de investigación y al desarrollo de la aptitud, sino también, en el orden de la sociedad, una célula llena de muy diversificadas limitaciones.

Siglos atrás se tenía de la ceguera un concepto donde se mezclaban por igual la sombra del temor y el misterio, reflejándose esta prevención como signo indicador en el trato que se reservaba a los carentes de vista.

La ley de Manú, por ejemplo, autorizaba la muerte de los niños que nacieran ciegos, y a los que ya adultos quedaran en esa condición se les reducía al estado de parias.

Los hebreos del viejo testamento tomaban el mal como una impureza y no permitían que los invidentes llevaran ofrendas al altar de Jehová.

Bajo la corte de los persas, se cegaba a los príncipes cuyos derechos al trono era conveniente cercenar, y hubo épocas en que se dispuso que los ciegos hicieran de caballos para las moliendas de trigo o manejaran los más pesados remos para la movilización de las galeras.

Con el advenimiento del Cristianismo, se suavizaron los sentimientos del hombre y lo que antes fué cruda persecución se convirtió entonces en la más completa indiferencia. Se hacía el bien al invidente, pero sin que ninguna obra social quedara establecida para su servicio.

Fué en 1786 cuando Valentín Haüy fundó en París la primera escuela de ciegos, y Luis Braille, en 1821, creando el alfabeto que ha recorrido el mundo con su nombre, puso al alcance de todos sus congéneres el ilimitado horizonte que les abrían, como un luminoso camino en la noche, las ciencias, las artes y las letras.

"La Florentina"

Para fines de 1935 no existía en Venezuela ninguna obra destinada a los ciegos. Los que entre ellos eran pobres vivían dedicados exclusivamente a la mendicidad.

M. Florentín, modesto comerciante venezolano que desde pequeño estaba privado de un ojo y sentía su vista debilitarse cada vez más, viajó en julio a Europa, para saber allá que la causa de su mal era una catarata extendida sobre su único ojo y cuya operación sólo sería posible cuando ocurriera la absoluta ceguera, con muy remotas y peligrosas posibilidades de éxito.

Florentín no se desanimó, sino que, aprendiendo el Método Braille y el Abregé Ortográfico, vino de regreso a su patria, trayendo consigo doce alfabetos impresos en zinc, dos pizarras para escribir, dos cubaritmos para cálculos y cinco kilos de papel.

Aquí empezó la tarea de enseñar a leer y escribir a los ciegos venezolanos, aprovechando el ansia de renovación social que advino en el pueblo con la muerte de Juan Vicente Gómez y habilitando como salón de clases la trastienda de su pequeña quincalla "La Florentina", en la esquina de San Francisco, donde con grandes esfuerzos pudo reunir al fin hasta cinco alumnos.

Así fué como nació en el país la primera escuela para ciegos, no obstante la renuencia de éstos ante el empeño de aquel hombrecito que se dedicaba a reclutarlos tras apostólico peregrinaje por las calles y llevarlos, a viva seducción, hasta su negocio, donde las lecciones debían pasarse después por turnos.

—Alentado por los visibles progresos de mis alumnos —recuerda ahora Florentín—, pensé que había llegado el momento de interesar a la opinión pública, con el objeto de fundar una Sociedad que trabajase por el mejoramiento moral y material de los ciegos.

La prensa prestó su decidida colaboración y entre los representantes de ella, con más entusiasmo, si se quiere con más actitud de servicio, estuvo y se mantiene al frente el periodista Juan de Guruceaga, quien es otro pilar que sostiene la vasta obra entonces iniciada.

—Si Florentín es el alma de toda actividad —apunta alguien—, Guruceaga es el motor.

En el comité preparatorio que hubo de integrarse se cuentan también los nombres del doctor Francisco A. Rísquez, Rómulo Gallegos, doctor J. M. Espino, Margarita V. de Guinand y Valentina de Tejera, siendo el 12 de febrero de 1936 cuando quedó oficialmente constituída la Sociedad Amigos de los Ciegos, bajo la Presidencia del sabio doctor Rísquez.

Entretanto, los alumnos de "La Florentina" habían llegado a doce y el aprendizaje progresaba con inusitada rapidez, imponiéndose como una necesidad la fundación de una escuela que canalizara el trabajo que se estaba desarrollando y dispusiera de todo el material requerido para los fines de la labor docente.

El proyecto se puso aquel año en ejecución y el 16 de septiembre abrió sus puertas el Instituto Venezolano de Ciegos, como primera obra de la Sociedad y con los mismos doce estudiantes que había podido conservar Florentín.

La futura vida intelectual del niño invidente quedaba así asegurada —y con ella su integración al mundo de la luz—, porque, como lo señala Roberto Martínez Centeno, conocido maestro con 44 años de experiencia pedagógica, "la concepción de la obra no fué producto de cálculo o de vanidad, sino del ardoroso anhelo de un corazón lleno de amor".

Las fundaciones

El Instituto comenzó ocupando una casa de familia entre las esquinas Miranda y Maderero, en una fase de tanteos, retrocesos y vacilaciones, a pesar de que cada situación era estudiada con criterio científico, real, apartado de todo sentimentalismo.

Al segundo año de actividades ya se había montado una imprenta Braille para la traducción de casi todos los textos escolares de autores venezolanos al mismo tiempo que se completaba el material didáctico e importaban de Europa algunos instrumentos musicales, con lo que se fué seleccionando el alumnado y dándoles un carácter más homogéneo a las clases.

Junto con su revista "Entre nosotros", los ciegos empezaron a publicar el Boletín de la Sociedad, que pasaron a llenar de inmediato el principal objetivo de la divulgación.

Por esa misma época se tuvo organizada la primera Banda de músicos ciegos en el país y se consideró la construcción de un edificio ad hoc para funcionamiento del Instituto, habiéndole correspondido inaugurarlo al entonces Presidente Isaías Medina Angarita, el 21 de febrero de 1943, año en que también se creó el Centro Oftalmológico.

Esta segunda fundación iba a contribuir a la lucha internacional contra la ceguera, figurando desde un principio como Director el afamado oculista doctor Francisco Ramírez.



Al mediar diciembre de 1944 se procedió a utilizar el local anexo al Instituto para ese fin y el 16 de febrero de 1946 se hizo su formal inauguración, una vez terminados los tres consultorios —uno para medicina general—, diez cuartos individuales de hospitalización, sala de operaciones y demás dependencias propias del servicio.

Allí se presta atención en forma gratuita a todo tipo de enfermos, habiéndose practicado ya más de dos mil intervenciones quirúrgicas, mediante las cuales otro número igual de pacientes ha recobrado la vista.

La tercera fundación fué el Internado de Niñas, donde no sólo se resuelve el problema de residencia para las mismas sino que se les dicta un curso de economía doméstica, con el propósito de adaptarlas a la vida práctica, haciéndoles perder la profunda sensación de inseguridad que causa siempre la ceguera. Este otro anexo del Instituto fué inaugurado en noviembre de 1954 y tiene capacidad para cincuenta alumnas, sin que haya en él nada que pueda calificarse de exótico, pues cada idea surgió de las condiciones impuestas por el ambiente, planeada conforme a las necesidades naturales del país.

Así, con sus tres obras, la Sociedad Amigos de los Ciegos ha erradicado el concepto de que la ayuda al invidente es una limosna y de que éste, aun preparado en el sencillo proceso psicológico de la escuela especial, no es capaz de ganarse después la vida con un arte, un oficio o una profesión.

La enseñanza

Si algo hay difícil en el trabajo de rehabilitar al ciego es precisamente lo que se refiere a su educación.

En la mayoría de los casos la ceguera altera la personalidad física del enfermo, porque deja tras sí una secuela de concomitancias patológicas, producto de causas hereditarias o degenerativas, que afectan el sistema nervioso, la motoridad y muchas veces hasta la inteligencia. Se establece de esa manera un estado psíquico peculiar, propicio para perturbar seriamente la personalidad, el ser social y la misma afectividad del invidente, quien a medida que crece asume plena conciencia de su disminuído atributo sensorial, dejando que se desarrolle en él la tendencia a la ineptitud y el egocentrismo.

Es por lo que se impone, dice el tiflólogo Florentín, la fase educativa de "normalización", que le facilite readaptarse al medio ambiente e ir asimilando todo lo que le conviene aprender conforme a sus necesidades reales.

—La escuela debe ser —agrega— un taller de reparación física e intelectual del niño y la enseñanza debe estar dirigida, más que a darle una cultura general, a hacer desaparecer en él los malos hábitos, reeducar sus diversas posturas, desarrollar sus sentidos y permitirle adquirir tantas suplencias sensoriales cuantas sean posibles, enriqueciendo su espíritu con imágenes concretas de los objetos que le rodean y no dejando que estime como compensación moral el hecho de saber usar las mismas palabras que los videntes. Estas, en realidad, no llevan a su espíritu ninguna representación exacta de las cosas y sólo consiguen convertirlo en un simple verbalista.

El Instituto Venezolano de Ciegos se ajusta a un plan de estudios especiales, donde las materias propias de la rama primaria integran una unidad funcional con las actividades extra-cátedra y logran completar el moderno concepto formativo de la educación.

Preparar al alumno para que al término de su aprendizaje ocupe sitio en el medio social y recobre la confianza en sí mismo, dignificando su personalidad —no enseñarle a leer y escribir para que la gente se admire—, ese es el objetivo concreto, específico del Instituto.

Actualmente la inscripción suma 72 estudiantes de ambos sexos, a quienes en forma gratuita se proporciona vivienda, útiles escolares, alimentación, ropas y servicios médicos, repartiéndolos así:

Kindergarten	8
Clase preparatoria	12
Primer grado	11
Segundo grado	5
Tercer grado	8
Cuarto grado	6
Quinto grado	3
Sexto grado	5

A éstos hay que agregar los 10 alumnos que ya terminaron el sexto grado, perfeccionándose ahora en algún oficio, y los 4 que estudian fuera del Instituto pero continúan viviendo en él.

Los cursos los dicta un cuerpo de maestros compuesto por Roberto Martínez Centeno, quien además actúa como Director, Esther Herrera, Pilar de Montaner, Margarita Granadillo, Eglée Sarcos, Alberto Monsalve, Carmen de Herrera, Adolfo de Pool, Julio González, Erasmo Jiménez, Rafael López, Beatriz Fonteverde, José García y Gloria Rodríguez, estos cinco últimos también ciegos.

En la clase preparatoria se cumple el proceso fundamental de adiestramiento, pues allí aprende el invidente a caminar derecho, sin arrastrar o levantar demasiado los pies; a mantener erguida la cabeza y a no moverla; a corregir las contracciones nerviosas, el hábito de llevarse innecesariamente las manos a los ojos, a sujetar a su interlocutor y, en fin, a mantener en todo momento una compostura normal. Al mismo tiempo, se inician las prácticas acerca de los modales y la enseñanza técnica que comprende la suplencia de los sentidos, orientación, destreza, desenvolvimiento, desarrollo de la memoria y otras facultades sistematizadas gradualmente.

Las actividades fuera de aula abarcan en el Instituto las siguientes especialidades: mecanografía, estenografía Braille, estenotipia, ejecución de instrumentos musicales, musicografía, correspondencia comercial, inglés, economía doméstica, telares, reparación y afinación de pianos y encuadernación.

La economía doméstica cubre las clases de lavado, planchado, cocina, tejido, corte y costura, impartidas según procedimientos especiales, que permiten a las niñas asimilar una serie de "estructuras motrices" para poder realizar después cualquier oficio con gestos y movimientos precisos.

Hasta la fecha, se estima que han concluído sus estudios en el Instituto unos 150 ciegos, pudiéndose señalar la circunstancia de que ninguno se ha dedicado en la calle a la mendicidad.

Por el contrario, el ex-alumno Pedro Valera se graduó de Maestro de Arte en la Universidad de Nueva York; José Alberto Gelviz cursa tercer año de Derecho en la Universidad Central de Venezuela; Oscar Pirrongelli y Edilia Ramírez hacen el penúltimo de pedagogía y educación normal, respectivamente, mientras Miguel Angel Ferreira está comenzando ahora su bachillerato.

Esto prueba, como trata de divulgarlo la tiflología, que la falta de visión no implica la pérdida de la inteligencia y que el entendimiento del ciego, en su caso, más bien agudiza su disposición para atender, asociar ideas, hacer analogías, deducciones y fijar las imágenes que le llegan por los otros sentidos.

—El invidente —repite M. Florentín— no es un disminuído intelectual con respecto a las demás personas, pues sus aptitudes mentales y psíquicas no sólo permanecen intactas sino que son susceptibles de alcanzar un completo desarrollo.

La salud

En gran número de casos, la ceguera deja tras sí una serie de penosas afecciones, que alteran la condición física del paciente y llegan hasta a perturbar su afectividad.

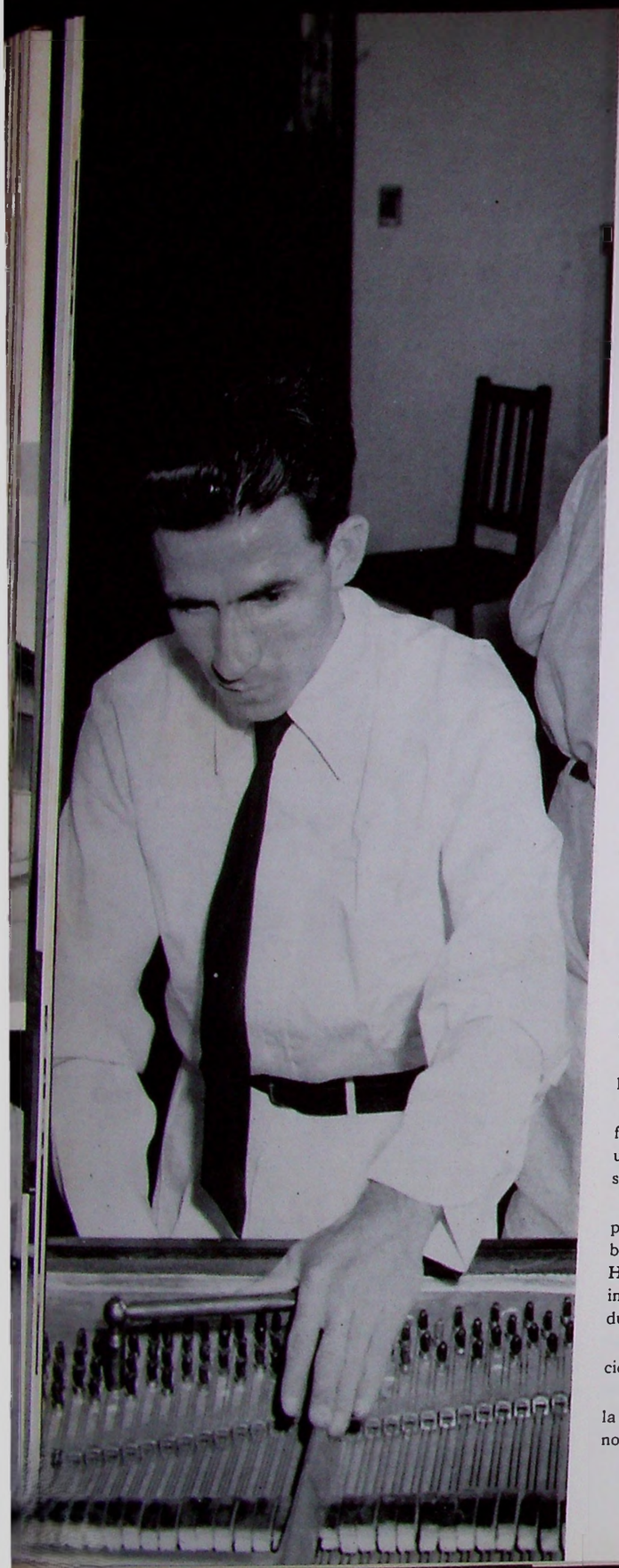
La ciencia cree que corregir esos efectos es tarea de suprema importancia, pudiéndose asegurar que sin ella muy poco se estaría haciendo en el aspecto básico de la lucha organizada contra el mal, que al mismo tiempo transforma en circunstancias adversas lo que pudiera ser favorable para el desenvolvimiento de la vida emotiva.

Conforme a su fin, el Centro Oftalmológico ha venido atendiendo permanentemente a todos los alumnos del Instituto, indicándoles los tratamientos o intervenciones quirúrgicas que requieran, según el diagnóstico. Además, se controla allí la salud general del grupo, mediante exámenes que luego anota el facultativo en la ficha de historia médica de cada investigación.

Es ese el esfuerzo que se realiza para que los invidentes conserven la más pequeña percepción luminosa, el más insignificante residuo visual, que les pueda ayudar siquiera a orientarse.

Para el público hay dispuestas cuatro consultas semanales, destinadas a cualquier tipo de personas, a quienes si es preciso se regalan medicinas, lentes y hasta el pasaje de retorno a su hogar.

Con el Director Dr. Francisco Ramírez colaboran solidariamente los doctores Carlos Soto Hernández, Rafael Angel Guerrero Pérez, Roberto Martínez Herrera e Ibrahim González, considerándose que las instalaciones instrumentales del Centro son hoy tan completas como modernas.



Hace algunos años, cuando la sífilis era por encima de otras la principal causa de ceguera, la conjuntivitis purulenta ocasionaba también sus víctimas en la primera infancia, de lo cual dejaba fe la estadística con el índice de mayor incidencia.

La situación ha cambiado fundamentalmente, siendo ahora el glaucoma el que ocupa el lugar de la sífilis, mientras el método Credé casi tiene erradicada la conjuntivitis y la más alta cifra de invidentes en el país continúa reflejándose entre los adultos.

La suma global de ellos es 5.500 y, aunque es más difícil enseñar a ver que enseñar a leer al que nunca ha tenido vista, el Centro Oftalmológico procura que todo recurso se aproveche para devolverles lo mejor de su facultad, como el aporte más positivo que puede ofrecer —no considerando las estrecheces de orden económico— la Sociedad Amigos de los Ciegos.

La agrupación gremial

En 1950, un grupo de ex-alumnos que había capitalizado las enseñanzas de la Sociedad resolvió fundar la Asociación Nacional de Ciegos Trabajadores, con el propósito de buscar empleo a los socios y asegurarles un medio de subsistencia, pues el invidente, por el mismo principio de rehabilitación social que le facilita la vida activa, no debe convertirse en un parásito ni siquiera de sus propios familiares.

Noventa inscritos tiene hasta el presente la agrupación, bajo la Presidencia de Luis Antonio Castillo, a quien secunda un comité de damas que labora afanosamente por el éxito de su programa.

Sin embargo, las dificultades se multiplican cada día, la campaña se hace más penosa, más llena de reveses, ante la resistencia del comercio y la industria para convenir en la utilidad del ciego adaptado a la función de trabajo.

Es aquí donde cabe referir un juicio del magnate norteamericano Henry Ford, concebido en los siguientes términos: "Hay más ocupaciones para los impedidos sensoriales de lo que hay impedidos para trabajar".

Por su parte, el Secretario General del Sindicato de la Costura, en Francia, formuló esta declaración:

—Con el adelanto habido en las máquinas de confeccionar vestidos, resulta más bien costoso emplear a un hombre con todos sus sentidos para hacer un gesto siempre igual, que cualquier ciego puede hacer.

La Asociación ha logrado hasta ahora obtener un puesto en cada mercado libre de Caracas para sus miembros y a otros les consiguió vender cuadros sellados del Hipódromo, que aseguran un promedio de cincuenta invidentes incorporados a la acción pública no ya productiva sino vital.

Pero la conquista que rige el destino de la institución se ve todavía muy remota.

—Queremos prescindir de toda tarea peligrosa en la calle —subraya Luis Antonio Castillo—, aunque ello nos tomará algún tiempo.

Se requiere antes preparar sin errores al ciego como telefonista, ascensorista o en otros oficios similares, para poder ofrecer su potencial humano a las empresas.

Como un adelanto a este futuro plan —también como adiestramiento en habilidades ya adquiridas durante el ciclo primario—, la Asociación mantiene una escuela especial para adultos, con estudios hasta cuarto grado y un curso de mecanografía, que actualmente reúne siete alumnos.

En el mismo local se ha instlado un taller para la fabricación de cuadernos y blocks, con mercado seguro entre determinados centros docentes y diversas dependencias gubernamentales, dándose también el caso de ciegos que van a domicilio para impartir clases de piano, acordeón e inglés a estudiantes videntes particulares.

Ya en el orden de las manifestaciones artísticas, existe entre los socios el conjunto criollo musical que actúa en radio y televisión, dirigido por José Antonio López, inspirado compositor del vals "Juramento" y el alegre golpe "Alma Cumanesa".

La Asociación, de este modo, contribuye a hacer desaparecer el complejo que indefectiblemente se forma en el espíritu del invidente con respecto a su deficiencia sensorial, tratando de que culmine el proceso de su aprendizaje y llegue a sentirse después, con la especialización, apto para ayudarse a sí mismo, dentro de un claro concepto de dignidad, independencia y servicio.

Proyectos

Son muchos y muy ambiciosos los que abriga la Sociedad Amigos de los Ciegos.

Primero, intensificar en el Instituto la preparación de un buen número de telefonistas e introducir las clases de masajes; más tarde, hacer la casa-hogar de los que aspiren seguir estudios medios o especiales y el taller-escuela para los que pierdan la vista pasada la edad escolar; por último, el instituto profesional de rehabilitación y readaptación a la vida de trabajo.

Pero lo inmediato, lo verdaderamente perentorio, es la colonia de vacaciones en Carrizal, sobre el terreno que por ingerencia del Rotary Club de Los Teques donó la Junta representativa del Municipio.

El plan de esta nueva fundación es el de invitar a niños videntes para que convivan por turnos con los ciegos, penetrándose de su sentimiento, aptitud y posibilidades, pudiendo así aceptarlos mañana sin recelos en el desempeño de cualquier empleo o actividad.

—Al saber que es célula viva del organismo social —anota M. Florentín—, el invidente deja a un lado los innumerables sufrimientos físico-morales que hacen más lamentable su situación.

Debe aquí recordarse —agradecido homenaje al hombre, al poeta y al pedagogo— que fué Héctor Guillermo Villalobos quien, como Director del Liceo "Fermín Toro", abrió a los ciegos las puertas de la enseñanza secundaria en el país, en una demostración de que no todas las manos se tienden a la vez como un abrazo ni todos los puños tienen por qué alzarse como una puñalada.

--

No puede haber rendido mejor labor la Sociedad Amigos de los Ciegos, a cuyo frente están ahora la voluntad, el tesón y el progreso de Rafael Isava Núñez.

El Instituto, entretanto, su principal servicio, sigue con sus cigarras, sus altos pinos y su consigna de luz, traduciendo la historia de un complejo mundo con una Banda de música, que bajo el kiosko del jardín ejecuta todas las tardes los compases jacarandosos, emotivos y esperanzados del merengue "Esta es Venezuela".



ELIECER SANCHEZ GAMBOA

Nació en Río Caribe, Estado Sucre, el 12 de octubre de 1921. Ha ejercido la docencia durante varios años. Se integró al periodismo en 1943, trabajando para diarios y revistas de Caracas. En Ciudad Bolívar donde ejercía la Corresponsalía del diario "El Nacional", fué Presidente fundador de la Asociación Venezolana de Periodistas. Ha escrito cuentos y tiene publicado un trabajo sobre "El árbol y su influencia en la vida humana", con el cual obtuvo el premio único en el Concurso abierto por el Ministerio de Agricultura y Cría entre todos los maestros del país, con motivo de la primera semana forestal venezolana.

REVISTA SHELL

COMPAÑÍA SHELL DE VENEZUELA

Producción técnica de CORPA

Impreso en Venezuela por Cromotip, C. A.

Edición de 23.000 ejemplares

